Manuel de Ossuna y Saviñón

LOS GUANCHES
o La Destrucción de las Monarquías de Tenerife

Edición, F. A. Ossorio Acevedo

BPC
BIBLIOTECA POPULAR CANARIA
Taller Ediciones JB

BIBLIOTECA POPULAR CANARIA
serie: textos de rescate

CUADERNOS CANARIOS 5

Taller Ediciones JB

Ambrós 8 ☎ 255 12 66 Apartado 9129 Madrid 28

Maninidra 16 ☎ 36 50 39 Las Palmas de Gran Canaria

LOS GUANCHES

o

La Destrucción De Las Monarquías De Tenerife

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
Nº Documento 221459
Nº Copia 424075

Don Manuel de Ossuna y Saviñón.

Manuel de Ossuna y Saviñón

LOS GUANCHES
o La Destrucción de las Monarquías de Tenerife

Edición, F. A. Ossorio Acevedo

BPC
Taller Ediciones JB

© 1978 TALLER EDICIONES JB
Ambrós 8 Madrid 28
Edición, F. A. Ossorio Acevedo

Derechos exclusivos de edición reservados
para todos los países de habla española

Cubierta: Grupo Taller
Montaje: Aborígenes guanches
y Alonso de Lugo

Fotos: Manuel de Ossuna y Saviñón (y facsímil manuscrito)
y F. A. Ossorio Acevedo

ISBN 84 7330 081 5
Depósito Legal: M 17.982 1978

Impreso por Musigraf Arabí
Hermanos del Hoyo s/n.
Torrejón de Ardoz (Madrid)

Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACION DEL AUTOR: DON MANUEL DE OSSUNA Y SAVIÑON

Hay veces en que, inexplicablemente, una figura de gran valía duerme como olvidada de los hombres durante años y a veces siglos, y el eco de su voz parece perderse en las tinieblas de la historia.

Comencé a visitar la casa de Ossuna, la casa-museo de los Ossuna, hará quizá diez años, y desde entonces no he dejado de preguntarme cómo es posible que un lugar de tanto interés para la historia canaria no tuviera un mayor realce. Y no por falta de interés y dedicación de las honorables personas que la tienen o han tenido a su cargo; en todos ellos he visto siempre lo mismo: un amor encendido por la casa y sus antiguos dueños.

¿Qué es, entonces, lo que ha pasado? ¿Por qué la pesada losa del silencio ha caído sobre tan ilustre apellido?

Quizás, entendiendo la sociedad como una estructura, y entendiendo la historia como una continua remodelación de la sociedad, y, por tanto, de interpretación de los datos sobre el pasado, es decir, de la historia, quizás así se aclaren algo las cosas.

Porque Ossuna, el viejo, el abuelo como nosotros le decimos, don Manuel de Ossuna y Saviñón, era un republicano encendido, y respiraba liberalismo por todos sus poros. Era lo que hoy se llamaría un hombre de "izquierdas", si se quiere.

Y porque Ossuna el hijo, esto es, don Manuel de Ossuna y Van-de-Heede, era un regionalista magistral, sin duda alguna. Suyo es el librito titulado El Regionalismo, *canon absoluto al que se vuelven todas las miradas al hablar de la canariedad, esto es, de Canarias entendida como nación, como ente di-*

ferenciado históricamente. Y "Manolito", como cariñosamente se le llama, don Manuel de Ossuna y Benítez de Lugo, era, sin la menor duda, un heterodoxo, tal como decimos hoy. Tanto, que incluso estuvo una buena temporada en un sanatorio psiquiátrico, y el suceso que determinó en suma su estancia en tal averno, que voy a ocultar, es evidentemente una buena prueba de su "heterodoxia" en multitud de campos.

En fin, que tenemos en una misma casa a un republicano, a un regionalista y a un heterodoxo. Quizás, y sin quizás, esté ahí el quid de la cuestión: tres herejes, desde el punto de vista, claro, del pensamiento y de la cultura oficiales de la última etapa histórica que ha transcurrido por encima, y nunca mejor dicho, de todos nosotros.

¿Queda entendido, pues, el silencio en torno a los Ossuna?

Para todos los que levantan las banderas del centralismo, de la dictadura y de la ortodoxia, de cualquier tipo que sean ellas, un republicano, un regionalista y un heterodoxo, y, para colmo, los tres con el mismo apellido y orgullosos del mismo, no merecen otra cosa que ser condenados a las lentas llamas del olvido y de la injuria.

Nació don Manuel de Ossuna y Saviñón en La Laguna, en 1809; murió en 1846 en un caserío de su familia situado en el término de Anaga, extremo NE de la isla de Tenerife. Vivió, pues, tan sólo 37 años, llenos de actividad humana y fecundos en producciones, tanto artísticas como científicas.

Estudió en la Universidad de San Fernando (La Laguna) y, siendo desde su juventud discípulo del sabio doctor Saviñón, tomó un gran interés por las ciencias naturales, en las que, evidentemente, a lo largo de su vida descolló por sus conocimientos profundos y poco usuales. Hizo tan buenas colecciones

de coleópteros, estudiándolos al detalle y realizando incluso él mismo buenos dibujos y esquemas sobre ellos, que, con el tiempo, se llegaría a reconocer por eruditos de fama internacional que a él, y no a Brullé y Wollaston, como se creía en un principio, se le debía el honor de haber sido el primero en clasificar los insectos de Tenerife.

Cultivó con singular esmero y aprovechamiento la Botánica, remitiendo, muy joven todavía, un interesante "Catálogo de las plantas más curiosas que nacen en la isla de Tenerife" al Museo de Historia Natural de París, mereciendo ser publicado en Les Anuales des Sciences Naturelles *(Tomo XIV, pág. 100 y s.s.). Realizó también un plano, clasificación e informe sobre el Jardín de Aclimatación de La Orotava, maravilla que fue fundada por otro ilustre lagunero, el Marqués de Villanueva del Prado. Estos y otros trabajos botánicos hicieron que, por Real Orden de 5 de marzo de 1835, es decir, cuando contaba solamente 26 años, fuera nombrado director del citado Jardín, en cuya labor se distinguió sobremanera. Para el Jardín de Aclimatación hizo notables e interesantes adquisiciones de plantas, al tiempo que escribió docenas de artículos sobre botánica, como por ejemplo, uno en el que señala como altamente útil para la isla el establecimiento en la misma de viveros de plantas, u otros, en los que propone la introducción en las islas de nuevos cultivos, o la aplicación de técnicas más modernas para los ya existentes.*

Cultiva también la Geología, y buena prueba de sus conocimientos en la materia es su interesante Viaje al Pico del Teide, *realizado en 1834, y del cual publicaría, Barcelona, 1837, un libro breve, rara mezcla por su perfección, entre la poesía y la ciencia. No es de extrañar pues, que se le nombrara miembro correspondiente de la Sociedad Geográfica*

de París, de las Reales Academias de Ciencias Naturales de Madrid y Barcelona, etc. etc.

Como hombre de su tiempo, se interesa y se mueve políticamente hablando, llegando a ser presidente del partido del progreso legal. Es elegido diputado por la provincia (las islas en ese entonces eran una sola provincia), y como tal representa a Canarias en las Cortes ordinarias de 1842.

De esta época suya en Madrid, estancias, más bien, data un libro de apuntes e impresiones, una especie de diario político, en el que recogió sus impresiones sobre las personalidades de la época y sobre el Madrid de aquellos años.

Tradujo, también, varias obras del francés, entre las que cito, a modo de ejemplo, el Resumen de las creencias y ceremonias religiosas de los diversos pueblos del globo, *impresa en 1836, su versión, en Barcelona, obra que era original de Mm. Viollet y P. Daniel.*

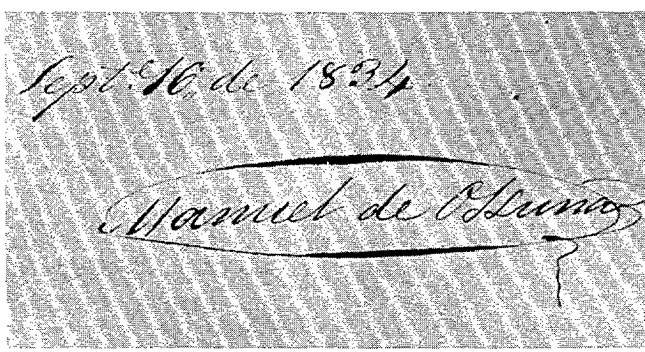
Además, cultivó con esmero la literatura como tal. Sus curiosas Cartas Argelinas, *tan del gusto de la época, y en el sentido de las* Cartas Marruecas *de Cadalso, es decir, en el de las célebres* Lettres Persanes *de Montesquieu, y también con el mismo objetivo de los otros dos escritores: criticar las contradicciones de una sociedad viéndola bajo la perspectiva de otra distinta a ella.*

Otras obras suyas, ya en el terreno dramático, son: dramas históricos, Gonzalo y Dácil, *fechada en 1840,* Beatriz de Bobadilla, *también fechada en el mismo año, y otra más, que se conserva incompleta,* Orpeya y Lope, *todas ambientadas en los primeros momentos posteriores a la Conquista de Tenerife.*

Escribió también una comedia de enredo, burla de la propia sociedad que le tocó vivir, Las Ilusiones o la isla de San Borondón, *obra muy divertida*

en la que nos revela de una manera magistral los entresijos de la sociedad lagunera y, por ende, la canaria, de la primera mitad del siglo diecinueve.

Más, escribió la obra objeto de esta publicación, Los Guanches o la destrucción de las Monarquías de Tenerife.



Firma autógrafa de don Manuel de Ossuna y Saviñón, del 16 de Septiembre de 1834.

INTRODUCCION A LA OBRA

¿Novela histórica o historia novelada?

El propio autor se planteó el asunto, y en el prospecto que editó con el fin de estudiar y promocionar la edición de la obra, que nunca llegó a realizar, nos dice:

> *"En la presente obrita nos proponemos hacer ver la felicidad en que vivían los antiguos moradores de la isla de Tenerife, la dulzura de sus costumbres, y las crueldades que con ellos cometieron sus conquistadores. En esta relación todo es histórico, y sólo hemos mezclado algunas ficciones que son compatibles con lo verdadero de los hechos, a fin de amenizar en cierto modo la lectura de unas páginas que están llenas de sangre y horror. (...) el lector encontrará en esta historia la exactitud de los hechos y el interés de la verdad, que son efecto de nuestro amor a la humanidad y a la patria".*

Humildemente, confirmo la opinión del autor. Además, y, por otra parte, los detalles ficticios, como los nombres de algunos personajes, por ejemplo, son fácilmente rastreables, y en ningún modo afectan al conjunto de la verdad histórica, es decir, de la verdad reconocida por el común de los historiadores que del tema se han ocupado.

Por otra parte, el dilema de si estamos ante una obra histórica en forma novelada, o si ante una no-

vela ambientada con elementos históricos, está fuera de lugar: lo real, lo transcendente, es quizás el propósito que mueve al autor, claramente visto, tanto en el extracto del prospecto más arriba transcrito, como en el prospecto en sí, que también se incluye en este volumen.

Se trata, para el autor, de elogiar la felicidad en que vivían los guanches, la dulzura de sus costumbres, el baño de sangre y horrores a que se vieron sometidos, su impotencia histórica para afirmarse, no ya como nación política sino como ente cultural. Porque no hay que olvidar que Canarias fue la primera piedra que la poderosa mano imperialista que era la España de aquella época, redujo a polvo en su camino hacia las Indias.

Pero esta obra no está en la sintonía de la Araucana, *en la que un extranjero que se siente como tal canta las glorias de unos seres primitivos; no, en absoluto. Ossuna se identifica en cierto modo, y dice bien claramente, que a escribir la obra lo ha llevado su amor a la humanidad y "a la patria". Y la lectura de este libro deja bien claro a qué patria se refiere Ossuna.*

La obra, en cuanto a su elaboración, merece todos los respetos: fue redactada tres veces en el período de un lustro. ¿Qué duda cabe, entonces, de que el contenido de la misma interesó al autor durante una buena parte de su madurez, si no durante toda?

¿Y cuál es, en definitiva, el tema de esta obra? Sencillamente, la grandiosidad de unos personajes, minimizados, si se quiere, hasta ese momento. Se trata, pues, de cantar las virtudes heroicas de unos personajes, y por extensión, las de una raza: la guanche.

Hombre de excelente preparación cultural, cosa que se puede deducir a la perfección de las páginas anteriores, don Manuel de Ossuna, viendo que en

nada desmerecían los personajes de la epopeya guanche si se les comparaba con los héroes clásicos de la cultura occidental, los héroes homéricos, cayó en la cuenta de que si la humanidad entera no rendía homenaje a los guanches era, sencillamente, porque apenas eran conocidos literariamente, es decir, históricamente. En resumidas cuentas, los guanches no pasaban de ser los primeros "indios" caídos bajo la fiera cuchilla castellana.

Concibió entonces don Manuel el proyecto (era un hombre de muchos proyectos, la mayoría de los cuales dejó apenas esbozados), de convertirse en el cantor que elevara a rango universal a una raza mal comprendida y apenas estudiada, de elevar hasta el podium *olímpico las nobles virtudes de un pueblo vencido. Esta quizá podría ser la razón de que aún intentándolo, no lograra ver publicada su obra; sería algo así como intentar publicar en la América de MacCarthy una apología del comunismo ruso. Y desde luego, no fue una oposición estatal quien le impidió sacar a la calle su obra: lo intentó por suscripción pública en toda España, pero, por el fruto a la vista, no logró prácticamente nada.*

Comenzó a escribir por primera vez sobre el tema, ya con la idea bien redondeada, a juzgar por el texto, a una edad muy romántica (23 años), y de una forma muy romántica también; preludió su versión de juventud con catorce versos del Idomeneo, *escena primera, de Cienfuegos:*

"Lo que en sí es injusto,
¿Por suerte nunca dejará de serlo?
Bien lo sabéis: que siempre invariable
Hay para todos y doquier la misma
Una justicia universal y eterna.
Quien temerario sus decretos huelle,
¿Podrá de justo merecer la fama?
En vano, en vano buscará la sombra

De un nombre celestial que sus horrores
Vele: ofendido el Universo entero
En él verá su bárbaro enemigo;
Y contando a los siglos sus maldades,
Es un impío, dirán, es un perverso,
es un ser destructor..."

¿Hay forma más clara, y juvenil, de mostrar la propia conciencia, y los deseos más fervientes de parcialidad a la hora de abordar un tema, que comenzar un texto con aparentes pretensiones históricas (aparentes, *repito) con semejantes líneas? Creo que sería difícil encontrar un prólogo que más diáfanamente nos indique las pretensiones del autor al comenzar la obra.*

Justo a partir de este momento es cuando comienza a interesar la obra en cuestión. No se trata, pues, de un tratado sesudo y aséptico, de una narración con pretensiones de objetividad notarial; nada más lejos. Estamos ante un canto apasionado a la libertad de un pueblo, a sus costumbres comedidas, a su organización social y política tan humanamente avanzada. Y ese pueblo al que se canta no está lejos del autor, no. En absoluto. No estamos ante la Araucana. *El escritor se identifica con los personajes a pesar de la distancia en los siglos y en tantas otras cosas, hasta el punto de que, de tal modo concibe al noble pueblo guanche como dotado de una continuidad histórica, de una perpetuación cultural a pesar de todo, que termina su prospecto, con el que pensaba interesar al público en la suscripción de la obra, arguyendo que escribe por su amor a la humanidad y a la patria.*

Si, propongo el ejemplo, el autor de la apología sobre el comunismo ruso de la que hablaba antes, dijera que escribe por amor a la humanidad y a la patria, probablemente lo hubieran intentado "repatriar", es decir, devolverlo a Rusia: la cosa estaría

clarísima. ¿A qué patria, entonces, si es que aún no está claro, se referirá don Manuel, hablando nada menos que en 1832? Indudablemente, está hablando de su patria: LA PATRIA CANARIA.

La obra, en justicia, está terminada en el manuscrito de 1832, lo que merece un aplauso, puesto que se requiere un cierto aliento, y un buen sentido de las proporciones, para llevar a cabo tamaño edificio literario. Pero cinco años más tarde vuelve sobre el tema, y, mandando hacer una copia caligrafiada, pues para trabajar sobre el manuscrito original existía la molestia de la incomodidad de sus proporciones, demasiado voluminoso para las reducidas proporciones del mismo, casi tamaño cuartilla, divide la obra en dos tomos. De éstos actualmente sólo se conserva el primero.

En estas circunstancias, y ya con mayores conocimientos de tipo histórico y arqueológico sobre el tema, comienza a trabajar en el pulimiento del texto. Cuestión, la mayoría de las veces, de variar adjetivos y tiempos verbales; en otras, se trataba de añadir alguna frase recargando las tintas respecto a determinados personajes; en otras veces, también, y por qué no hacer honor a la verdad, se trataba de corregir algunas deficiencias de tipo casi arqueológico. Porque eso sí: un proyecto de estos vuelos e intenciones se encuentra tanto en la época de don Manuel de Ossuna como en la actual, pues escasa es la luz que el tiempo transcurrido entre él y nosotros ha arrojado sobre la cuestión, con el grave problema de que nuestros conocimientos sobre los guanches son, en su conjunto, notablemente reducidos, ya que la mayoría de los historiadores coetáneos de la Conquista de las islas se dedicaron a perfumar a los conquistadores con el incienso eclesiástico (¡Y cómo lo necesitaban!), o a comentarse unos a otros (¡Había tan poco que decir cuando se trataba de ocultar el genocidio!).

Ossuna, y lo advierte él mismo en el citado prospecto, procura en todo momento respetar lo comúnmente admitido por todos los historiadores hasta el momento en lo tocante a la información sobre los guanches, seguro como estaba de que ello no iba a molestarle en su propósito de ensalzar a los Guanches, pero aun así, no duda, como él mismo nos indica, a fin de hacer más amena la lectura "de unos hechos que están llenos de horrores y de sangre", en mezclar algunas ficciones, por otra parte fácilmente detectables.

Cuando se ve obligado, a fin de darle más verosimilitud a su narración, a inventar nombres, los pone tan claramente latinizados que no cabe prácticamente la menor duda de que son falsos. Y esto es un detalle a agradecer, sobre todo si se tiene en cuenta lo fácil que le hubiera resultado coger un nombre guanche, ponerlo y darle una cierta verosimilitud genealógica, y tenernos ahora a todos de cabeza a ver de dónde se había sacado los datos; en esto sí que don Manuel, al contrario que tantos otros, no crea confusionismos.

Constituye un bello (y fatigoso) ejercicio el ir comparando la idea, y la expresión de la misma, a lo largo de las tres pruebas, la juvenil, la caligráfica (que tiene algunas notas posteriores del mismo don Manuel de Ossuna, y otras también de su heterodoxo nieto, del que hablo en otro momento), y la, desgraciadamente, versión definitiva. Y digo desgraciadamente porque, si no he llegado a confundirme en el laberinto de la personalidad de este ilustre lagunero, la edición a imprenta hubiera tenido también sus variaciones respecto a las otras tres restantes copias. Sus variaciones, es decir, su perfeccionamiento estilístico, puesto que el fondo, si no se exacerba con el tiempo, que cabe también pensarlo comparando los diferentes manuscritos, al menos permanece casi inalterable la idea en ellos latente.

Gracias sean dadas, este monumento literario a los guanches ha llegado intacto hasta nuestro tiempo, y ahí permanece, enhiesto y solitario como un faro marino, clásica lápida estelar que canta directamente la grandeza de nuestros antepasados, sin que, por el momento al menos, haya otro texto que de forma y de fondo se le pueda comparar.

Sin trucos frailescos, sin listas de obispos o gobernadores, sin frases doblemente intencionadas, lecturas entre líneas y demás trucos propios de la cobardía, don Manuel de Ossuna y Saviñón, en 1837, fecha del último manuscrito, canta con sus mejores acentos a su patria y a sus antepasados: CANARIAS Y LOS GUANCHES.

Facsímil autógrafo de Manuel de Ossuna y Saviñón. Obsérvense las tachaduras y enmiendas realizadas por Manuel de Ossuna y Benítez de Lugo, nieto del autor.

Tal como ya he dicho, son tres unidades. La obra juvenil, por así llamarla, fechada en 1832, la copia caligrafiada en dos volúmenes, de la que sólo se conserva actualmente uno y la versión final a pie de imprenta, puesto que el autor pensaba darla ya a la prensa, fechada, al igual que la copia caligráfica, en 1837.

La obra juvenil, tamaño 14×22 cms., esconde dentro de sí una pequeña reliquia: uno de los cuadernillos originales, el número cinco, que tiene sus páginas numeradas correlativamente del número 213 al 266. Treinta hojas en total. Lo de correlativamente no es exacto del todo, puesto que hay varios fallos en la numeración; en la misma hoja están, por un lado, el número 221, y por el otro, el 223, pero el texto se continúa: el error es numérico, no de falta de texto. Más adelante, la numeración salta del 237 al 240, viéndose perfectamente que ha sido cortada la hoja que falta, pero también el texto se continúa: algo así como un paréntesis materializado, seguramente para corregir un fallo en el desenvolvimiento del texto. El próximo error de numeración está al llegar al 243, página que el autor alargó, siempre con el mismo número, añadiéndole cuatro hojas, en las que sigue la narración perfectamente hilada. Pasamos este detalle, seguimos en la página 244, y ya se llega hasta el final sin más asunto numérico que describir. Este precioso cuadernillo se corresponde con el último capítulo de la obra como tal, que consta en su última versión de nueve capítulos, y que aquí figura como de once. Lo que consta en una anotación al margen en la última pá-

gina, probablemente hecha, a juzgar por la tinta y la letra, por el nieto del autor.

El estado de conservación y el grado de legibilidad de la versión juvenil es muy bueno en general, pudiendo leerse incluso las tachaduras realizadas por el propio autor.

Entrar ya en el segundo manuscrito, es decir, en el primer volumen de la copia caligráfica, que se conserva en buen estado, y comenzar a hablar del nieto del autor, el heterodoxo, tal como he dado en llamarlo, es todo uno.

Don Manuel de Ossuna y Benítez de Lugo, así se llamaba el nieto, tiene entre sus antepasados por línea materna, como puede deducirse de su apellido, al fatídico Adelantado Alonso de Lugo, obsesión de su abuelo. La obra, de paso que es un canto a los guanches, es, lógicamente y por eso, un continuo criticar la férrea dureza y mano criminal del hombre que logró someter a los guanches de Tenerife. Y eso, por la parte que le tocaba, al nieto no le hacía la más mínima gracia, por lo que, con toda la tranquilidad del mundo, dedicó todo el tiempo que pudo a retocar la obra y las obras del abuelo, cambiando las tornas. Algo parecido a lo que sucedió con el original de Le Canarien, *que, siendo en un principio un canto a Gadifer de La Halle, o de La Salle, como se quiera, pasó a serlo por obra y gracia de las enmiendas y raspaduras, de Juan de Bethencourt, sucesor del anterior en el mando de la expedición francesa al servicio de la corona de España en la conquista de las Canarias. Volviendo al nieto y al abuelo, a grandeza de espíritu, buena tinta; y a pequeñez y mediocridad de visión en este asunto, tinta peor. Han pasado los años y a través de la tinta de las enmiendas del nieto, que ha virado a un sepia claro, es posible seguirle los pasos a nuestro autor, cuya tinta, no sólo no se juntó en su momento con la de su nieto, sino que con el tiempo*

ha virado a un color muchísimo más oscuro. Y, aparte de las tintas, está también la cuestión de la caligrafía propia de uno y otro, perfectamente diferenciadas incluso para un profano en la materia, cosa que, en este terreno, no soy del todo. Y esto de enmendarle la plana, donde verdaderamente lo hizo el Ossuna y Benítez de Lugo fue en la versión final, lógicamente, que también se conserva bastante aceptablemente, como las anteriores.

Por ejemplo, el pasaje "Las playas de Añaza están cubiertas de esos hombres crueles que nos han maltratado en otras ocasiones", fue cambiado por "Las playas de Añaza se cubren de repente de Guerreros" (Capítulo Tercero).

También, el párrafo final del mismo capítulo, que dice: "Los historiadores te nombrarán no para admirarte como a un héroe, sino para que se te considere como un hombre furibundo del que las generaciones futuras deben espantarse", el interesado nieto quiso cambiarlo por "El historiador imparcial te nombrará tan sólo como un conquistador que cumplías con los deberes que como tal te exigía el siglo bárbaro en que naciste". En fin, que el enojoso asunto, con estos dos ejemplo, está lo bastante claro como para dejarlo ya. Por una vez, hasta la tinta se puso de parte de los indefensos.

F. A. OSSORIO ACEVEDO

LOS GUANCHES
O
La Destrucción De Las Monarquías De Tenerife

P.M.O.S.

Prospecto.

Cuando los estúpidos y furibundos guerreros de los siglos XV y XVI retornaron de sus piadosas cruzadas agitados del espíritu de fanatismo y de conquista, abriéronse las puertas del NON PLUS ULTRA, y penetraron en el occidente arrojándose ansiosos sobre las Canarias y Américas. En entrambas partes estos fieros conquistadores consideraron a sus habitantes como unos viles esclavos. Marmontel nos dice que se llegó a disputar en las Universidades de España si los indios eran monos u hombres, siendo necesario una bula del Papa para decidir la cuestión. (Les Incas, *Tomo I, preface); y Viera, historiador canario, nos cuenta que nuestros antiguos insulares llegaron a tal vileza, que en las pruebas que en la propia España se hacían para entrar en los colegios mayores se encargaba por estatuto de averiguar si los aspirantes descendían de los guanches (este era el nombre de los antiguos habitantes de Tenerife), como ahora vemos que se averigua la limpieza de sangre* (Hist. de Can., *Tomo I, pág. 290). Tal era en aquella época el estado de barbarie de las naciones más cultas de la Europa.*

En la presente obrita nos proponemos hacer ver la felicidad en que vivían los antiguos moradores de la isla de Tenerife, la dulzura de sus costumbres, y las crueldades que con ellos cometieron sus conquistadores. En esta relación todo es histórico, y sólo hemos mezclado algunas ficciones que son compa-

tibles con lo verdadero de los hechos, a fin de amenizar en cierto modo la lectura de unas páginas que están llenas de sangre y de horror. Sensibles al amor, no hemos podido menos de pintar esta pasión en medio de los desastres de la guerra, tal como aquellos isleños la sentían. El lector encontrará en esta historia la exactitud de los hechos y el interés de la verdad que son efecto de nuestro amor a la humanidad y a la patria.

La obrita se publicará en dos tomos en 8º a 8 rs. cada uno, en Madrid, que pagarán los suscriptores adelantados al tiempo de suscribirse, y a 9 rs. en las provincias, francos de porte.

PUNTOS DE SUSCRIPCION. Madrid: Librería de Boix, calle de Carretas, Nº 8. Provincias: en las Administraciones de Correos.

CAPITULO PRIMERO

Felicidad que disfrutaban los primitivos habitantes de la isla de Tenerife. Monarquías que establecieron. Bencomo, Rey de Taoro: su nacimiento, carácter y virtudes: su coronación. Gobierno, religión y costumbres de las naciones guanches.

Ya Tenerife había visto varias veces al atrevido Europeo conspirarse contra sus príncipes, y otras tantas esta isla afortunada se había preservado de su furor fanático. La paz reinaba en su seno, y todos sus habitantes disfrutaban de las comodidades que les ofrecía su vida tranquila y sencilla. Sus fecundas tierras, cultivadas y cubiertas de ganados, les sustentaban con abundancia y vestían con naturalidad; y sus familias, saludables y alegres, eran juzgadas con equidad, formando un pueblo colmado de bendiciones. Encontrábase en sus costumbres un estado de simplicidad e inocencia semejante a los primeros tiempos del mundo: sus necesidades habían suscitado la industria, cultivando la tierra y aplicando todos sus esmeros a multiplicar el corto número de animales útiles que tenían: vestíanse con los despojos de éstos y con las hojas de los árboles; y de esta manera gozaban del reposo y de las comodidades.

Después de la destrucción de la isla Atlántida[1] los restos de sus habitantes que se salvaron en los montes de Nivaria nombraron un soberano, que, dejándoles gozar a todos igualmente de los bienes que la naturaleza les ofrecía, pacificase sus discordias y protegiese sus vidas. Pero así que se fue

aumentando la población el monarca tenía cada día más autoridad y por último llegó el tiempo en que ejerciendo un poder absoluto, abusó del depósito que se le había confiado y la anarquía sucedió al despotismo: el rey fue depuesto, y el imperio se dividió entre muchos soberanos[2].

Tal fue la suerte que le cupo a Tinerfe el Grande. Este anciano monarca que había sido testigo de los desórdenes y turbulencias que suele originar un gobierno despótico, vio, antes de ir a reposar en el seno del Sol su padre, prosperar el imperio repartido entre sus hijos. Estos, queriendo remediar los defectos de Tinerfe con la idea de hacer dichosos a sus pueblos, se constituyeron cada uno de ellos, más bien que en rey absoluto, en guardador de los derechos de una cierta porción de isleños.

Bentinerfe, hijo primogénito, se apoderó de la tierra más fertil de la isla, que era el país de Taoro, en el Valle de Arautapala, hoy llamado Orotava, Acaymo, hijo segundo, ocupó los estados de Güímar: el país de Abona fue la parte que le tocó a Aguaxona: Albitocaipe se sentó en el mismo trono de su padre, cuya capital se hallaba en Adexe: Caconaimo reinó en el distrito de Daute: Chincanairo obtuvo la monarquía del país de Icod: Romén la del territorio de Tacoronte; y Tegueste se erigió en Mencey de la parte de la isla a que dio su nombre. Serdeto ocupó los estados de Anaga; y Aguahuco, hijo bastardo de Tinerfe, se declaró señor de un pequeño territorio, conocido después con el nombre de Punta del Hidalgo Pobre.

Imobach fue el más robusto vástago de estas heroicas progenies. Casóse siendo joven con Caseloria, hija del príncipe Afuteyo, la joven más hermosa de cuantas había en el reino de Anaga. Luego que la Luna hubo alumbrado nueve meses la cima de Echeide[3] dio a luz en el rústico palacio de Taoro al tierno Bencomo. Este príncipe fue educado por

su padre con un esmero singular. Desde muy joven le había impuesto en todos los deberes de los monarcas, enseñándole que la primera virtud de éstos debía ser la justicia, que le mostraba el camino que debía seguir en su gobierno. Asimismo le decía que el monarca, semejante al astro del día cuyos rayos iluminan y fecundan todo el globo, debía vivificar a las familias e individuos de la sociedad, manteniendo la equidad entre todos ellos: Que a ninguno se le concedía el funesto derecho de oprimir, pues todos los hombres han nacido libres e iguales; y él mismo conocía que no se lo podía atribuir a sí propio sin cometer una grande injusticia. Sabía que era defensor y no dueño de los bienes de sus vasallos; y atenido a la justicia corregía el vicio, fortificando la virtud y premiando al que la practicase.

Empero Imobach pierde luego la luz del apacible cielo; muere, y la sensible Caseloria no puede ya mirar sin gran pena las bellezas del Valle de Taoro. Todo le contrista y hasta el astro por quien se anima el Universo le hace verter amargas lágrimas, recordándole su hermosura la de su querido esposo.

El joven Bencomo, por muerte de su padre, toma las riendas del gobierno de aquella monarquía. El acto de su coronación fue expresivo y augusto y en él dieron sus vasallos una prueba del grande amor que le tenían. Adornaron una plaza con palmas, laureles y flores aromáticas: La corte y el pueblo se colocaron en ella y el nuevo Mencey[4] fue recibido por toda su nación con vivas y aclamaciones. Un anciano, pariente más cercano de Bencomo, trajo con un profundo respeto y veneración cierto hueso de su abuelo Bentinerfe. Presentóselo al nuevo rey y éste, como era de costumbre, le besó dos o tres veces, y le puso sobre su cabeza majestuosamente diciendo: "Yo juro por el hueso de mi abuelo, quien ciñó esta real corona, imitar sus virtudes mirando por la felicidad de mi pueblo querido". Tomando

después el mismo hueso los ancianos y los nobles lo colocan sobre sus hombros y dicen: "Juramos por aquel día memorable de tu coronación constituirnos custodios de tu reino y de tu descendencia"[5].

A esta augusta ceremonia se siguió un espectáculo hecho tan sólo para las almas sensibles. Tiernos jóvenes, tan puros como el día que les vio nacer: doncellas tan cándidas como la azucena y la rosa, se dan sus inocentes manos enlazándose unos y otros, y formando un coro encantador con las más afectuosas demostraciones, cantan himnos augustos al Sol, y le dan repetidas gracias por el don que les ha dispensado concediéndoles un monarca tan virtuoso y amado de todos.

Diose enseguida un convite general y abundante en el que el nuevo monarca manifestó a sus súbditos las primeras pruebas de su cariño y amor. Los nobles se distribuyeron entre la multitud para presidir las mesas, donde el pueblo estaba sentado, y a su cabeza se coloca el nuevo Mencey con toda su familia.

Concluido el festín se siguieron los juegos de luchas y tiros de piedra, en donde los jóvenes guanches se ejercitaban en el arte de combatir. Tinguaro, hermano de Bencomo, y Efeyro son los primeros atletas que se presentan a la lucha. Para disponerse al combate se ungen con jugos de hierbas aromáticas. Enseguida aquellos combatientes ágiles y robustos se agarran fuertemente el uno al otro, y después de un largo rato en que empeñan todas sus fuerzas, Efeyro cayó debajo del valiente Tinguaro[6]. Entonces Bencomo lleno de regocijo corre hacia el vencedor y abrazándole tiernamente le dijo: "¡Oh, mi querido hermano! Tú sabrás soportar con paciencia los trabajos y las penalidades de la vida, procurándote una subsistencia abundante: Tú serás la esperanza de la patria y honrarás la memoria de nuestros padres".

Concluidas estas fiestas, el nuevo monarca se levanta de su tosco asiento y acompañado de su familia y de todos los vasallos marcha a rendir gracias al astro del día. El pueblo todo suplicaba a su dios le diese siempre buenos reyes, justos y amantes de sus vasallos, y el aire se pobló con mil gritos de júbilo. "Miradle —se decían unos a otros—. Miradle; éste es el Oriente de nuestra felicidad; él es nuestro padre y nuestro amigo". Ancianos, mujeres, niños, guerreros, todos se precipitan a los pies del monarca. Unos llevan en las manos ramos de flores, otros cubren el suelo de saúcos; el júbilo fue general y todos le llenan de bendiciones. Dirigióse después el príncipe hacia su palacio, lentamente; rodeado y confundido entre sus vasallos, llegó lleno de regocijo a los umbrales de su habitación. Los nobles que le aguardaban quemaron en su presencia hierbas olorosas, que eran como el anuncio de los más felices presagios.

Tales fueron las ceremonias y fiestas conque se coronó al hijo del grande Imobach. La armonía que reinaba en todos sus pueblos aseguraba por todas partes la paz y la felicidad del nuevo soberano y de sus vasallos. Los corazones de todos estaban llenos de unas mismas ideas, formaban unos mismos placeres y trabajaban incesantemente en su mutua felicidad. Hallábanse igualmente contentos y dichosos, porque eran gobernados por un monarca lleno de amor al bien público: todos descansaban al abrigo de unas leyes que protegían la libertad y la igualdad de los ciudadanos.

Entretando Bencomo reinaba con el mayor acierto el reino de Taoro, los demás monarcas de la isla hacían igualmente felices a sus vasallos con las mismas leyes y costumbres que aquél, porque todas tenían un mismo principio; tal fue el código que formaron los hijos de Tinerfe cuando dividieron entre ellos el imperio de éste. Se veía el reino de Anaga

ocupado por Beneharo, príncipe virtuoso y caritativo; Acaymo mandando como un buen político los estados de Tacoronte; Tegueste II practicando las hazañas de un hábil general en el territorio de su nombre; y el animoso Zebenzuy sentado en el trono del Hidalgo Pobre. El gobierno de los distritos de Güímar, Abona, Adexe, Icod y Daute estaba confiado a Añaterve, Atxona, Pelinor, Pelicar y Romén, príncipes, aunque algo pusilánimes, virtuosos y amantes de sus vasallos.

Aunque cada uno de estos Menceyes era independiente en el gobierno de su monarquía, todos conservaban las mismas leyes, sin atreverse a alterarlas por temor de ser arrojados ignominiosamente del trono. Los habitantes de cada nación se hallaban de tal modo asociados que no se oprimían los unos a los otros, porque sus derechos eran claros y sencillos. Gozaban además de muchos medios de prosperidad y hallaban su bienestar en la constitución de su estado. De este modo, disfrutando de las ventajas que proporciona un buen gobierno, podía decirse que formaban un cuerpo de nación original y coetáneo a los tiempos heroicos. Las leyes prescribían cuanto concernía a las costumbres. La inocencia, la honestidad, la libertad y el honor, eran protegidos y reverenciados; y el valor y la actividad, se consideraban entre ellos como virtudes por ser unos medios eficaces e indispensables para su conservación y bienestar[7].

Todas estas virtudes eran conforme a la ley natural, o lo que es lo mismo, no se reducían a otra cosa que a la práctica de las acciones útiles al individuo y a la sociedad; todo aquello que les era nocivo a estos isleños lo consideraban por un vicio; de manera que la virtud y el vicio se reducían siempre a un objeto físico; tal era el de destruir o de conservar su cuerpo. No tenían la menor idea de las recompensas o castigos que suponen una alma inmor-

tal: sus miras no se extendían más allá de la vida presente; y conocían que para vivir felices y tranquilos debían respetar y obedecer las leyes de la naturaleza.

Estas costumbres hacían que el hombre sólo pensase en su existencia presente: excitaban su industria, para hacerse activo, laborioso, benévolo y virtuoso para con sus semejantes. Los legisladores no les hablaban de ningún suplicio reservado para después de su muerte: sólo les hacían ver que aprendiesen a merecerse el cariño de los demás seres inteligentes: que supiesen que para obtenerlo era preciso adorar la virtud, y que los hombres virtuosos no tienen que temer ni de sus semejantes ni del dios que adoran.

Empero, los monarcas guanches hablaban de la inmortalidad a las almas nobles valientes, pintándola como el precio de sus virtudes, el genio y los talentos. La idea de ser después de su muerte sepultados en el olvido, de no tener ya ninguna relación con los seres de su especie, y de perder toda posibilidad de influir sobre ellos, les era un pensamiento doloroso y aflictivo. A la verdad, la pasión de las almas grandes siempre ha sido el deseo de inmortalizarse y vivir en la memoria de los hombres, para prolongar de esta manera su existencia.

La agricultura producía entre estos habitantes tesoros preciosos, convidaba a todos a favorecerla con su industria, proporcionándose con sus sudores la felicidad. Los ricos y los pobres, y hasta los mismos reyes, vivían del glorioso trabajo de sus manos, reputando viles a los que inclinados al ocio, eran un peso inútil sobre la tierra. Los monarcas decían siempre a sus vasallos: "Cultivad la agricultura si queréis ser felices: ella nos alimenta a todos y el hombre se hace desgraciado si no le considera como el principal objeto de sus cuidados". No tenían bestias de carga ni de labor que les sirviese en las di-

ferentes operaciones de la agricultura, de modo que todo lo hacían por sí mismos. Segaban las mieses, las trillaban con sus pies, aventaban la paja con sus manos y encerraban sus abundantes cosechas en las grutas[8] más enjutas.

Esta vida laboriosa y campestre y esta dulce y amable tranquilidad les ponía al abrigo del lujo, de la avaricia, y de la ambición: inclinábales a la equidad, a la templanza y a las demás virtudes que son frutos de una continua ocupación, y todo formaba un cuadro digno de haber enriquecido las obras de Homero y de un Virgilio. ¡El corazón se encanta y deleita al considerar tantas bellezas!

La vida pastoril de los guanches es otro objeto de digna admiración. Allí, los jóvenes alegres y contentos tocando sus flautas de caña y sus panderos de dragos aforrados en pieles, cantando sus amores y sus celos, velan sobre sus numerosos rebaños que pueblan las praderas. Más allá, a la sombra de elevados sauces y hayas se ven lindas y modestas zagalas sacando de sus cabras la blanca leche que va a servir de alimento al monarca y al pastor. Mil arroyuelos serpentean por aquellas praderas, donde las flores y las hojas, bajo de tantos matices diferentes se colorean a competencia: un halagüeño susurro se une a los gorjeos de los pájaros que pueblan los bosques, a la falda de un corpulento drago se ve un coro de jóvenes de ambos sexos que se entregan a sus diversiones y danzas, cantando las hazañas de sus predecesores.

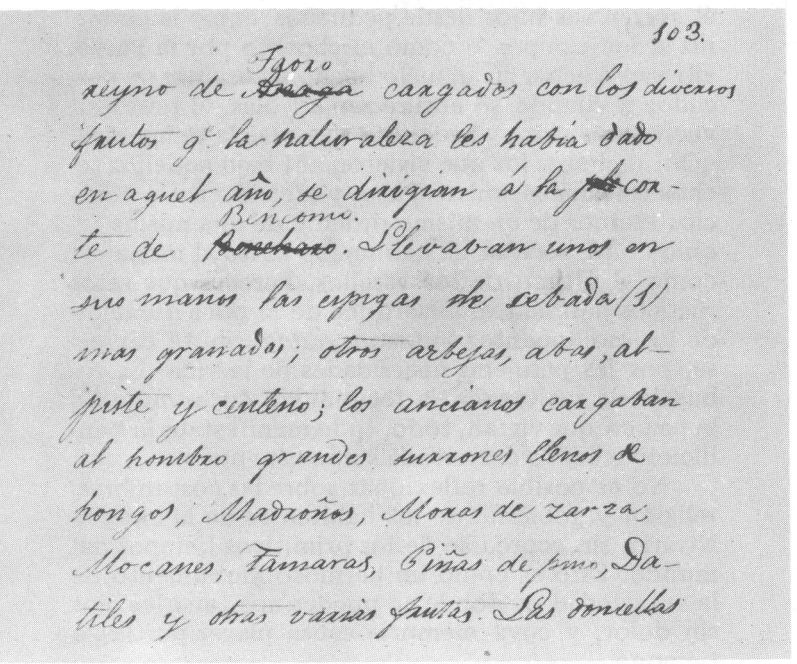
Los palacios y habitaciones de los isleños deben llamar también nuestra atención. Estos eran unas grutas aisladas, sin otros adornos que el musgo y la hiedra, y sin otras murallas que la débil zarza y el espárrago ya una enorme masa de basaltos eleva sobre las orillas del mar sus columnas prismáticas formando con ellas una gruta espaciosa y pintoresca, o ya elevados picachos de lavas compuestas, avanzando

con audacia hasta las nubes, presentan en sus faldas mil concavidades. Una rápida vegetación brilla al lado de estos montones de piedras y de escorias.

Los isleños que habitaban las grutas cercanas al mar eran los que se dedicaban por lo general a la pesca. El mar ruge por el día a su alrededor, y por la noche retumba debajo de su tosca almohada: es su elemento, su alegría, su mundo y su término. A él corren sus hijos desde pequeños, como la codorniz a los campos o como el chorlito por la playa; allí van a echar su anzuelo hecho de espinas de pescado; y cuando se enfurecen las olas, el pescador vuelve a su gruta y agüarda a que cese la tempestad. ¡Oh, dichosos los que vivieron allí bajo aquellos techos volcánicos, entre el agua y el cielo! Estos edificios eternos de un mismo orden y de una misma arquitectura, servían de habitación tanto al monarca, como al último de los vasallos. Parecía que estos rústicos habitantes, advertidos de la poca duración de los monumentos humanos, creían inútil cansarse, por las pasajeras necesidades de la vida. La robustez de sus brazos, la fecundidad de las mujeres, la paz en que vivían, todo, todo manifestaba la bendición del cielo derramada sobre este pueblo.

No es posible reflexionar sobre las costumbres, religión y gobierno de los habitantes de la antigua Nivaria, sin acordarse de los primitivos tiempos del mundo. Esto es como un hermoso monumento de la antigüedad de donde no pueden apartarse los ojos sin dolor, y cuya memoria causa placer por largo tiempo.

FINAL DEL CAPITULO PRIMERO



103.

reyno de ~~Braga~~ Igoro cargados con los diversos
frutos q.e la naturaleza les habia dado
en aquel año, se dirigian á la ~~p~~ con-
te de ~~Benchoro~~ Bencomo. Llevaban unos en
sus manos las espigas de cebada (1)
mas granados; otros arbejas, abas, al-
pirite y centeno; los ancianos cargaban
al hombro grandes suzones llenos de
hongos, Madroños, Moras de zarza,
Mocanes, Tamaras, Piñas de pino, Da-
tiles y otras varias frutas. Las donzellas

Facsímil de la copia caligrafiada que don Manuel de Ossuna y Saviñón mandó hacer de la primera versión para preparar la corrección definitiva.

CAPITULO SEGUNDO

Invaden los castellanos las costas de Tenerife, y son rechazados y obligados a abandonar el territorio. Meteimba, príncipe canario, cuenta a Bencomo las desgracias de su Patria.

Los descendientes del Gran Tinerfe gozaban alegremente de la felicidad y tranquilidad que les ofrecía su buen gobierno y sus sanas costumbres, cuando he aquí que el altivo castellano se presenta en las riberas de Añaza. Un número crecido de jóvenes guerreros, llenos de entusiasmo saltan a tierra, altas las cabezas y cubiertos de armas resplandecientes. Delante de ellos marcha con paso grave Francisco Maldonado agitando orgulloso el Estandarte de Cristo. Su ademán altivo y feroz semblante, el estruendo de las armas y el grito de los guerreros, llenan de terror los ánimos de los isleños, que huyendo de aquellas costas corrían presurosos a dar cuenta de esta novedad al monarca de Anaga.

Puesto Maldonado al frente de sus tropas, lleno de resolución e intrepidez les dice: "Amigos: la noble ambición de inmortalizarnos, nos ha reunido para conquistar a los bárbaros que habitan estos países; lo hemos ya conseguido felizmente en esa isla vecina, y nuestra fama voló con rapidez a la España. Esforcémonos pues, ahora, para que sea completa nuestra gloria. Somos pocos, pero todos determinados y unidos por la amistad y la confianza. Bien pronto nos vendrán amigos que nos auxilien, y entonces se consumará nuestra obra: sólo arries-

gamos una vida que está llena de amarguras, que si perdemos defendiendo la religión de Cristo, nuestra alma recibirá en recompensa una eternidad de placeres, y nuestra memoria será quizá reverenciada en los altares. Aprovechémonos de los medios de hacernos gloriosos entre los hombres y delante del Criador, y llenos de mansedumbre y humildad cristiana, corramos a conquistar estos idólatras países".

Dijo; y tremolando el pendón de Cristo, seguido de sus tropas, marcha presuroso hacia el interior de la isla. En medio de la multitud de lanzas y otras armas de acero que se cruzan y centellean por todas partes, camina delante el furor y la saña, leyendo en sus estandartes las palabras, Justicia, Caridad y Paz, cuando debían estar escritas las palabras de Fanatismo, Superstición e Hipocresía.

Estaba cargado el cielo de densas nubes, y los vientos empezaban a bramar con furor. De repente los truenos hacen estremecer el aire, y las lluvias tempestuosas y el granizo destructor caen con rapidez sobre la tierra; y los rayos rasgando el velo tenebroso aumentan el espanto de este guerrero, al verse rodeado de una muchedumbre de isleños. De repente una nube espesa de dardos y piedras oscureció al instante la atmósfera, cayendo sobre las cabezas de los cristianos. Maldonado se abalanza entre los enemigos, y esparce entre ellos la muerte. Beneharo, rey de Anaga, al frente de los guanches, se precipita sobre los castellanos con su grueso escuadrón; las filas de éstos son en un momento disipadas y deshechas, y su fuga presenta el doloroso espectáculo de una multitud de víctimas, quedando los valerosos isleños dueños de aquel campo teñido en sangre y cubierto de miembros humanos. Gritan ¡Victoria, Victoria!, y ésta que indecisa atravesaba poco antes de un lugar a otro, vuela derecha a ceñir las sienes de Beneharo, afirmando en él la gloria de haber vencido al Cristiano. El Mencey de Anaga al

verse coronado de aplausos y bendiciones, dijo a sus vasallos: "Mientras corra una sola gota de sangre por mis venas, nadie me podrá hacer perder el trono donde la fortuna me ha puesto. Esta resolución la debo a mi honor y al amor de vosotros, seguro de que jamás me desampararéis, y de que si expongo mi vida por la patria vosotros derramaréis vuestra sangre por no perderme".

Así habló el anciano monarca, y al instante se retira a la corte con sus tropas, disponiendo que los heridos que habían quedado de una y otra parte en el campo de batalla, fuesen conducidos a unas grutas que estaban destinadas para atender a su cura.

Parecía ya que el cielo había hecho la paz con la tierra, consolando la serenidad a la naturaleza de los estragos que poco antes la tempestad había causado. Las aguas se habían retirado, los bosques se reaniman y los campos brillan de nuevo con los rayos del sol. Todo gozaba de nueva vida, y hasta los pájaros y los animales habían olvidado su espanto. Restablecidos también de sus heridas, los desgraciados que habían quedado inmóviles en el campo de la refriega, se presentan al bondadoso Mencey a quien debían su vida.

Hallábase entre ellos Meteimba, príncipe canario, que después de haber sido testigo de la destrucción del imperio de su padre, fue obligado a tomar las armas contra sus vecinos. El monarca de Anaga oyó con sorpresa la relación de sus desgracias, y un presentimiento secreto le hacía juzgar que su corte iba a ser igualmente el teatro de las crueldades de los cristianos. Atormentado con estas melancólicas ideas y pensando sólo en buscar todos los medios posibles para defender su amada patria, mandó que al punto aquel desgraciado príncipe acompañado de algunos otros isleños, se presentasen en la corte de Bencomo, para informarle de estos tristes sucesos.

Era este monarca el más poderoso de todos los

de la isla: no había sufrido jamás ninguna desventura, y no le era fácil templar su ímpetu y orgullo. Vigilante y sereno al mismo tiempo, obraba y calculaba con igual facilidad. Nada se le oponía a sus designios, vencía todos los obstáculos, y era, en fin, la esperanza y el apoyo de todos los isleños.

No bien hubo visto Bencomo al noble Meteimba cuando conoció en la tristeza que anunciaba su semblante la resignación de un alma grande, indigna de sus males. Dirigióse a él y preguntándole la causa de las desgracias que le afligían, el extranjero lleno de dolor le habló en estos términos:

"Bondadoso Mencey; yo soy el único resto de un reino más grande que el tuyo: ya éste ha quedado destruido, y la suerte no me presentó otro medio de salvar la vida de la esclavitud. El origen de todos los males y miserias a que me veis reducido son esos crueles extranjeros que vergonzosamente han huido de Beneharo y de sus valerosas tropas. Esa casta de hombres sanguinarios han inquietado nuestro país cien años hace, y en más de veinte batallas salimos victoriosos. Les tuvimos presos en el cerco de Gáldar, como las sardinas en las mallas de nuestras redes de juncos; y después de haberles demolido el inexpugnable castillo que habían construido en Gando, se vieron precisados a huir de nuestras costas. Al cabo de largo tiempo, después que la tranquilidad se había restablecido en toda la isla, nueva gente, pero de las mismas costumbres y religión que la anterior, se presenta en nuestras riberas. El relámpago, el trueno y el rayo acompañaban a esta raza de hombres: a su vista el terror y el espanto se apodera de los corazones isleños, y un clamor universal resuena en aquellos contornos. Doramas, mi padre, que era Guanarteme de Telde[9], a fin de defender la patria, tomó el mando de la mitad de las tropas, y confió el otro a Adargoma, Guayre

de Gáldar[10]. Empréndese el combate, y la victoria se mantiene indecisa por algunas horas. Ya ésta tenía todas las apariencias de decidirse por nosotros, cuando un funesto accidente viene a ser el origen de nuestra ruina. Adargoma, que con maravilloso denuedo y corazón valiente descargaba a dos manos con su magado[11] terribles golpes, es herido de repente por una lanza que Rejón, jefe de los enemigos, arrojó con ligereza. Los Canarios entonces se llenan de coraje y entrándose por medio de las espadas perece la mayor parte de ellos a manos de los enemigos. Siguen éstos con cruento acero a los pocos isleños que habían podido huir: despedazan a los ancianos, esposas e hijos; y creen permitidos semejantes horrores porque los cometen en el nombre del Dios que adoran.

"No quedaron sin castigo tantas crueldades. Intenta el enemigo hacer un nuevo desembarco por la parte de Tirajana, y los valientes canarios indignados de los ultrajes recibidos les acometen con todo el denuedo que produce el valor excitado por la venganza, y los pocos cristianos que pudieron libertarse de sus manos, abandonan el sitio, teniendo nosotros la gloria de verlos regresar a Guiniguada llenos de confusión.

"Entonces hizo mi padre reunir a los Guayres para conferenciar sobre lo que se debía hacer con los prisioneros que habíamos tomado en la acción. Formóse al instante el consejo, y los ochenta cristianos son sentenciados a ser quemados vivos en un sitio en que los enemigos pudieran observar el sacrificio.

"Ya estaba todo pronto y la hoguera encendida. Los europeos pálidos y trémulos vienen a escuchar la funesta sentencia, y a la vista espantosa de la hoguera redoblan sus quejas y alaridos. Habían llegado de todas partes los isleños a presenciar aquel solemne acto, y ya marchaban los reos atados de pies

y manos al lugar del suplicio, cuando uno de ellos lleno de extraordinario valor se dirige hacia los Guayres y les dice: 'Hombres crueles: la vida me importa muy poco, porque sé que voy a descansar en un paraíso lleno de delicias, pero sí me llega al alma el gran peligro que os amenaza. Un enemigo poderoso y terrible enviado por el Dios del Universo vendrá muy pronto a vengar vuestra bárbara acción; y seréis víctimas de su enojo. ¡Ah! por nuestro amor hacia vosotros nos hemos expuesto a tantos peligros, y ésta es la recompensa que nos dais!... ¡mujeres canarias!, creed que todos los castellanos son vuestros amigos y que han venido a enseñar la religión que Dios les manda propagar para hacer a todos los pueblos felices. Si os complacéis en ver humear nuestra sangre, caerá del Cielo un castigo terrible sobre vosotras, vuestros esposos y vuestros hijos'.

"No pudiendo resistirse a estas palabras nuestras sensibles mujeres vierten mares de lágrimas, y dando lamentables gemidos, abiertos sus brazos y su pelo desgreñado, se precipitan en medio de los Guayres. Sorpréndense éstos con una novedad tan imprevista, y, ved aquí que la madre de unos de estos consejeros (triste presagio de la suerte que aguardaba a aquellos prisioneros) rompe a toda prisa por la multitud y con ademanes de inspirada, tiende sus trémulas manos delante de los Jueces para contener la sentencia, diciéndoles: 'Suspended el horroroso sacrificio que vais a ejecutar sobre vuestros amigos: de lo contrario sobrevendrán grandes castigos en nuestra tierra'... y dirigiéndose a su hijo le dice: 'Querido Aymedeyacoan, no tomes parte en el suplicio de estos desgraciados cristianos. Alcorac[12] me lo ha revelado, y yo que soy tu madre te lo prevengo'.

"El buen corazón de un padre tan amado como Doramas, no pudo negar la súplica a aquella sacerdotisa[13], y movido de piedad mandó cortar las ligaduras a los prisioneros y les dice: 'Cristianos, noso-

tros os concedemos la vida y la libertad: bien podéis ir a uniros con los vuestros, pero llevad en la memoria nuestras victorias y nuestras conmiseraciones para que no volváis a tomar las armas contra los que os han perdonado la vida. Decid a vuestros jefes que el gobierno y la religión no son instituciones racionables sino para aquellos pueblos que contribuyen a su felicidad: que viviendo nosotros contentos con nuestras costumbres sería una locura el someternos a un yugo del que no podemos esperar sino un mal resultado. Decidle, en fin, que es una injusticia y una temeridad el forzarnos a renunciar a nuestros derechos sin sacar de ello la menor ventaja'.

"Tal fue el discurso que mi padre hizo a los reos al tiempo de ponerlos en libertad; pero éstos olvidándose de tan grandes beneficios se reúnen de nuevo con los demás cristianos y se encaminan hacia el país de Arucas. El valeroso monarca lleno de cólera al ver el atrevimiento del enemigo corre con sus tropas a apostarse sobre una de las eminencias que dominaban aquel campo. Los extranjeros apresurándose aparecen en otro cerro opuesto y al verlos mi magnánimo padre me dijo: 'Meteimba, parte al instante y di a esos castellanos, que si entre ellos hay alguno que se atreva a salir a un combate singular, en presencia de ambos ejércitos se evitará la batalla'. Este indómito y arrojado valor son más estimables que la victoria arrancada con una superioridad numérica de fuerzas. El me hablaba semejante a un peñasco que en la cima de un monte escarpado desprecia el ímpetu de los vientos destructores.

"Al punto obedezco la orden del soberano; preséntome a los cristianos, y éstos dudan un rato sobre tan atrevida propuesta. Se resuelven al fin y el jefe enemigo envía a nuestro campo al hidalgo llamado Juan de Hoces, uno de sus más valientes guerreros, que montado sobre un soberbio caballo vi-

braba sus relucientes armas. Llegó el momento funesto; acércase Doramas, el contrario le acomete al tiempo que recibe un magado con tanta fuerza que le traspasa la adarga derribándole muerto. Pedro de Vera, arrebatado de cólera, a la vista de este acontecimiento, sale al combate sobre un corcel todavía más fogoso: evita por dos veces el magado que le arroja el esforzado Guanarteme; se abalanza contra él, y logrando alcanzarle —¡Oh, desgracia!— le entra la lanza por el pecho y le deja moribundo en el suelo[14].

"El grito y el llanto resuenan en los valles circunvecinos: todos los isleños vienen a socorrer a Doramas, y este desgraciado príncipe, bañado su cuerpo en su sangre, sólo esperaba por instantes la muerte.

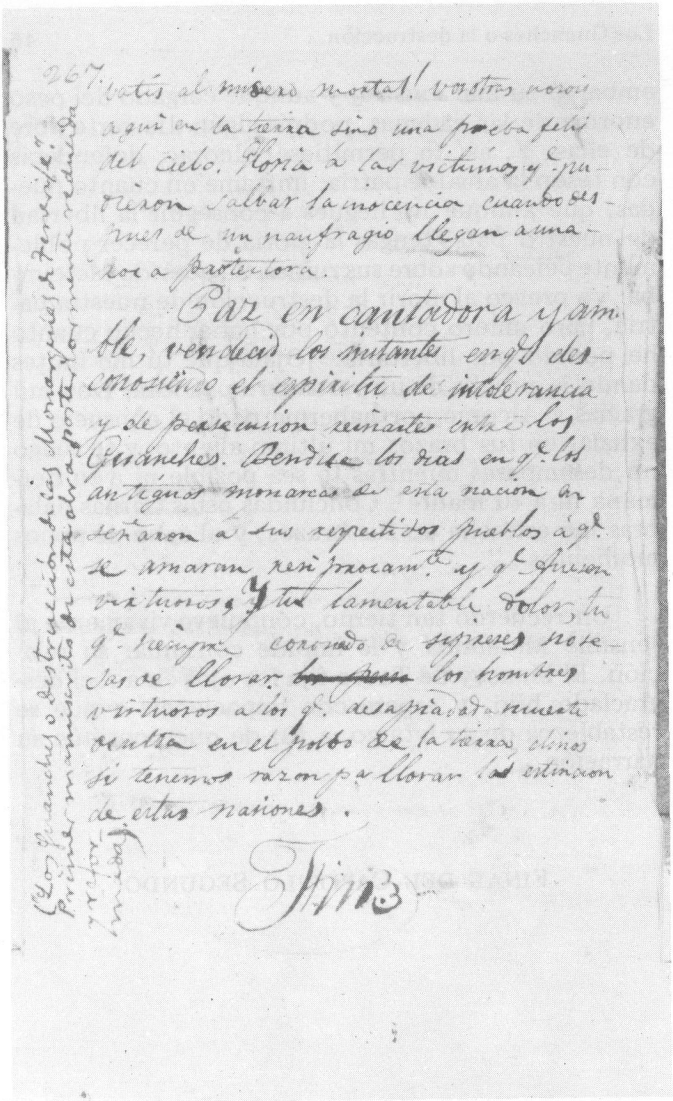
"Al ver los enemigos que nos habíamos acercado a defender al monarca, corren airados hacia nosotros, sus aceros hieren y matan a cuantos intentan resistirse a su furor. En vano huyen los isleños, pues el enemigo los sigue, los alcanza, los despedaza, y esparce al viento sus miembros palpitantes. La suerte quiso libertarme de su cólera sanguinaria, pero no así de las cadenas, que sujetándome fuertemente las manos y los pies me dejaron sin movimiento.

"Mi desgraciado padre, herido mortalmente, es conducido por los castellanos hacia su campamento; mas habiendo llegado a la cuesta de Arucas, el príncipe se hallaba próximo a exhalar su último suspiro. Entonces suplica a sus enemigos permitiesen que yo fuese a su presencia porque quería hablarme antes de morir. Pidió también que se nos dejase solos por un instante, y estrechándome entre sus brazos me dijo lleno de dolor: 'Hijo mío. ¡Cuántas desgracias has padecido por mi causa! ¡Cuántas no ha sufrido este pueblo amado! Me creí más valiente juzgando que nadie sería capaz de rendirme; pero esos cristianos tienen algo de sobrenatural. Y sin

embargo tú áún existes, y aunque cargado del peso enorme de las cadenas, podrás algún día verte libre de ellas. Y, así lo permitiese Alcorac, defenderás con tesón la amable patria: imítame en cuanto puedas, que aunque no llegues a conseguir la libertad de nuestro país, tengas la gloria de perecer noblemente peleando sobre sus ruinas. Sí, querido Meteimba: yo preveo al morir la destrucción de nuestra patria, pero muero contento por haber hecho cuanto he podido por libertarla. ¡Ojalá que tú me imites dando la prueba de un verdadero patriota! Doy mil gracias a Alcorac por haberme dado el consuelo de exhalar en tus brazos mi último aliento; y te ruego no desampares mientras te sea posible ni a tu hermana ni a tu madre'. Concluidas estas tiernas palabras me estrecha en sus brazos, y al cabo de pocos momentos..."

Un recuerdo tan tierno, conmueve vivamente al sensible Meteimba y le impide continuar su relación. El Mencey de Taoro fija los ojos en aquel desgraciado hijo, y espera con impaciencia a que se restablezca de su letargo, a fin de que continúe su narración.

FINAL DEL CAPITULO SEGUNDO



267. vatís al mísero mortal! vosotros no vís
aquí en la tierra sino una prueba feliz
del cielo. Gloria á las víctimas q.e pu-
dieron salvar la inocencia cuando es-
tas de un naufragio llegan á una
roca protectora.

Paz en cantadora y am-
able, vendecid los mutantes en q.e des-
conociendo el espíritu de intolerancia
y de persecucion reinantes entre los
Cristianos. Bendita los dias en q.e los
antiguos monarcas de esta nacion en-
señaron á sus respectivos pueblos á q.e
se amaran recíprocam.te y q.e fueron
virtuosos, y tan lamentable dolor, tu
q.e siempre coronado de espresos note-
sas de llorar ~~los pueblos~~ los hombres
virtuosos á los q.e desapiadad muerte
resulta en el polvo de la tierra, ¿cómo
si tenemos razon p.a llorar las extinccion
de estas naciones.

Fin.

(Los Guanches o degtracción hijas Monarquías de Tenerife.
Primer manuscrito de esta obra por Don Manuel redacta
y autor)

Facsímil de la última página del cuadernillo primero de trabajo. La letra al margen es de Manuel de Ossuna y Benítez de Lugo, nieto del autor.

CAPITULO TERCERO

Concluye Meteimba su relación. Fiesta de los Taorinos al Sol. Entrada de los españoles en Tenerife, y campamento de Añaza. Embajada de Alonso de Lugo al Rey de Anaga.

Luego que el héroe canario pudo recobrar el habla, prosiguió la historia de sus desgracias en estos términos:

"Así murió el padre más querido y el monarca más valiente de nuestro país. Los mismos castellanos que tanto le aborrecían, han confesado que aquel príncipe era quien sostenía las batallas que los indígenas habían ganado sobre ellos, y que con su pérdida se hicieron dueños del país.

"Después de esta funesta desgracia fui conducido a un lóbrego calabozo situado en la fortaleza que los enemigos habían construido. Allí estuve padeciendo por espacio de mucho tiempo, hasta que la suerte quiso presentarme una ocasión favorable para salir de tan triste cautiverio. Encaminéme entonces hacia la corte de mi padre; pero, ¿cuál fue mi desdicha al encontrar el palacio del desgraciado Doramas convertido en un horroroso cementerio? Allí se veían aún los restos de mi adorada familia que habían sido llevados para embalsamarlos y que un accidente funesto impidió, dejándolos expuestos a la corrupción.

" ¡Cómo podré explicaros el sentimiento que me causó la vista de este inesperado y horroroso espec-

táculo! ¡Cuántas ideas tristes me asaltan ahora a la imaginación!... ¡Oh memoria horrible! ¿Por qué quieres atormentar de nuevo este sensible corazón? ¡Ah! Cualquier hombre hubiera desmayado en aquel momento hallándose en mi situación; pero yo, acostumbrado a sufrir tantos males, pude soportar aquél que estremecía mis entrañas. ¡Oh, bondadoso monarca! Ya ha desaparecido para siempre esta nación de hombres valientes y guerreros que sacrificaron lo más precioso de este mundo por defender la patria: Ya no existen mis amigos y parientes; ya no los encuentro... ¡Ilustres campeones, vuestro valor fue celebrado por aquellos mismos que fueron vuestros verdugos; la gloria que habéis adquirido andará con los siglos y engañará la misma muerte que creyó oscureceros para siempre!

"A la vista de aquel espectáculo horrendo me juzgaba perseguido por una desgracia inevitable; y recaí en tal abatimiento que no me fue posible salir de aquella gruta espantosa, hasta que la necesidad me obligó ir a buscar con qué alimentarme. Recorrí todas aquellas comarcas, hasta encontrar algún lugar habitado; pero todo fue en vano. Los campos se hallaban desiertos, y no se veían en ellos segadores que recogiesen las mieses, ni pastores que cantasen al son del rústico instrumento la dulzura de la vida campestre; los ganados flacos y dispersos hallaban apenas un escaso alimento. Desiertos, cavernas, riscos, peñas; todo estaba marcado por la mano del cruel europeo, desapareciendo para siempre aquellos felices tiempos en que la paz y la tranquilidad reinaban en aquel afortunado suelo. Despoblados los campos, sólo vi a algunos ancianos y mujeres: éstas lloraban sus esposos, aquéllos sus hermanos: Más allá se hallaba un hijo desconsolado que iba a morir sin socorro; ya no tiene padre y enajenado de dolor maldice la ingratitud de los castellanos. La desolación y la tristeza ofrecían por todas partes su

imagen, y estaban retratadas en todos los semblantes de los canarios.

"Taciturno y silencioso caminaba sin saber a dónde el destino me conduciría; y he aquí que descubrí un sendero en que se veían huellas hermanas. Recobro mis débiles fuerzas, sigo el camino, acelero el paso, y diviso una montaña en que se hallaban los restos de nuestra nación preparándose para recibir un nuevo ataque de los cristianos.

"Apenas aparezco, cuando me veo rodeado de mis amigos y compañeros, que, dándome las mayores muestras de cariño, manifestaban el placer que les causaba ver entre ellos al hijo del valiente Doramas. Mi hermana Orpeya a quien ya tenía por muerta, corre presurosa a encontrarme; yo la reconozco y aquella sensible doncella bañada en lágrimas desfallece en mis brazos. Era el último resto de mi familia; hallábase sin ningún protector que la amparase; y débil como la caña que nace en el agua, necesitaba de un apoyo seguro en que afirmarse, y a cuyo lado pudiese guarecer su inocencia".

"Entonces el intrépido Bentejuí, al frente de todos aquellos isleños marcha a situarse en la escarpada roca de Ansite. El ejército sigue al monarca formando tres divisiones; la primera, compuesta de guerreros de Gáldar, conoce por jefe al esforzado Tixandarte, que lleno de valor y confianza animaba el amortiguado espíritu de sus tropas. Al lado de este príncipe, mandando la segunda división, marcha el fuerte Maninidra, cuyo brazo había vencido a más de cien cristianos; Belcaymo, Gayfa, y otros jóvenes valientes le acompañan. Cada uno de ellos llevaba en sus manos como insignia de su valor algún despojo del enemigo.

"Los guerreros de Telde, seguían después. El jefe que los capitaneaba era el famoso Atugio, Faycań[15] de su nación, cuya estatura, y robustez de sus

miembros fue admirada por todos los cristianos. Las mujeres e hijos que componían la mayor parte seguían detrás de los valientes teldenses; pero aquellos, lejos de animar a los guerreros, caminaban con la cabeza baja, vertiendo amargo llanto.

"Llega en fin el ejército a la alta montaña de Ansite, y el enemigo se acerca, fijando su campo a las faldas de aquella escarpada roca. A su frente aparece Pedro de Vera montado sobre un arrogante caballo. Tenesor Semidán, antiguo Guanarteme de Gáldar, acompañado de algunas tropas españolas y seguido de multitud de mujeres, niños y ancianos se presenta a Bentejuí. Traían estos isleños las manos amarradas, y el rostro pálido bañado en lágrimas; la madre, el hijo y la viuda levantan su tímida vista, pero no se atreven a hablar. Los castellanos hacen apresurar el paso de los más tardíos, ensangrentando el acero en sus carnes, y obligándolos a que se presentasen a nuestro príncipe, para que, condolido éste de sus penas, se rindiese con todos sus vasallos.

"No pudo ver Bentejuí con indiferencia aquel triste espectáculo; sus proyectos los abandona al instante, y reclinando su cabeza permanece por un largo rato sin movimiento. Acércase en esto el cobarde Tenesor y dirigiéndose a nosotros nos dice: 'Compañeros y amigos: Tened piedad de vosotros mismos, de vuestras mujeres y de vuestros tiernos hijos: Testigos habéis sido de los millares de víctimas que se han sacrificado por defender la patria. ¿Pretendéis seguir la misma suerte? ¿Qué pensáis adelantar contra un número tan crecido de valerosos guerreros? ¡Ah, canarios! Abrid los ojos, que yo os juro por lo que hay de más respetable, que si os rendís seréis bien tratados, si no, estos hombres extraordinarios que nos aseguran que son ministros de Alcorac, castigarán vuestras desobediencias y seréis víctimas de su enojo'.

"Dijo, y la muchedumbre de isleños que le rodeaban no puede resistirse a tan tierno y afectuoso razonamiento, pronunciado por un amigo y por un monarca destronado. Prorrumpen todos en gritos, cuya algazara retumba en los valles circunvecinos: los cobardes piden rendirse a Pedro de Vera, aquel hombre tan terrible para la nación, y que había sido el origen de nuestras mayores desgracias: arrojan sus magados, dardos y tabonas al aire, y siguen a Tenesor Semidán. Bentejuí y el Faycán de Telde quedan admirados y sorprendidos sin saber qué partido tomar. Permanecen taciturnos y silenciosos por un breve rato, y al fin viendo que era inevitable la ruina de su patria, se abrazan fuertemente el uno al otro y se precipitan desde la eminencia de Ansite al fondo de un profundo valle.

"Llegó entonces a tan alto grado mi desesperación que apoderado de un ciego entusiasmo por defender la patria me precipité seguido de algunos compañeros, en medio del enemigo. Los castellanos al ver nuestro valor corren prestos a las armas y salen a resistir nuestra furia. La saña y el coraje se apodera de sus corazones; entran por medio de nosotros, hieren y derriban a cuantos se presentan a su terrible brazo. Los que se libertaron de la muerte fueron conducidos a una prisión. En este número nos hallábamos mi hermana y yo. Mas ¡oh, infeliz de mí! Un nuevo y terrible golpe viene a aumentar mis tormentos. Los malvados pretenden abusar del honor de la inocente Orpeya; ella se resiste a su furor brutal; amenazándoles aquellos con la muerte, y obstinándose la infeliz en defenderse, hieren su pecho con las sangrientas espadas. La moribunda doncella yace tendida en el suelo; huyen los asesinos, y me acerco hacia donde estaba la más querida de las hermanas, y tomando sus manos casi heladas, la cubro de mil besos y lágrimas. Sus débiles ojos estaban cerrados y abriéndolos ella poco a poco me

conoce. Al punto apareció en su semblante un rayo de nueva vida, recobra el aliento que iba a dejarle para siempre y exclama. '¡Oh, querido Meteimba! Ven, no tardes a echarte en mis brazos: Despídete para siempre de tu hermana...'; y diciendo así, se acerca con trabajo y extiende sus débiles brazos sobre mi cuello; yo le estrecho contra mi pecho, y no puedo ni hablarle ni separarme de ella. Todo su rostro lo baño con mi llanto y expliqué mi dolor sólo con sollozos y suspiros. Pero la conmoción que ella padeció al verme acabó de debilitar sus fuerzas, volviendo a caer en el suelo asida de mis manos. Sus ojos se cierran, la palidez eclipsa de nuevo su semblante, y ¡ay de mí! expira.

"Lancé entonces un grito de desesperación; los tormentos más atroces se apoderan de mi alma, y al considerar que ya me faltaba la única compañera que me restaba en el mundo, no podía reprimir los desesperados impulsos de mi dolor. En medio de estos tormentos y rodeado de miserias, permanecí en aquella prisión hasta el día en que esos hombres crueles que ha vencido Beneharo me obligaron a la fuerza a tomar las armas contra vosotros".

Así acabó de contar sus trágicos sucesos Meteimba, y el monarca de Taoro que hasta entonces había estado suspenso y casi inmóvil, tenía fijos los ojos en aquel desgraciado príncipe, en cuyo semblante había conocido la grandeza de su alma. Acercóse y abrazándole tiernamente le dijo: "¿Cómo habéis presenciado tantas desgracias sin morir de dolor?... Y luego, con una voz interrumpida por continuos sollozos, continúa: Yo siento vuestros males y tomo parte en ellos; si no puedo repararlos, haré lo posible por suavizarlos. Sí, permaneced con nosotros, ilustre Meteimba, y sea mi corte vuestro asilo. Mas ¡ay de mí! Muchos presagios empiezan a mani-

festarse de que se acerca el tiempo de nuestras desventuras: yo confío en tu valor, y creo que no me abandonarás".

—"Permita el cielo —responde Meteimba— que el ejemplo de mi patria te enseñe a libertar a tu reino del azote que tantos males nos ha originado, y que destruyendo esa raza de hombres tan inhumanos y crueles, gocéis de las felicidades que siempre acompañaron a nuestros antepasados".

Concluidas estas palabras del príncipe teldense, Bencomo mandó que se juntasen sus principales vasallos para suplicar al astro benéfico se condoliese de ellos y les diera valor y fuerza para rechazar a tan terrible enemigo.

Era aquella la estación en que los guanches acostumbraban reunirse en la corte de cada uno de sus respectivos monarcas para celebrar una fiesta al Sol por la cosecha que les había dispensado. Con este motivo queriendo el Mencey de Taoro solemnizar aquel día con todos los regocijos y la pompa posible, ordenó que sus vasallos preparasen todas las ofrendas para celebrar el espléndido convite a la mañana siguiente.

Cuando el astro del día iba anunciando su venida con sus resplandores y disipando con su calor el frío de la noche, todos los habitantes del reino de Taoro, cargados con los diversos frutos que la naturaleza les había dado en aquel año, se dirigían a la corte de Bencomo. Llevaban unos en sus manos las espigas de cebada más granadas; otros arbejas, habas, alpiste y centeno; los ancianos cargaban al hombro grandes zurrones llenos de hongos, madroños, moras de zarzas, mocanes, támaras, piñas de pino, dátiles y otras varias frutas. Las doncellas llevaban en cestillas de caña las flores más olorosas para la ofrenda; los pastores conducían a aquel sitio el mejor ganado, y las tiernas pastorcillas en

unas pequeñas cazuelas de barro llevaban la leche de sus cabras.

Reunidos todos ellos en la corte de Bencomo, se dirigen a una hermosa pradera donde la sencillez y la virtud desplegan su natural esplendor. Estaba adornado el sitio con varios arcos cubiertos de palmas y enlazados con guirnaldas de olorosas plantas. Las alfombras formadas de flores, los suaves ecos de una orquesta compuesta de mil instrumentos pastoriles, y el gozoso murmullo de la enajenada concurrencia formaba un cuadro tan encantador que nada es capaz de describir. En aquel vasto círculo se habían reunido la mayor parte de las bellezas jóvenes de la comarca: la elegancia y sencillez de sus vestidos realzaba la brillantez de sus gracias, asemejándose a un coro de deidades.

Levántase de repente un sordo murmullo y ofrécese a la vista de los espectadores el ilustre Mencey de Taoro con toda su familia. El pueblo todo le esperaba impaciente, y cuando apareció rodeado de sus consejeros y los demás príncipes de la corte, los gritos de alegría resuenan en su contorno. Pero una encantadora beldad llama la atención de todo el concurso: Es la princesa Dácil, hija única de Bencomo.

Todos los corazones de los jóvenes isleños vuelan hacia la tierna doncella, pendientes de sus palabras y de su hermosura: la princesa de Taoro parecía destinada para ser el adorno de un día de tanto regocijo. Llevaba en sus manos una cestilla con flores olorosas, y presentándola a su padre, la coloca con toda ceremonia en una gran mesa de piedra que estaba situada en el centro. A su imitación las otras doncellas hacen lo mismo; siguen presentando sus ofrendas todos los demás isleños, y concluida esta augusta ceremonia, el monarca se acerca a la mesa y abriendo sus brazos y dirigiendo sus ojos hacia el astro adorado exclama. "¡Oh, padre de los hombres!

¡Oh, Sol! Tú haces crecer estas espigas, madurar estos frutos, y alimentas a estos ganados; tu bondad nos presenta todos los años los más preciosos dones, y hoy nosotros agradecidos a tan grandes beneficios, venimos a celebrar este festín en vuestra presencia".

Después de esta oración Bencomo ordena que se dispongan las cosas necesarias para el banquete. Las personas ancianas se ocupan en tostar la cebada en unas grandes cazuelas de barro que llaman gánigos; los jóvenes más fuertes en reducirlas a harina, para cuya operación tenían unas piedras enormes en forma de ruedas de molino. Estas se movían con la mano por medio de un hueso de cabra, pareciéndose aquellos Guanches a Eneas cuando se hallaba en las riberas del Africa moliendo entre dos piedras el grano que habían tostado sus compañeros. Los jóvenes isleños amasaban luego este gofio[16] con miel de palma o de mocanes, y este manjar lo reputaban por las viandas más exquisitas. Ocupábanse otros en cocer la carne, esotros en asarla, y en fin todos estaban ejercitados.

Concluido el festín se dio principio a un rústico concierto. Canta un coro de guerreros la división del imperio de Tinerfe el Grande, y los triunfos gloriosos de Bentinerfe y sus hermanos: escúchale Bencomo con transporte, y siente hervir en sus venas la sangre de los reyes y de los héroes guanches.

A los conciertos y canciones se siguen las danzas. La heredera de la corona de Taoro se mezcla entre los alegres grupos y enlazándose con sus compañeras se pierde unas veces, y otras vuelve a aparecer, arrebatando de todo el concurso los homenajes de admiración y cariño.

Iba a suceder a las danzas la acción de gracias al Sol por la batalla que los Anagueses habían conseguido sobre los españoles, cuando de improviso se presentan unos pastores que, asustados por el de-

sembarco de las tropas extranjeras, venían presurosos a dar cuenta a su soberano de aquella novedad. Interrúmpense los públicos regocijos: la consternación se pinta en todos los semblantes; corren unos agitados a sus habitaciones, otros gritan despavoridos, y fuera y dentro de la corte todo es confusión y desorden. Ya no hay fiestas, ya no hay alegría; y aquel día consagrado a la diversión y al placer se convierte en día de llanto y de terror.

Restablecido un poco el orden, uno de los pastores se dirije a Bencomo y le dice: "Querido Mencey: Las playas de Anaga se cubren de repente de guerreros. Un ruido sordo de gritos y del estrepito de las armas que se chocan, resonó en todos aquellos contornos: distínguense después millares de combatientes cubiertos de hierro y armados de largas picas cuyas aceradas puntas forman una erizada barrera. Los extranjeros llevaban en sus cabezas grandes y brillantes penachos, pareciéndose a las espigas de un campo cuando están agitadas por el viento. A la cabeza de estas tropas marchaba un general con un gran madero entre sus brazos: a pocos pasos que daba lo fijaba en la arena, postrándose de rodillas, y adorándolo con la mayor humildad y respeto[17]. Esta ceremonia se repitió por todas sus tropas con igual reverencia y después se ocuparon en formar sus tiendas. La playa está cubierta de guerreros, y a su vista se consternan todos los habitantes de las montañas circunvecinas que corren confusos sin saber dónde libertarse del furor del enemigo. Las cimas de los montes se llenan de mujeres y los inocentes niños elevan las manos al cielo dando lamentables gemidos; en fin, atemorizados todos, en vuestro valor confían".

Bencomo queda confuso al oír la relación del pastor: el terror y el espanto se apodera de su corazón y el clamor universal resuena en su contorno. El desgraciado Meteimba que había permanecido

suspenso y casi inmóvil con una noticia tan funesta, tenía fijos los ojos en aquel desventurado monarca, en cuyo semblante conocía las penas que atormentaban su espíritu.

Entretanto esto sucedía en la corte de Taoro, unos embajadores extranjeros se presentan a Beneharo, Mencey de Anaga. Venía entre ellos Tenesor Samidán, que había sido Guanarteme de Gáldar. Su aspecto era venerable; tenía la barba larga hasta el pecho; sus cabellos eran negros, y su estatura gigantesca. En una mano traía una lanza española, y en la otra una gran cruz de madera. Llegó a la presencia de Beneharo, y después de haberle rendido los debidos respetos, le habló así: "Ilustre Monarca; los valerosos extranjeros que me envían a saludaros, son unos hombres poderosos y superiores mil veces a nosotros en fuerzas y valor. Yo era el único monarca[18] que tranquilamente gobernaba esa isla vecina; y a pesar del gran número de vasallos de mi corte y de la destreza y habilidad con que estos se defendían, perdimos muchas batallas en las que innumerables isleños perecieron miserablemente. Para evitar tantas desgracias me rendí voluntariamente a estos bravos conquistadores, de cuyo modo he disfrutado de la paz y felicidad a que el hombre debe siempre aspirar. Sabéis que si os obstináis en conservar vuestra independencia, seréis víctimas de su poder. Los cristianos son muy caritativos y benéficos, cuando no encuentran oposición en sus justas pretensiones. El Dios que adoran se irrita contra los que no profesan su religión, al mismo tiempo que protege y premia a los que le abrazan: aprovechémonos, amados compañeros, de un beneficio tan grande. Los reyes de España de quien son vasallos, nos prometen mil bienes si queremos ser súbditos suyos y yo como Guanarteme de Gáldar les he ofrecido la fidelidad y vasallaje. Elegid, pues; si queréis la guerra aquí tenéis esta lanza, mas si preferís la

paz a las desgracias que aquella trae consigo, aquí tenéis este madero atravesado, como símbolo de amistad".

"Príncipe cobarde, le responde Beneharo, vos que fuisteis la causa de las desgracias de esa isla vecina ¿queréis por ventura serlo también de la de este tranquilo país? ¡Ah, monarca indigno de tu nacimiento! Vuelve a que esos pérfidos europeos te engañen: ¿Tú, malvado, te fuiste al bando de tus opresores, cuando debías haber sido el primero en morir por la libertad de la patria? Huye de mi presencia, y di a esos cristianos que no creo sus promesas ni temo sus amenazas".

Siguióse a este sencillo razonamiento una gritería desordenada de todo el concurso. Oyense mil aclamaciones al monarca de Anaga y otros tantos dicterios contra los españoles y sus aliados. Todos se apiñan alrededor del anciano Beneharo, besándole éste las manos, aquel sus vestidos. "No lo dudes, valiente guerrero, no lo dudes —gritaban: Te defenderemos y nuestros cuerpos serán tu escudo impenetrable". El monarca se muestra agradecido, abraza a todos, les recuerda sus recientes proezas, y los anima para la guerra.

Mientras esto sucedía en el palacio de Anaga, el príncipe de Gáldar había llegado al puerto de Anaga cubierto de confusión y de sorpresa. Da cuenta a Alonso de lo sucedido; e irritado éste por la resolución del monarca de Anaga, forma el proyecto de emprender la conquista de este país.

* * *

Sí, Alonso, no te detengas, parte veloz a llevar el fuego y la espada a los gloriosos campos de la muerte; destruye a un pueblo inocente, para satisfacer tu ambición y tu gloria. En tus belicosos arrojos no perdonas el pudor de la hermosa doncella ni las ca-

nas venerables del anciano: trastorna la naturaleza entera, desecha como debilidades vergonzosas la piedad y conmiseración, y, siendo vencedor, nada temas. Los historiadores te nombrarán, no para admirarte como a un héroe, sino para que se te considere como un hombre furibundo del que las generaciones futuras deben espantarse.

FINAL DEL CAPITULO TERCERO

= ¿Alonzo! tu has sacrificado á una nacion inocente y virtuosa
por satisfacer tu gusto y tu gloria; mas ¿que Gloria tan monstruosa
es esta! ¿quan despreciables y horrables debe ser á los ojos del hombre sensi-
ble lo q. se han olvidado tan del todo de la humanidad!... ¿Que se
bia dado; y al concluir la relacion de su naufragio les de-
= lejiosos, Amados compatriotas, Que religion puede ser la de los
„Cristianos, si al mismo tiempo que nos hacen tantos elogios
„de su santidad son traidores para con sus mismos bien he-
„chores? ¿Por ventura puede ser esta la religion de paz hu-
„milde y benefica que tanto nos han ponderado? Si todos
„los hombres como ellos nos dicen proceden de unos mismos
„padres y tienen igualmente una alma inmortal ¿por
„que tratarnos como si fuesemos criaturas mas viles? Si
„somos todos iguales por naturaleza ¿no es un arbitrio in-

Facsímil. Correcciones de don Manuel de Ossuna y Saviñón en la copia caligrafiada. Obsérvese, en la parte baja, como el autor suprimió la crítica religiosa en el texto.

CAPITULO CUARTO

Preséntase Bencomo a los castellanos: Resolución y valor de este Monarca. Confederación de cinco Menceyes de Tenerife, y Batalla de Acentejo. Quedan en ella derrotados los cristianos. Envían estos a España algunos isleños a venderles en calidad de esclavos. Alonso se retira a Gran Canaria a esperar allí socorros del Monarca de Castilla.

Sabe Bencomo la noticia del desembarco de las tropas cristianas, y este monarca reúne al punto a sus ministros y consejeros y les habla de esta suerte: "Defensores de la patria, oíd, escuchad mis palabras. Ya es hora de que vea a mis plantas humillados a esos cristianos atrevidos que intentan usurpar nuestros derechos. Ministros, parientes, y guerreros, caros amigos, todos, mostrad, valientes y esforzados, el vigor varonil de vuestros pechos. Evitemos el oprobio de que Alonso nos haga sus esclavos oponiendo a su furia nuestras fuerzas. Si tenemos valor, ni el acero, ni esos monstruosos animales que acompañan al enemigo les valdrán; mas si el temor se apodera de vosotros, gran mal se nos espera. El ánimo me dicta marchar al punto, con parte de mis tropas, a saber cuál es el designio que conduce a estas tierras al ejército extranjero".

¡Con qué atención los ministros y consejeros escuchaban a Bencomo! ¡Y cuán satisfecho estaba éste de haberse granjeado el afecto de sus vasallos! Sentíase superior a sí mismo al comunicarle sus propias ideas; y al ver que los principales guanches de

su nación las aprobaban, rebosaba su semblante de alegría.

Ya había pasado medio día cuando el monarca de Taoro hace reunir sus tropas y precedido de su añepa[19], marcha hacia el puerto de Añaza. Las voces de los guerreros se esparcen por aquellos valles y resuenan los augustos nombres de Bentinerfe y de su hijo Imobach. Las marciales acciones de estos monarcas, sirven como de lección a Bencomo, que entregado al dulce placer que causa el recuerdo de las hazañas de nuestros padres, le palpitaba el corazón; aunque bien conocía que la gloria destruye en el fondo del alma la dulce paz que es la verdadera felicidad, y que la fama, cuanto más crece, más pronto desaparece.

A la vista ya del campamento castellano, llega un embajador de Alonso y habla a Bencomo en estos términos. "En nombre del Dios omnipotente que adoramos, venimos a conquistar estos países y a propagar en ellos su santa religión. El poderoso rey de España, de quien somos vasallos, nos envía a proponeros su amistad y la obediencia que a tan gran príncipe es debida: si le reconocéis por vuestro soberano y admitís la religión cristiana que profesa, nuestra misión será de paz, pero si resistiéndoos, no consentís en estas proposiciones, sabed que el Dios justiciero que nos auxilia, nos dará fuerzas para subyugaros, y que nuestras armas, siempre victoriosas, sabrán también aquí triunfar de los infieles".

Al oír estas palabras, una mezcla de sorpresa y de indignación oprimió su alma y desencaja su semblante. "Admito con gusto, le contesta, la paz y amistad con que vuestro soberano me quiere honrar, pero es con la condición de que evacuéis al momento este país. Me acuerdo que en otras ocasiones por haber sido los monarcas de esta isla, demasiado generosos con vosotros, sufrieron hartos ultrajes ex-

poniendo la vida de sus vasallos por salvar la patria. Si habéis de ser justos, respetad los derechos y libertades de estos pueblos, así como queréis que lo hagamos con vosotros. Contentaos tan sólo con cambiar vuestros efectos por algunas producciones de este país, a cuyo libre cambio no me opongo. Por lo que hace al convite que me hacéis con esa religión que llamáis cristiana, debo deciros que no puedo aceptarlo, porque nosotros vivimos felices y contentos con la religión de nuestros padres; y si habéis creído que podía existir nuestra sociedad en el orden y tranquilidad en que se halla, sin culto alguno, os habéis engañado: tenemos una religión que está apoyada en la Naturaleza misma, y que es benéfica como el Ser a quien se adora. Ella protege la conservación y la armonía de la paz entre nuestras naciones, nos obliga a amarnos recíprocamente y a hacer bien a nuestros semejantes. En fin, decid a vuestro jefe que los príncipes de Tenerife no han obedecido jamás a otros hombres como ellos, y nunca se someterán a tal vasallaje".

Esta fue la respuesta de Bencomo, y el extranjero, sorprendido y confuso, parte veloz a dar cuenta a Alonso de la resolución de aquel príncipe. Entretanto el Mencey de Taoro, magnánimo y valeroso, anima a sus tropas y marcha con ellas a su corte, adonde al instante hace convocar a los demás menceyes de la isla.

La luz del nuevo día iba apareciendo por el oriente, y apenas alumbraba la cima del Teide, cuando los monarcas de la isla abandonando sus rústicos palacios, se dirigen a la corte de Bencomo, y deseosos de salvar la patria del inminente peligro que la amenaza, cada uno va a exponer su parecer sobre tan grave asunto.

Reunidos los príncipes en el lugar destinado para la reunión, Bencomo les habla de esta suerte: "Compañeros y amigos: el peligro en que se halla la

trar en la liga, convencidos de que ellos no podrán penetrar en nuestros estados".

— "Huid cobardes —responde Bencomo—, huid al momento de mi corte; jamás pongáis vuestros pies en este territorio. En vano habéis venido aquí con el cetro y la corona que heredasteis de vuestros valerosos padres: nadie escuchará vuestras voces; vuestros vasallos deben despreciaros y los demás príncipes que formarán la confederación os odiarán para siempre. Salid al punto de mi recinto que no sois dignos de pisar. Marchaos: no irritéis mi enojo".

Los monarcas intimidados con estas amenazas, obedecen. Retírase cada uno a su respectivo reino, con todos sus vasallos tristes y taciturnos.

Bien pronto llegó a noticia de Alonso la celebración de aquel congreso, y la liga que habían formado los monarcas de Taoro, Anaga, Tacoronte, Tegueste y Punta del Hidalgo. El conquistador teme ser acometido por estas naciones si penetra al interior de la isla, y permanece inmóvil en el puesto de Añaza, esperando que los isleños se acerquen a su campo; pero manteniéndose éstos tranquilos por mucho tiempo, sólo se reducen a velar sobre las fronteras de sus respectivos países. Al fin, cansado Alonso de esperar al enemigo, se resuelve a internarse en el país.

Un día en que aún no empezaban los rayos del sol a disipar la oscuridad de la noche, el jefe de aquellos cristianos hace formar sus tropas; recorre las filas con semblante grave y sereno y les dice: "Cuando considero cuántos estorbos y dificultades hemos vencido, conozco la mano invisible del Criador en esta grande obra. Su causa nos ha traído a conquistar estas regiones que yacen en la ignorancia de la verdadera religión y ella misma volverá por sí mirando por nosotros. El Dios de paz y misericordia que adoramos nos manda exterminar a estos infieles, y no permitirá que ninguno de vosotros perezca a ma-

nos de ellos: con su auxilio reduciremos a sus enemigos, y no quedará contento mientras no se conviertan a nuestra religión o acabemos con todos ellos. Vuestro caudillo soy; y seré el primero en aventurar la vida por vengar la causa de Dios... ¡Oh, Criador del Universo! Vos me sois testigo de cuanto mis labios acaban de pronunciar. Y vosotros, defensores de la religión santa y pacífica de Cristo, seguid mi ejemplo; ninguno desfallezca, ni desconfíe del buen éxito de esta empresa".

Estas palabras conmovieron a todos sus oyentes. Un murmullo, semejante al ruido de las olas cuando se estrellan contra las rocas, se oye por todas partes, y Alonso corre rápidamente por las filas excitando a todos a que marchen al combate, y les anima a pelear con valor.

Levántase entonces debajo de sus pies una nube de arena y los gritos de los guerreros se remontan hasta los cielos. Retumbaba la tierra al peso de los hombres y caballos; y así como la destructora langosta en confuso tropel vuela errante atraída por el verdor de los prados, así los castellanos, sedientos de la sangre de los isleños, se internan en aquella desconocida tierra.

Apenas los extranjeros tomaron esta resolución, cuando una muchedumbre de mujeres y ancianos, dando lastimosos gemidos, corren a la corte de Bencomo, y arrojados a los pies de este monarca, le dicen: "¡Oh, padre de la patria! los extranjeros que estaban en las riberas de Añaza se acercan presurosos a vuestros dominios: el estruendo de sus armas y la vista formidable de su ejército nos ha llenado de terror y nos ha puesto en la mayor confusión. Acudid a defendernos de las desdichas que nos amenazan: contad con nuestras débiles fuerzas, corramos todos a una misma suerte".

Al oír el príncipe este tierno discurso, queda confuso por un largo rato, y parece que una vasta

empresa ocupa su pensamiento. Mas de repente, no pudiendo contener su ímpetu y furor manda reunir sus tropas y encarga al prudente Betenguairo la administración del reino. Formado ya el ejército numeroso, le divide en dos cuerpos; confía uno al mando de su hermano Tinguaro, guerrero el más famoso, y le manda apostarse en el territorio de Acentejo[20]. Mientras tanto él mismo, colocado en las alturas, va a observar la dirección de las huestes enemigas.

Marcha pues el ejército de Tinguaro y avanza con paso acelerado hacia su destino: llega a aquellas llanuras y apenas da algunos pasos cuando hiere sus oídos un murmullo confuso. Cubierto de sus armas centelleantes y ebrio de gloria se adelanta Alonso a la cabeza de su ejército. Su resplandeciente yelmo tiene por cimera el escudo de Castilla y Aragón, y dos penachos blancos le rodean. Montado sobre un soberbio caballo atraía la atención de todos: el impaciente animal tascando el freno que reprime su fogosidad parece que anhelaba el momento de la batalla.

El conquistador, luego que avista al enemigo, vuelve su cara hacia el cielo, cruza las manos y exclama " ¡Oh, Dios de los Cristianos!, haz que antes que al ocaso se retire el astro luminoso, y que las sombras cubran la tierra, yo consiga destruir las tropas infieles; haz que pueda vencer al fuerte Bencomo y que en torno de su cuerpo tendido y cubierto de sangre, sus súbditos derribados por nuestras lanzas se revuelquen entre el polvo de la tierra".

Dijo, y lleno de una rabiosa saña vibra el furibundo acero, se dirige a sus enemigos, y alzando sus ojos centelleantes se abre paso por medio de ellos. Los españoles siguen a su jefe, y arrojándose sobre los isleños se asemejan a un torrente que sale

de su cauce y derriba los árboles que los siglos han respetado.

Confiados en el discurso que poco antes les había hecho Alonso, miraban la victoria como segura; pero ¡ah, infelices! ¡Cuán pronto os desengañasteis de la falsedad de sus palabras a costa de vuestra propia vida! Los guanches emplean con extraordinario acierto sus tabonas[21] y banotes[22] y los cristianos perecían a sus manos, sin poderse libertar de su venganza. Servíanse aquellos de las piedras que arrojadas de cerca dan golpes más seguros: hacían rodar sobre los enemigos desde lo alto de las montañas enormes peñascos derribando a cuatro y cinco de un golpe, y los castellanos ya no pueden sostener el combate. Contúrbase el ánimo de las tropas de Alonso al ver el estrago que hacían los isleños: un pálido temor pasma sus corazones: ni Trujillo, ni el valiente Ximénez, ni Diego Núñez, ni López, ni Fernández, que parecían protegidos del cielo, se atrevían a sostener el choque de los guanches.

Alonso conocía el inminente riesgo en que se hallaba: veía que era muy temible la retirada y que arrastraría la confusión delante de un enemigo vencedor; y hallándose así perdido corre arrebatado de ira tras de Bencomo que ya había venido a reforzar sus tropas. "Aguarda —le dice— ¡oh, el más vil de los guanches!, rinde tus armas, o de no aquí perecerás". Y diciendo estas palabras hiere con su lanza el pecho del monarca, y cae a tierra el desgraciado príncipe envuelto en el polvo de la tierra. " ¡Oh, bárbaro Bencomo —exclama Alonso—, ya estás herido; pronto quedará tu cuerpo sin vida, y tu muerte dará lustre a mi nombre!" —"Te engañas —le replica Xampelio—; erraste el golpe, nuestro mencey vive todavía, y tú morirás ahora". Así dijo y le arroja una enorme piedra con tal fuerza que hiriéndole en la cara le hace saltar los dientes. Cae el guerrero del caballo y queda sin fuerzas y cubierto su rostro de

sangre. Espárcese al instante la noticia de la muerte del general. Los isleños se abalanzan entonces sobre los enemigos; arrancan algunas espadas, y desbaratan las huestes contrarias. Empero, Fernando de Trujillo las vuelve a ordenar invocando en altas voces al Dios de los cristianos. Este nombre detiene a sus guerreros ya puestos en fuga: vuelven los castellanos al combate; la verguenza inflama su valor: chocan sus armas con las de los guanches, y la mortandad de los extranjeros crece en tales términos que apiñados los isleños no pueden dar un paso sin pisar un pecho enemigo. En vano los conquistadores piden la vida, en vano claman por el ser que adoran, pues los isleños ansiosos de bañarse en su sangre les acometían con terrible saña. Ya los soldados de Alonso se hallaban vencidos y perdido todo su valor; la vista de la muerte, hecha más formidable con los sobresaltos interiores del alma, les helaba la sangre en las venas; sus miembros se pasman, y no quedándoles ya a aquellos desgraciados otra esperanza que la fuga cubiertos de sangre y de heridas, retornan a su campamento.

Alonso, empero, vive todavía. Después de haberse visto rodeado de multitud de guanches y su caballo muerto bajo de sí, se liberta prodigiosamente[23], y es conducido al puerto de Añaza por los güimareses que le habían salvado.

El campo de batalla quedó teñido de sangre cristiana y cubierto de cadáveres. A su vista Bencomo lleno de valor dijo a sus vasallos: "Animosos y esforzados isleños: nuestra quietud y tranquilidad se va a restablecer, y tornaremos a ser dichosos. Esos perversos impostores decían que eran enviados por un Dios justo y poderoso para establecer aquí su religión; pero ya conocemos la falsedad de sus palabras. Sí, rindamos gracias al Sol, y tributémosle un debido reconocimiento por haber fortalecido nuestro brazo para humillar a los contrarios. ¡Valientes

vasallos! alentaos con esta victoria. Sabed que la gloria de haber servido bien a vuestra patria y a vuestro rey os hará inmortales: esta no la hallaréis sino conmigo y en medio de vuestros enemigos vencidos. Tened también presente que un Dios más fuerte y poderoso que el de los cristianos nos protege y defiende de sus golpes; a éste es a quien debemos adorar y éste quien se merece todos nuestros obsequios".

Los guanches, al escuchar a Bencomo, prorrumpen en vivas y aclamaciones. "El Sol —decían—, no ha dado jamás monarca más valeroso y amante de sus vasallos. Sí, querido mencey, tu reinado será imagen del conservador del universo, y así como éste no tiene igual en el cielo, tú tampoco lo tendrás sobre la tierra. Tu sabiduría es grande, tu vigilancia no tiene límites, y tampoco los tendrá tu poder". Entonces claman todos a una vez: "Viva el libertador de Tenerife!". Y Bencomo con un aire majestuoso, contesta: "Valientes vasallos, respiramos ya libres de tantos infortunios que nos han rodeado: vuelvo a hallarme entre vosotros, vuelvo a abrazar a mis compañeros y amigos y mi corazón se inunda de alegría. Ya volvemos a tener patria: ya no amenaza nuestra cabeza la cuchilla del cristiano; y los descendientes del gran Tinerfe pueden ya levantar su frente al cielo. Ese astro benéfico que veis tan brillante nos ha salvado: corramos pues a rendirle gracias por nuestra victoria".

Al punto se pusieron en marcha los isleños llenos de entusiasmo. Delante del héroe de Taoro llevaban una bandera cristiana que habían quitado al enemigo, y varios guerreros caminaban con otras insignias y armas del vencido. Llegan al lugar destinado para sus oraciones: sube Bencomo sobre una piedra cubierta de pieles, pone delante el trofeo, y dirigiéndose al astro exclama: " ¡Oh, Conservador del Universo! ¡Oh, Sol! Recibe los primeros despojos de la guerra que los guanches te consagran; haz

que este gran día sea para siempre famoso en los fastos de estas naciones, y que nuestros descendientes imitándonos venzan al cristiano y os ofrezcan también sus despojos en acción de gracias". Estas fueron sus palabras, y todos los isleños responden con gritos de regocijo. Enseguida son conducidos por el valiente príncipe al sitio destinado para los juegos y fiestas. Allí Bencomo tornó a recibir nuevas bendiciones; y después de haber manifestado a sus vasallos mil demostraciones de júbilo, dispuso que se diese principio a las fiestas públicas.

Concluidas éstas, los guerreros retornan a sus habitaciones; reciben los abrazos de sus madres y esposas, y el amor y la ternura se dan en todas partes el parabién.

Mientras tanto, Alonso, en su campamento, se quejaba amargamente de su desgracia. "¿Cómo es posible, decía, que un corto número de idólatras desnudos, sin aceros ni otras armas que piedras y palos triunfase de la pericia militar de los castellanos? ¿Por ventura el Señor se habrá olvidado de nosotros? ¡Dios clemente! ¿Cómo habéis abandonado a vuestro pueblo fiel? ¡Qué! Después de haber surcado los mares, exponiéndonos a tantos peligros por sólo plantar aquí la religión cristiana ¿permitiréis que volvamos a España vencidos por unos infieles? Verdad es que nuestros compañeros han muerto por defender la santa religión que profesamos, y que recibirán en el cielo la corona del martirio; pero ¿los que no hemos tenido esta gloria, será posible que no saquemos alguna utilidad después de un viaje tan penoso...? ¡Ah, desgraciados cristianos! Todas mis esperanzas se han frustrado: los reyes de Castilla también se han olvidado de nosotros y ya no nos mandan socorro. Mas ¿qué haremos en este caso...? Un proyecto me ocurre y vamos al instante a realizarlo".

Y sin detenerse hace reunir en un lugar apartado a sus oficiales y les habla en estos términos: "Desgraciados guerreros; por todas partes nos vemos amenazados del hambre y de la muerte: un solo recurso nos queda, y este es necesario aprovecharlo. El generoso rey de Güímar nos ha dado trescientos isleños para que nosotros dispongamos de ellos a nuestro arbitrio: ya han perecido muchos en esa desastrosa batalla de Acentejo y si Bencomo nos da un nuevo ataque acabará con todos ellos. Es preciso pues conducir a España los que restan, a fin de que vendiéndolos como esclavos en el mercado de Sevilla, se haga con su importe las provisiones necesarias para seguir nuestra gloriosa conquista".

Asintieron todos, y al instante, Alonso hizo pasar a una de sus naves a más de cien isleños, bajo el pretexto de ir a atacar los estados del rey de Taoro[24].

La noche era oscura, y las nubes amenazaban una próxima tempestad. El bajel se interna en el océano y, bien pronto, desencadenados los vientos amontonan las olas, y densa lluvia cubre todo el mar. Surcan los rayos por todas partes amenazando la destrucción de la nave, hasta que llega el momento fatal en que una ola la cubre, y destrozando parte de la obra muerta, arrastra tras sí a varios isleños de los cuales uno se salva en una tabla. El mar comienza a serenarse, el buque, aunque medio destrozado, puede seguir su ruta, y el náufrago expuesto a cada instante a perecer, es arrojado por las aguas a la costa de la misma isla de Tenerife. Tocó la tierra, y al punto se postró, dando gracias al Sol porque le había libertado la vida.

Los isleños de aquel territorio, que pertenecía al monarca de Anaga, corren a las riberas a saber la causa de aquel suceso. La muerte estaba retratada en el semblante del náufrago: sus pálidas mejillas y sus ojos casi moribundos daban muestras de las pe-

nas que había sufrido; sus decaídas fuerzas no le permitían articular ni una sola palabra. Mas luego que pudo repararlas con el alimento que sus amigos le presentaron, exclama: "Venerables restos de Tinerfe que el inhumano Alonso profanó, yo os imploro. Habitantes de Güímar que fuisteis en un tiempo venturosos y sobre cuyas ruinas han levantado su edificio los adoradores de Cristo; vuestro Dios ofendido ha hecho brillar su venganza y su poder... ¡Ah, pérfido Añaterve! jamás caiga sobre tus campos el dulce rocío; jamás vuestros ganados puedan sacar de la tierra substancia alguna: perezca el día en que diste oídos al cristiano, y perezca también la hora en que yo juré obedecerte. Y tú ¡conquistador cruel! ¿Así premias los servicios que te hemos dispensado? ¿Te has olvidado, por ventura, de que te libertamos de la muerte en la desastrosa batalla de Acentejo? ¡Ay, Alonso! Tú has faltado a la fe, y has sacrificado a una nación inocente para satisfacer tu gusto y tu gloria; mas ¡qué gloria tan monstruosa es ésa! ¡Cuán despreciables y horribles deben ser a los ojos del hombre sensible aquellos que se han olvidado tan del todo de la humanidad!... ¿Y qué religión, amados compatriotas, qué religión puede ser la de los cristianos, si al mismo tiempo que nos hacen tantos elogios de su santidad, son traidores para con sus mismos bienhechores? Si somos todos iguales por naturaleza ¿no es un arbitrio infame y una pretensión inicua querernos reducir al cautiverio? ¡Ah, bárbaros! Vosotros ibais a venderme por esclavo, cerrando los oídos a la humanidad; pero ese justo Dios que nos aseguráis que castiga al malo y premia al bueno, no olvidará jamás este horroroso atentado[25] ¡Ah! Parece que todo el peso de la venganza del linaje humano debía caer a plomo contra el conquistador de Tenerife, que no podía labrar su grandeza sino con la esclavitud y la sangre de los mismos a quienes debía su vida. Cicerón fue

muerto por un hombre a quien había defendido en otro tiempo: Antonio recibió en el foro su cabeza, dando al asesino una corona de oro. La Historia está llena de estas ingratitudes. A la verdad ¿cómo puede caber en el corazón del hombre acción más cruel e inhumana que la que Alonso cometió en esta ocasión con sus bienhechores? Vender como esclavos a aquellos mismos a quienes debía su vida ¿no es un hecho del que se horroriza la misma Naturaleza? Tratar de esta manera a los que antes había llamado libertadores ¿no es haber perdido todos los sentimientos de honor, de probidad, y de gratitud?... ¡Ay, Alonso! ¿Es posible que te atrevieras a decir que eras destinado por Dios para vengar su causa y propagar su santa religión? ¡Oh, Criador del Universo! ¡Oh, Dios de todos los hombres! He aquí tus vengadores, y tus ministros: éstas son las lecciones de caridad y la moral humilde que vinieron a enseñar a estos pueblos inocentes los que se decían tus enviados: sus acciones ultrajan la humanidad, queriendo hacer cómplice al cielo de los males que ocasionan a sus semejantes. ¡Ah! Apartemos de nosotros estas funestas ideas y la memoria de tan feroces conquistadores".

Entre tanto, Alonso se veía, en el puerto de Añaza, sin gente, sin caudales y sin víveres, faltándole toda esperanza de socorro para adelantar la conquista de la isla.

Hallábase ausente de su patria acompañado solamente de poco más de cien guerreros, y expuestos a los más inminentes peligros. En tan críticas circunstancias les dice: "Compañeros, yo os aseguro que tornaremos al patrio suelo, colmados de laureles, si antes marchamos a la isla de la Gran Canaria, a recibir allí los socorros del monarca de Castilla. Obedecedme, y abandonemos por ahora estas riberas".

Los cristianos confusos y aterrados al escuchar

a su jefe, permanecieron por un largo rato tristes y silenciosos, y Alonso consternado del más vivo dolor corre por el campamento consolando con dulces palabras a sus soldados. Estando ya todos juntos en la ribera, y el barco preparado para darse a la vela, se despide de la isla de Tenerife, exhalando los más profundos suspiros.

Ya el buque está en movimiento, y el agua resalta espumando en derredor suyo: las velas se inflaman y pronto no se descubre sino el tope de sus palos ya casi desvanecidos en la sombra. Las playas de Añaza han quedado solitarias; el mar está en calma y el cielo despejado: el sol colorea con la luz de su postrer rayo las costas orientales de la isla. Todo es reposo y silencio.

Entonces, los guanches, considerándose ya libres de aquellos terribles enemigos, restablecieron su tranquilidad y sosiego y empezaron a gozar otra vez de aquel género de vida feliz que les ofrecía la naturaleza. Cuadros de inocencia y de amor, imágenes de paz y alegría volvieron a reinar en aquellas comarcas. Las campiñas mismas parece que se alegraban al presenciar de nuevo los amores inocentes de los pastores, en los que sólo resplandecía la sencillez y la virtud. Los collados con sus ornatos competían con el esmalte de los dragos y la alegría como un céfiro suave se dilataba de nuevo sobre todos los corazones guanches. Por todas partes se veían correr a los isleños, dándose muestras de contento, y encontrándose los amigos se abrazaban los unos a los otros. Los padres, los hijos, las esposas, todos reían y holgaban, al brillar de nuevo la felicidad de Tenerife después de tan continuados desastres.

Hallábanse en su mayor vigor los inocentes amores de Guacimara, hija del monarca de Anaga, con Ruimán, príncipe de Güímar, y la pasión que este gallardo joven tuvo por aquella amable y hermosa

isleña, manifestaba verdaderamente la inocencia y la sensibilidad de su corazón.

* * *

¡Oh, amor, delicia del alma y hechizo de la juventud! Ven por un corto tiempo a ahuyentar de mi imaginación la tristeza que me ha causado el recuerdo de las desgracias de los antiguos habitantes de mi patria: ven a darme algunas fuerzas para poder continuar la historia de sus desastres y miserias.

FINAL DEL CAPITULO CUARTO

CAPITULO QUINTO

Ruimán, príncipe de Güímar, abandona la corte de su padre, a consecuencia de haber éste abrazado la religión cristiana: marcha al Reino de Beneharo y continúa sus amores con la hija de este monarca. Segundo desembarco de las tropas españolas en Tenerife. Ruimán y su amante huyen al desierto por evitar la tiranía de los extranjeros.

Cuando se desmembró el imperio del gran Tinerfe, Acaymo su segundo hijo, se apoderó de los estados de Güímar. Durante su reinado apareció en las playas de aquella costa una imagen acompañada de circunstancias prodigiosas; y el príncipe, llevado de la curiosidad y el asombro, la hace conducir a su Real sitio de Chinguaro, en donde la coloca con toda veneración y respeto[26].

No tardó mucho tiempo sin que el monarca supiera el enigma de aquel extraño suceso. Un isleño que había sido robado por los españoles, y que tuvo modo de volverse a su patria, estaba impuesto de los principales misterios de la religión cristiana; de manera que luego que vio el busto le adoró, e instruyó a los Güimareses sobre el sagrado objeto que representaba[27]. Acaymo, que tenía un cierto respeto a aquella imagen, no dudó en invocarle, bajo el nombre de la madre del criador del cielo y la tierra[28], y mandó que fuera trasladada inmediatamente a su residencia, el Palacio de Achinico. Esta traslación se hizo en medio de muchas danzas y fies-

tas, y desde entonces aquel monarca abrazó la religión cristiana.

Esta adhesión del Mencey de Güímar a los europeos le atrajo el odio de la mayoría de sus vasallos. Deseaban estos, con ansia, colocar en el trono a su hijo Añaterve; mas este pusilánime príncipe heredó con el reino las mismas inclinaciones y máximas de su padre y tuvo la desgracia, después de haber hecho tantos servicios a los cristianos, de sobrevivir pobre y miserable a la cautividad de su país.

Ruimán, hijo primogénito de este Mencey, había manifestado desde muy joven un grande amor a las costumbres y religión de sus antepasados, y no pudiendo sufrir con paciencia las debilidades de su padre, intentó levantarse con el reino. En vano fueron todos sus esfuerzos y, vencido al fin en la batalla de Achinico, huyó de la corte de Añaterve.

El primer asilo que se le presentó al fugitivo príncipe fue el palacio del Mencey de Anaga, donde se hallaba su hija Guacimara, joven hermosa que había robado el corazón de Ruimán.

Bajo las rústicas columnas de su habitación, descollaba elegante el talle de esta princesa. Sus hermosos y negros cabellos, que caían sobre sus hombros, realzaban su hermosura; y sus miradas sucesivamente cariñosas excitaban en el joven príncipe la adoración y el respeto. Una sencilla túnica de piel de cabra ceñía su cuerpo, y el ropaje que le cubría hasta los pies precavía su honestidad: el color oscuro de aquella vestimenta hacia resaltar sus brazos desnudos, cuyas formas eran encantadoras. Tal era el retrato de la hija de Beneharo.

Hallábase Ruimán en la flor de su edad. Por su vestido daba a conocer que descendía de algún príncipe, y su semblante no podía ocultar el placer que sentía al ver a su amante. Fijos sus ojos en la princesa, se olvida de los desastres de su patria y del dolor que le causaba su separación. Sólo piensa en la

sensible Guacimara. Diríjese a ella y, expresando en sus facciones el ardor de sus afectos, le habla en estos términos: "¡Hermosa princesa! Consuelo de mis desgracias. ¿Para qué te he vuelto a ver? ¿Eres tú quién me ha impulsado a venir a esta corte? ¿El hijo de Añaterve, que viene a presentarse a vuestro padre como un defensor de su patria, será un aleve seductor de su hija? ¡Oh, hechizo de mi corazón! El amor, este enemigo del reposo y de la inocencia, en el grado que yo lo siento, no puede ser conocido jamás por ti".

—"Adorado Ruimán —le responde la princesa—, el cielo ha querido hoy renovar en mi pecho aquellas tiernas emociones de la primera vez que estuvo junto al tuyo: Tu separación me angustió en extremo y tu imagen ha vivido en mi corazón hasta este día feliz de tu regreso. Tres veces volvistes tus ojos llenos de lágrimas hacia aquel lugar donde me dejastes, y, arrojándome la última mirada de amor, desaparecistes de mi vista. ¡Ah, querido amante! Desde aquel funesto día no he vuelto a saber más de ti. ¡Qué placer experimento al verte! El Sol, a quien adoro, me es testigo de que daría mi vida antes de volver a separarnos".

Quedó atónito Ruimán al ver los tiernos sentimientos de Guacimara, y al irle a contestar se presenta el anciano Beneharo. Escucha éste atentamente la relación del príncipe de Güímar y lleno de cólera al ver la conducta de su padre Añaterve, le dice: "La voz de la fama, que en otros tiempos más felices no celebraba sino el valor por todas partes de los descendientes del Gran Tinerfe, hoy sólo lleva a los lugares más remotos la cobardía y vileza de algunos de ellos; mas ¡desgraciados! Ya sois testigos de las maldades del cristiano y escarmentados de su inicuo proceder implorarán algún día el socorro de los verdaderos defensores de la patria. ¡Ilustre Ruimán! Yo experimento un placer muy grande en sa-

ber que no habéis heredado la cobardía de vuestro padre. Esta corte os servirá de asilo; en ella gozarás de las mismas comodidades que yo; y ese indigno Añaterve, que ha pretendido de convenio con los cristianos destruir el trono de los hijos de Tinerfe, será el objeto de mi enojo".

Y diciendo estas palabras mandó que le sirviesen al príncipe algunos alimentos, a fin de que se rehiciese de las fatigas del camino.

Taciturno e impaciente permaneció Ruimán aquel día. La noche extiende sus negras alas, y la imaginación del joven güimarés, agitada por el amor, no le permite conciliar el sueño. Precisado a permanecer en inacción cuando quiere hallarse al lado de su amante, se atormenta y desespera: todo le aflige y molesta. ¡Qué lamentable situación para un corazón enamorado!

La luz del día va aclarando poco a poco los valles y montañas, y bien pronto las cimas del Echeyde y las altas cordilleras que le cercan aparecen iluminadas. Ruimán se complace al ver estas bellezas: levántase y va a alimentar su pasión alrededor del recinto de Guacimara.

Los árboles frondosos y corpulentos que cubrían aquel sitio imponían con su altura majestuosa el respeto y la admiración del joven. El aire resonaba con los cánticos armoniosos de las aves y los céfiros suaves jugueteaban entre las espesas matas. Abrojos, cambrones, espárragos y zarzas eran las murallas que parecían impedir la entrada al santuario. Bajo aquellas excavaciones volcánicas respiraba la hermosa princesa y entre aquellas entrañas de la tierra, que manifiestan las revoluciones primitivas del globo, dormía tranquila la amable Guacimara.

Sentado Ruimán bajo un copudo roble, contemplaba con admiración esta escena grandiosa, cuando he aquí que divisa un grupo de personas que se dirigen hacia aquel palacio. Levántase el príncipe,

se adelanta a encontrarlas, y al ver sus semblantes tristes, lleno de turbación, les pregunta la causa de aquella novedad. "¡Oh, hijo de Añaterve! —le dice uno de los isleños. ¡Oh, Ruimán! Nuestros días y los de nuestro monarca Beneharo se hallan amenazados. Ese terrible enemigo, que en otras ocasiones ha perturbado nuestra tranquilidad, aparece de nuevo en las riberas de Añaza. Ya tremola en toda aquella costa el pendón cristiano; y aquel mismo Alonso, que se vio precisado a huir temiendo nuestras fuerzas, se presenta ahora atrevido, a la cabeza de numerosos escuadrones, que ya marchan con presteza hacia la Vega de la Laguna".

Ruimán, turbado con la fatal noticia, corre precipitado a la habitación de Guacimara, en tanto que los tímidos anagueses van a participar aquella novedad a su soberano. El joven príncipe penetra en aquel asilo sagrado, y ocupado enteramente del objeto que adora, reconoce a la hija de Beneharo entre las varias doncellas que disfrutaban del dulce y tranquilo sueño.

Acércase al lecho de su amante. Un sueño placentero calmaba los sentidos de aquella joven: Ruimán al contemplarla contiene su primer impulso, quedando admirado de su belleza. Sus espesos cabellos cubren parte de su rostro, y su pecho medio descubierto, causaría emoción al corazón más frío. Queda embelesado con aquella encantadora vista, y no se atreve a despertarla. Una agitación confusa y vaga, y un pensamiento indeciso, encadenan sus potencias: su corazón palpita con violencia, y no pudiendo contenerse la llama, y Guacimara despierta asustada. Ruimán procura calmarla: cuéntale la fatal noticia que habían traído los pastores, y la persuade a que abandone al punto la corte de sus padres y le siga; al escucharle la princesa se acaba de turbar.

Un profundo silencio se sigue a las palabras del

joven príncipe: la doncella permanece sin movimiento y su amante le dice: "¡Adorada Guacimara! La hora funesta se aproxima: los crueles extranjeros van a dar el último golpe: ya inundan de nuevo estas regiones y pronto seremos víctimas de su barbarie si no emprendemos la fuga".

A estos acentos, pronunciados con dolor y ternura, la hija de Beneharo, levantándose de su lecho, con los ojos llenos de lágrimas, se abraza con su amante. "¡Oh, hermosa princesa a quien adoro! Nada temas, le dice; yo te defenderé hasta la muerte. Sígueme, abandonemos estos lugares que pronto van a ser teñidos de sangre, y ocultémonos en algún ignorado desierto, del furor del terrible enemigo. Allí viviremos el uno para el otro: olvidaremos a un tiempo lo que somos, y apartándonos de esos tiranos que vienen a esclavizar la patria, seremos felices. Para un verdadero amante, superfluos le son todos los tronos; nada necesita para ser dichoso sino la soledad y el amor". —"¡Oh, joven incomparable! —le responde ella. Yo sigo tus pasos y confío en tus promesas: tu semblante me anuncia que me harás feliz y esta dulce esperanza alienta mi triste corazón. ¡Y vosotros crueles europeos! ¿Por qué sois enemigos de la humanidad? ¡Ah! El cielo, la tierra, los hombres, la naturaleza entera os odian, porque la desolación es vuestro elemento".

La tierna doncella, trémula como el tímido cervatillo cuando es perseguido del cazador, confía en su guía y ambos huyen por aquellas tierras para ocultarse del enemigo. Descienden a un estrecho valle, y entretanto se alejan de la corte de Beneharo, el peligro se va desvaneciendo. La variedad de árboles ameniza aquellos campos, y el arroyuelo que culebrea por entre los céspedes floridos, regaba apaciblemente aquellas praderas. Los vientos dormían bajo los tranquilos follajes y un silencio profundo rodea a los fugitivos amantes. De repente mil gritos

lejanos repetidos por todos los valles llegan a sus oídos: el ruido se aumenta por grados, y oyen los clamores sordos que esparcen los vientos silenciosos. Las cimas de las montañas circunvecinas se van cubriendo de gentes. Mujeres, niños y ancianos huían despavoridos de roca en roca, abandonando sus pacíficas habitaciones: éstos observan con dolor su próxima ruina, y exhalan innumerables gritos. "El odioso Alonso, decía Ruimán a su amante, cuyo nombre terrible rechazan las montañas y los valles, ya se acerca: aquellas que ves a lo lejos son sus tropas: ellas están envueltas en un denso humo y apenas se le percibe un ligero movimiento. ¡Ah, crueles! ¿Qué mal os han hecho esos inocentes que perseguís? ¿Por qué robáis su vida? ¿Quién os ha dado poder para ello? ¿Por ventura ese Dios que adoráis es tan inhumano que se complace en ver correr la sangre de estas virtuosas criaturas? No, vosotros defendéis una causa injusta: sois unos enemigos del género humano, y un Dios de justicia no puede protegeros. ¡Oh, adoradores de Guayota[29]! Sólo debéis habitar dentro de ese espantoso monte, de ese Echeyde, centro de horror y desolación".

La augusta princesa contempla por un largo rato este espectáculo enteramente nuevo para ella. Las tropas españolas suben por las montañas y el acero de sus relucientes armas centellea a lo lejos. El relincho de los caballos, las relumbrantes adargas de los soldados, sus altas banderas, el sonido de las cajas y demás instrumentos belicosos han sorprendido a la hija de Beneharo, haciéndole experimentar un afecto de sentimiento y pesar. Vuelve sus ojos llenos de lágrimas hacia la agradable morada de su juventud, y, agitada de un melancólico presentimiento, exclama: "¡Ah, patria mía! ¡Ya no te volveré a ver más! El rústico techo de mis padres, la cuna de mi infancia y la morada de mi tranquilidad, van a desaparecer para siempre de mi vista".

Después de verter los ilustres viajeros abundantes lágrimas, dando el último adiós a aquella corte de paz y de inocencia, se internan apresuradamente en las montañas, y los clamores de los isleños van desapareciendo poco a poco. Sus corazones se van tranquilizando: contemplan con admiración la naturaleza; y por entre rocas inaccesibles y largos precipicios siguen una vereda muy poco frecuentada.

A las faldas de una montaña cuya variedad de árboles encanta, se sientan a descansar de su penoso viaje y a contemplarse mutuamente en la calma y silencio de aquel sombrío bosque. El primer cuidado de Ruimán fue el presentar algún alimento a su querida compañera. Atónito con los hechizos de su amante, cortado y conmovido, procura reanimar su espíritu, ofreciéndole algunas frutas. Después coloca a la tierna doncella sobre sus rodillas, y la turbación y el enajenamiento se apoderan de entrambos pechos. Estrechábanse mutuamente con sus trémulos brazos, y la timidez recelosa que acompaña los ardientes deseos, redobla sus emociones. El placer de verse juntos, la frescura de la mañana, la vista del nacimiento del Sol, que derramaba profundamente su luz por el espacio, todo contribuía a completar la felicidad de los amantes.

Después de haber descansado un corto rato, continúan su marcha atravesando cordilleras, y llegan al fin al pie de un cerro en el que descubren una espaciosa gruta. Entran en ella los nobles viajeros, y quedan admirados al ver un isleño cubierto de una larga piel de oveja, que disfrutaba tranquilamente del dulce sueño. Ruimán se acerca, le mira, y conoce que es el valiente Casilerio, a quien juzgaba ya por muerto. Despierta el guerrero, reconoce a su príncipe, y se precipita en sus brazos. "¡Ruimán! Le dice: —¿Qué suceso te ha traído a este lugar desierto? Parece que la suerte quiere estrechar todavía los vínculos de nuestra amistad, haciéndonos

padecer los mismos reveses. ¿Mas, quién es la joven hermosa que te acompaña? ¿Qué deidad ésta que viene a alegrar este sitio?

—"Ved ahí la hija del Mencey de Anaga —le responde el príncipe—, la bella Guacimara, que por un sentimiento unánime de simpatía y de amor, me ha seguido gustosa a disfrutar del retiro, mientras que su corte es el teatro de la guerra más sangrienta: ella será la felicidad de mi vida, haciéndome olvidar con su amable presencia las desgracias de nuestra patria".

—"¡Queridos amantes! —les dice el solitario—, no hay vida más hermosa que la que se disfruta en la soledad; yo huí de tu reino y busqué un asilo que estuviese al abrigo de las perfidias de aquella corte corrompida. Bien te acordarás de todo lo que hice por restablecer las antiguas costumbres y religión de nuestros antepasados: tú me vistes pelear contra los partidarios de tu padre; quizá no habrás olvidado mi retirada y la toma del palacio de Achinico, en donde salvé a la mayor parte de tu ejército; pero yo quería servir a hombres más virtuosos y justos que Añaterve, y ved aquí la causa de mi retiro. Si yo me atreviese a presentarme de nuevo en Güímar, sería preciso inundarle de sangre, o dar mi cabeza a los viles restauradores de la religión. ¡Oh, príncipe desgraciado! Hemos derramado nuestra sangre por la patria, ésta nos deshecha, y así nos vuelve el derecho de vivir para nosotros mismos. Este sacrificio ha sido para mí muy doloroso; preferí el honor a la vileza de admitir unas nuevas costumbres, y desterrado de mi patria, fugitivo y sin asilo, lloro las desgracias de mi familia y la de mis amigos".

—"Casilerio —le dice Ruimán—, vuestra situación es sin duda harto deplorable, pero si te vieras obligado a seguir los caprichos de un Mencey déspota y vil, ¡cómo destrozarían tu corazón los remordimientos! ¡Ilustre guerrero! Yo lo sé por mí mismo: he despreciado las comodidades de un príncipe, here-

dero del trono, por el honor y por nuestra religión. He perdido grandes bienes, pero todos juntos no equivalen a la tranquilidad y satisfacción que reina en mi pecho al verme unido a mi amante enmedio de la soledad".

—"Dichoso tú mil veces —le dice el solitario—, que en compañía del ser a quien adoras disfrutas de los encantos de la naturaleza; mas yo, ausente de mi amada Desilpe, lloro sin cesar, al recordar sus bellezas encantadoras: ahora es cuando he conocido las penas y tormentos del amor y los males que la separación causa en un pecho enamorado. ¡Qué dulce coloquio tenía todos los días con ella! ¡Con qué deleite nos referíamos nuestros pensamientos! ¡Las conversaciones eran siempre las mismas y cada vez me parecían más suaves y más gratas!".

Abrazóle de nuevo Ruimán que, inmóvil y fijo en él la vista le escuchaba atentamente. Ya los crepúsculos de la tarde cubrían la tierra, cuando los dos amantes deseosos de buscar una gruta que les sirviese de seguro asilo, se despiden con harto dolor del joven guerrero, y se encaminan hacia una arboleda que estaba al otro lado del valle. Se internan en ella, y después de muchos rodeos descubren una pequeña gruta donde descansar. La calma vuelve a sus sentidos, y se entregan a las delicias del amor. Divisábase desde este sitio la cúspide del Echeyde cubierta de nieve, cuya blancura sobresalía por encima de las otras montañas. El aire puro de aquellos campos, la frescura del bosque cercano, y las fuentes, cuyas aguas se deslizaban por las praderas, formaban un lugar delicioso. Cercaban su gruta diferentes hileras de árboles, entrelazados por zarzas y espinosas cambroneras, que hacían difícil el descubrir aquel recinto. La naturaleza, proveyéndoles de vestidos con las hojas de los árboles y juncos, y abasteciéndoles de alimentos con las frutas y raíces de diversos vegetales, hacía que aquellos amantes fueran

dichosos. La primavera restituía la vida y la alegría a los campos: el árbol que había visto desaparecer un siglo, se rejuvenece al regreso de la estación de los amores, y la creación entera, parecía que celebraba los dulces transportes de los fugitivos príncipes. Ambos en la flor de su edad, presentaban un modelo perfecto de cualidades propias para ocupar un trono, si la tiranía española no les hubiese cerrado el camino.

FINAL DEL CAPITULO QUINTO

CAPITULO SEXTO

Entrevista de Alonso de Lugo y los príncipes aliados. Batalla de La Laguna y derrota de los guanches. Tinguaro es muerto en la acción. Funerales que se hacen a sus restos.

Entretanto la alegría y los transportes del amor amenizaban la vida de los fugitivos amantes, la tristeza y el abatimiento se habían apoderado de los corazones de los demás isleños. El sol, cuyo resplandor naciente reanima y regocija a la tierra, los suaves céfiros de la mañana, las cristalinas aguas, que con tanto placer contemplamos sobre la playa cuando vemos su reflejo plateado, todo se convierte para los habitantes de Tenerife en un espectáculo horroroso. Cuanto anuncia la paz y la alegría en la naturaleza no llevaba entonces sino las señales del espanto y del terror.

Los príncipes aliados, luego que saben del desembarco de las tropas castellanas, se preparan para marchar a la corte del monarca de Taoro, en donde reunidas todas sus fuerzas puedan defenderse del enemigo. Bencomo les aguardaba impaciente; recorre las grutas y cavernas, llama a todos los guerreros anúnciales la batalla, los anima y, contando los momentos que se pasaban hasta la venida de las tropas aliadas, permanecía sin tranquilidad. Va a emprender una expedición contra los cristianos, y sin duda los vencerá, porque no hay quien pueda en el grado de Bencomo poseer el valor de un soldado y los talentos de un jefe. Su estatura colosal y majestuosa

sobresalía como el elevado cedro, sus fornidos hombros y robustos brazos manifestaban que eran nacidos para los combates; y su gesto audaz e indomable valor, le habían hecho hasta entonces salir victorioso de todas sus empresas. Dácil[30], su única hija, estaba ya pronta para acompañarle en la expedición. No había en aquel reino belleza que pudiese compararse a la suya, casi todos los príncipes de Tenerife ardían en las llamas de sus ojos, porque unía a su hermosura el candor y la virtud.

Muy luego se presenta Beneharo seguido de sus vasallos; su edad, su rostro venerable cubierto de una blanca barba, inspira el respeto de todas las tropas. De acuerdo con Bencomo dispone la marcha, y ya sólo se espera la llegada de los demás aliados.

Aparecen éstos después. Los habitantes de Tegueste, Tacoronte y Punta del Hidalgo vienen a unirse a los taorinos y anagueses; y entonces los jefes isleños arreilan vigilantes sus respectivas tropas, así como los pastores de los grandes rebaños de ovejas cuando están mezcladas en los pastos, reconoce cada uno a las suyas.

La tierra retumbaba al tropel de los pies de los guerreros, que enardecidos marchaban contra los cristianos. El hijo segundo de Imobach, el valiente Tinguaro, manda a los numerosos taorinos, que ardían en impacientes deseos de vencer al enemigo. El magnánimo Beneharo, anciano experto en el arte militar, lleno de energía, estaba colocado al frente de los anagueses. Aquellos que habitaban en los montes y valles de la Punta del Hidalgo obedecían al ilustre Zebenzuy, que era hijo del grande Abitocaspe. Los pueblos de Tegueste y riberas de Tejina tenían por jefe al notable y esforzado Tegueste II; y su hermano Antinemoide comandaba también parte de sus tropas. El hijo de Rumén, el joven Acaymo, gobernaba por sí a los valientes tacoronteses y

a los isleños que habitaban el fértil territorio de Acentejo.

El gran Bencomo era el jefe de todas las tropas: colocado a su frente, los anima con su belicoso ejemplo. Dispone en batalla a sus guerreros, y da la señal de la marcha, levantando su añepa. El aire se puebla con alegres gritos; todos se creen invencibles con el monarca de Taoro y las tropas contentas y llenas de esperanza se adelantan a marchas redobladas.

Bencomo a la cabeza de seis mil isleños, presuntuosos con la memoria de la batalla de Acentejo, miraba con desprecio a los cristianos. Nada le parecía a aquel ilustre príncipe tan seguro como la nueva victoria.

En breve, Alonso se presenta con sus tropas a la vista del enemigo, y la batalla va a comenzar. El Mencey de Taoro aparece al frente de su numeroso ejército, satisfecho de que la tierra que pisaba abriría un abismo vengador en el cual debía precipitarse el cristiano: su semblante anuncia mil esperanzas gloriosas con las que los isleños se animan, y aguardan con impaciencia la señal del combate.

Los adoradores de la Cruz penetran con resolución entre la multitud de guanches, y agitando su estandarte se figuran ver la victoria: llegan a las manos ambos ejércitos, poseídos de un terrible coraje y los isleños dando espantosos silbos oscurecen el cielo con las piedras, dardos de tea y otras armas arrojadizas. La confusión y el horror de la batalla se hace general. El rumor espantoso de las armas, el relincho de los caballos, los gritos de los combatientes, los unos vencedores que se animan para el saqueo y los otros fugitivos o heridos, estremecían el corazón más fuerte. Los tiros dirigidos contra el valeroso Bencomo, parecen que retroceden a su inmediación y pasan sin herirlo; pero gran parte de la horda guanche perece bajo la cuchilla de los descen-

dientes de Pelayo[31]. El campo se cubre de muertos de ambas partes, y la victoria se mantiene por más de dos horas indecisa. El combate continúa con encarnizamiento: los cadáveres caen sucesivamente ensangrentados a las orillas de la Laguna, y sus aguas quedan teñidas.

El valiente Tinguaro, al frente de sus tropas, arrojaba terribles dardos, haciendo un grande estrago en las huestes contrarias. El primero de los cristianos a quien dio muerte fue Francisco de Herrera, soldado valeroso; luego, Rubelda, Aranda, Vasco Verganza, Baeza, Ortuño y el esforzado Rodrigo Alfonso; todos estos, el uno sobre el otro, a impulsos de su brazo descendieron al tenebroso abismo.

Bencomo al ver el estrago que hacía Tinguaro en las falanges cristianas, le dice: "Príncipe magnánimo, digno hijo de Imobach, salva la patria, y yo te prometo, por el Sol que nos alimenta, que obtendrás entre todos los guerreros el premio de tu valor".

—"Monarca generoso —le responde Tinguaro—, ya han salido de mis manos diez enormes y puntiagudos dardos y todos se han teñido con la sangre de guerreros cristianos".

Así dijo, y despide un nuevo dardo; mas yerra el tiro y hiere a Hecataypome, hijo valiente del ilustre Microcio. Inclina el desgraciado su cabeza, y muere, así como un hermoso abeto inclina a un lado su frondosa copa a impulso del viento abrasador del Africa. Ciego de cólera, el príncipe Tinguaro, se precipita entre sus enemigos, y éstos, maravillados de ver su valor, hacen los mayores esfuerzos para derribarle, y por último un traidor le acomete e introduce el puñal homicida en su espalda. Malherido, el príncipe huye con paso acelerado, pero siete soldados de a caballo le siguen obstinadamente, le alcanzan y habiéndole herido por segunda vez le derriban en tierra. Tinguaro entonces implora su piedad diciéndoles: "No des la muerte al hermano

del Mencey Bencomo que se te rinde como cautivo"[32]; pero sus fieros perseguidores no le escuchan, y un nuevo y terrible golpe le atravesó el corazón. El desdichado vacila, se vuelve hacia el asesino, un velo ofusca su vista, y siete espadas hacen pedazos al generoso, al fiel y valiente Tinguaro.

El príncipe yace tendido sobre la tierra, el pecho cubierto de heridas, y su negra cabellera teñida en sangre. Por la última vez sus labios se entreabren; quiere llamar a Bencomo, pero las palabras expiran antes de herir el aire, y sus ojos se cierran para siempre.

Este funesto acontecimiento acobarda los espíritus de los guanches, que no veían delante de sí más que los cadáveres de sus compañeros: la vista de la muerte les helaba la sangre en las venas, no restándoles ya otra esperanza que la fuga. Bencomo, por otra parte, a quien la vergüenza y la desesperación le habían dejado casi inmóvil, levanta sus clamores al cielo para aplacar la ira del Sol; pero el astro del día miraba desde lo alto de la azulada bóveda el estrago de sus hijos sin compadecerse. Entonces, un anciano respetable que acompañaba a Bencomo le dijo: "Ilustre Mencey, no te aflijas al ver el extremo a que se hayan reducidos tus vasallos: este espectáculo engaña los ojos de los que miran, pues la gloria y prosperidad de los malos no dura mucho tiempo. El cruel Alonso no obtendrá jamás la victoria, y tu valor triunfará sobre la mala fe de los cristianos".

Así habló Aytaimo, y Bencomo, lleno de una ilusoria esperanza, se coloca al frente de varios guerreros intrépidos, y reanima el amortiguado valor de sus tropas. ¡Quién es capaz de pintar el estado de impetuosidad del monarca de Taoro!... Después de algunos instantes de sombría meditación, llevando la cabeza descubierta y erizados los cabellos, corre con la velocidad del rayo, y se interna en medio

de sus enemigos; semejante a una bomba encendida que parte con rapidez hendiendo el aire, y no pudiendo nadie contenerla, cae y revienta. "Alonso —dice el príncipe lleno de furor—, detente. ¡El más vil de todos los hombres! Ahora veremos si tu atrevimiento puede algo contra estos guanches que te han vencido otras veces. Perezca yo con tal que mi dardo te hiera y oiga salir de tu corazón palpitante aquel lúgubre suspiro que vaticine tu silencio eterno. ¡Oh, tierra! Abrete debajo de mis pies antes de que sobreviva a la esclavitud de mi patria".

Dijo, y cubriendo sus ojos un espeso velo, penetra entre los enemigos y ofrécese a su vista a Alonso, que con ardor y fuego atravesaba los pechos de los guanches. Arroja entonces nuevos gritos el desventurado príncipe, y fuera ya de sí encamínase hacia él, cual se lanza un león contra su presa. Salta las distancias sin casi tocar la tierra, y alzando su terrible voz, le grita: "Detente, Alonso, espera a Bencomo y la muerte con él". Y arrojó el dardo que llevaba en sus manos; mas lo tiró con tanta fuerza que erró el golpe, y el implacable Alonso le embiste furioso. Cae herido el príncipe, y va a expirar; pero corren presurosos sus valientes vasallos a libertarle de un segundo golpe, y le sacan en sus brazos del combate. Entonces los isleños se ponen en desorden, y la fuga se sigue a tan funesto acontecimiento. El campo queda cubierto de sangre, sembrado de miembros palpitantes, y las espumosas ondas del lago, reflejando a la pálida luz de los rayos que cruzan incesantemente sobre ellas, parecen querer tragarse los heridos, cuya vida había escapado de la cuchilla del cristiano.

¡Qué horroroso espectáculo para un corazón sensible y humano!... A un lado el cadáver de un príncipe mutilado por el hierro del enemigo: al otro el del padre que deja a su familia en la indigencia: más allá el cuerpo de un amante que fluctúa encima

de las aguas de la Laguna a la vista de su querida compañera. Veíase con dolor a un monarca herido quejándose amargamente de la desgracia de su patria: la que iba a caer en poder de su enemigo, que todo lo devasta a sangre y fuego.

Tal era el cuadro que a primera vista se presentaba... ¿Cómo podrá un alma insensible ver con gusto las víctimas más inocentes sacrificadas por los conquistadores? ¡Ah! La humanidad levanta el grito, diciendo que ella jamás perderá sus derechos por más que esos hombres airados se entreguen al entusiasmo que inspira la rabia del honor y del orgullo; y que cuanta más sangre hagan derramar a sus semejantes, tanto más despreciables se harán a los ojos de la razón.

Empero, mientras sucedían tantas desgracias a los isleños que se habían quedado apostados en las márgenes de la Laguna, Jaineto, sigoñe valiente que había tomado las avenidas del camino de Añaza, retrocede hacia el campamento donde estaba su soberano. Parte de la juventud del país se hallaba sobre las armas. Cuatrocientos esforzados guerreros, con el magado y la tabona en la mano, esperan con impaciencia la vuelta del ejército guanche. Las tinieblas habían ya reemplazado a la luz, y el firmamento, salpicado de estrellas brillantes, presentaba otras tantas antorchas con cuya luz estos isleños divisan algunos castellanos que retrocedían hacia aquel puerto. El jefe guanche, juzgando que estos fuesen desertores de la derrota que suponía había experimentado el ejército extranjero, les ataca furiosamente, son hechos prisioneros, atados de pies y manos, y encerrados dentro de una oscura caverna, cuya entrada es custodiada inmediatamente por más de cien guanches.

Luego que Alonso supo la prisión de aquellos soldados, que habían ido a restablecerse de sus heridas, se llena de cólera, y dispone que al instante

un numeroso cuerpo de sus tropas marchase a libertarlos del miserable estado en que se hallaban. Dirígense a la gruta que estaba en el fondo de un anchuroso valle, y ansiosos de la sangre del enemigo, se arrojan con ímpetu sobre Jaineto, y le derriban muerto. Los cristianos, embravecidos con esta nueva victoria se alientan, y emprenden la batalla con ardor. Caían los isleños a sus manos como caen las hojas de los árboles cuando sopla el aquilón. La tierra se cubre de cadáveres, y los guanches, viéndose sin jefe, abandonan la gruta, y se retiran con precipitación. Recobrando su libertad los prisioneros que pálidos y trémulos, sólo esperaban por instantes la muerte.

Esta victoria da un nuevo aliento a Alonso. Del centro de las reliquias humanas aparecía cubierto de sangre y ennegrecido por el humo, semejante al jefe de los Titanes, cuando se presentó en otro tiempo luchando a la vez con el cielo y la tierra. La multitud triunfante se agolpa alrededor, le contempla como un símbolo milagroso, y su entusiasmo se cambia en una especie de adoración fanática.

Habíase marchado ya Bencomo a la corte de Acaymo para convalecer de las heridas que recibió en la sangrienta batalla de la Laguna, y al cabo de muy pocos días unos comisionados de Alonso, se presentan en aquel palacio con la cabeza del desgraciado príncipe Tinguaro.

A la vista de los restos de aquel valeroso defensor de la patria, todos los corazones de los guanches quedan conmovidos, y un profundo dolor de abatimiento se notaba en sus semblantes. Bencomo, derramando copiosas lágrimas, levanta las manos al cielo y exclama: —"¡Sol justiciero! ¿Cómo habéis permitido que el príncipe más valiente de la nación, el único hermano a quien tanto quería, hubiese desaparecido para siempre de mi vista? ¿Por qué ha muerto Tinguaro y yo he quedado vivo? ¿No he sido

yo quien le ha enseñado a despreciar la muerte? ¡Oh, Dios de la Naturaleza! Vos me habéis alargado la vida para dejarme ver estos tristes restos de un hermano tan amado; pero un espectáculo semejante me es insoportable". Y volviéndose entonces hacia aquel trofeo, continúa con voz desfallecida. "¡Ah, querido Tinguaro! Tú, que eras la esperanza de la patria, en cuyo valor confiaba. ¿Ya nos has dejado para siempre? ¡Ay de mí! ¡Cuántas lágrimas ha hecho derramar su pérdida! ¡Cuánta sangre isleña ha regado el campo vencedor a consecuencia de esta desgracia! ¡Oh, víctima inocente! Los días que me restan de existencia los consagraré a prestar a tus cenizas los últimos honores a que eres acreedor por haber muerto defendiendo mi trono y mis derechos: esta gloria me consuela en cierta manera, animándome a que anhele la misma dicha... Y vosotros, cristianos inhumanos, acabad vuestra obra, y ojalá que con mi sangre adquiráis la última victoria...".

Al concluir estas palabras desfallece de nuevo el espíritu de Bencomo; mas después de un largo rato de silencio vuelve repentinamente de su letargo y dirigiéndose hacia sus enemigos, exclama: "¡Malvados! Huid de mi presencia; decid a Alonso, que aunque esa cabeza es una imagen demasiado aflictiva para un corazón sensible, me sirve al mismo tiempo de consuelo al ver que son los restos de un defensor de la patria: decid que no me espanta, porque estoy enteramente resuelto a defender mi honor, mi nación, los derechos que me ha conferido el cielo, y la vida de mis vasallos. Decidle, en fin, que nada ambiciono tanto como la dicha del príncipe mi hermano, y que cuando tenga esta gloria no envidiaré la suerte de los conquistadores, que, violando los derechos naturales, no pueden hacerse acreedores a los laureles de la inmortalidad".

Así habló Bencomo, y acercándose a los restos de Tinguaro, casi desfallecido, une cien veces su boca

a los labios fríos de aquel trofeo: riega con sus lágrimas la sangre de que estaba manchado, y sus ojos fijos en los de su hermano parecía que querían buscar la vida que ha perdido. ¡Ah! ¡Cuán digno de compasión era este desgraciado monarca! Nacido en medio de la tranquilidad y felicidad de su corte, era testigo de las miserias que acaecían a su nación; a cada paso encontraba nuevas pesadumbres que angustiaban su corazón. Llorar primero a los demás, y después ser llorado a su turno; he aquí la suerte que le cupo a este desventurado príncipe.

El grito de dolor y de venganza resonaba alrededor de la cabeza de Tinguaro. Los pueblos circunvecinos vienen a presenciar aquella escena, y, con alaridos lamentables, manifiestan el sentimiento y el horror que les causaba un espectáculo tan funesto. El monarca de Taoro procura consolar a sus tropas, y determina marchar con ellas a su corte, llevando consigo los restos de su querido hermano, que había sido la esperanza de la libertad de la nación.

La llegada de aquel acompañamiento fúnebre fue el cuadro más lastimoso de la desolación pública. La familia real, juzgando que el ejército retrocedía vencedor, se presenta a las puertas del palacio, llena de alegría; y un numeroso pueblo, dando vivas y aclamaciones, sale a recibir al monarca de Taoro y a su comitiva. Mas la cabeza del príncipe Tinguaro ocupa al momento los ánimos de todos. Alaridos tristes anuncian la muerte del hermano de Bencomo; espárcese la fatal noticia por todos aquellos contornos; de repente se ve que una mujer despavorida, su cabeza desmelenada y sus manos elevadas al cielo, atraviesa por medio de la multitud y se precipita hacia donde estaban los restos de su tierno y desventurado esposo. Pálida, y sus ojos bañados en lágrimas exclama: "¡Ay, desgracia de mí, que es lo que se presenta a mi vista!... ¡Oh, día desastroso! ¡Oh, día funesto! ¡Día de dolor! ¿Así venga el cielo

el delito de una guerra impía y atroz? ¡Ah, cruel Alonso! ¿Por qué no has dado mil muertes a esta desgraciada mujer primero que al dulce y cariñoso objeto de todas mis delicias? ¡Bárbaro! ¿Será posible que el justo cielo no castigue tu maldad? ¡Ay de mí! ¡Quién pudiera quitarte esa vida manchada con la sangre de un esposo tan querido!" Y volviendo enseguida la vista hacia aquel horroroso espectáculo continúa: "¡Infeliz Guaxara! Ya no podrás estar al lado de aquel que hacía tu felicidad y tu dicha! ¡Ay! ¡Si esos ojos pudieran volverme a ver! Mas ya no hay esperanzas, porque están cerrados para siempre: ya no oiré la voz de aquella boca de la cual salían palabras tan dulces y consoladoras: jamás volveré a estrechar entre mis brazos aquel corazón, que había sido formado para el mío, y dejaré de ver enteramente aquellas manos vigorosas que han abatido a tantos enemigos. ¡Ay de mí! ¡Oh, Tinguaro! No es una ilusión lo que veo, no; mi esposo es el que ya murió para siempre; sí, él me ha dejado desamparada, sus restos no puedo mirarlos sin horror, pero yo quiero morir a su lado; nada puede detenerme..."

Diciendo estas palabras la infeliz y desgraciada Guaxara, bañaba con las lágrimas todo el rostro de su amante: no puede resistir el peso de su infortunio, cree que ha llegado el último momento de su vida, y su corazón despedazado no basta a contener el cúmulo de penas que la afligen. Mas no pudiendo reprimir su pesar se aparta de aquella vista horrorosa, y se retira triste y taciturna a lo más hondo de su palacio.

Mientras lloraba su desgracia la sensible princesa, se disponían las cosas necesarias para las honras de la cabeza de su esposo. Estas exequias duraron quince días, en los que aquel trofeo se mostraba al pueblo con ciertas ceremonias, y se entonaron algu-

nos fúnebres cánticos, que manifestaban el sentimiento que les había causado la pérdida de tan ilustre guerrero. Embalsamada ya la cabeza del príncipe, la envolvieron en pieles de cabra y encerrándola en un cajón de sabina, la trasladan a la gruta que servía de panteón a la familia real de los príncipes de Taoro[33]. Mil guerreros presiden el féretro: caminan sin armas, bajas las cabezas y marchando al ruido de los lamentos y llantos de los parientes del difunto. La comitiva, el pueblo todo, presencia aquel solemne acto, y hacen resonar el aire con sus gritos y gemidos.

Llega el acompañamiento al lugar destinado, y trasladan la cabeza del guerrero a lo interior de la gruta donde la colocan con cierto orden sobre unos andamios de maderas. Bencomo, que había venido también hasta aquel sitio, se hiere el pecho, y exclama: "¡Oh, querido hermano! La muerte ha perdonado mi vida, sin duda para hacerme perder a un tiempo al más valiente de los vasallos y al más querido de los amigos. ¡Oh, Tinguaro! Tú, a quien he visto arrojar tantas veces el riesgo en los combates, ahora has perecido entre tus compañeros al golpe de manos homicidas. ¡Ese generoso corazón ha sido traspasado por unos ingratos! ¿Cómo no te libró el astro del día? ¿Cómo ha dejado perecer a tan ilustre campeón? ¡Jornada memorable! ¡Día terrible! ¡Alonso, ese cruel cristiano, venció a Tinguaro, y los pueblos de Taoro huyeron! ¡Los destrozos de trescientos hombres quedaron esparcidos por aquellos campos y un silencio profundo reina en toda la comarca! ¡Oh, Tinguaro! Todo en este día es amargura y llanto: tu memoria será eterna en nuestros pechos".

Así se lamentaba el monarca de Taoro, y todo el pueblo que se detenía al oírle le respondía con profundos sollozos. Concluidas, al fin, las ceremonias fúnebres, el acompañamiento se retira, y la esposa de Tinguaro, sin poderse apenas sostener, con tardos pasos se encamina a su palacio.

FINAL DEL CAPITULO SEXTO

CAPITULO SEPTIMO

Nueva batalla de Acentejo en que son vencidos los guanches y Alonso toma posesión de la isla. Historia de Gonzalo del Castillo. Costumbres de los habitantes de Taoro. Penetran los castellanos hasta el Valle de Arautapala, y los soberanos de la isla rinden su homenaje a Alonso.

El grito lastimoso de la naturaleza resonaba por todos los dominios de Bencomo. Las fértiles campiñas se veían abandonadas, la tierra, sin cultivo, sembrada de cuerpos muertos y empapada en sangre; de manera que la peste parecía que había ejercido todos sus estragos. Notábanse los habitantes de aquellos países tristes y pesarosos, cuando en otro tiempo eran alegres y festivos. El abatimiento estaba pintado en sus rostros, y la desconfianza y el temor habían sobrecogido sus corazones. En el campo de los castellanos aparecían multitud de cautivos, que pálidos y trémulos arrastraban el peso enorme de las cadenas. Allí se encontraban los padres, cuya familia había quedado sin sustento, las esposas que eran el consuelo de sus maridos, y las doncellas que, arrancadas de los brazos de sus tiernos amantes, servían de instrumento a su lascivia.

Sin embargo, Bencomo, siempre valiente y siempre intrépido, hace reunir los restos de sus amortiguadas tropas; las anima, y se dispone a dar un nuevo ataque al enemigo.

Bien pronto esta noticia llegó a oídos de Alonso, y éste colocándose a la cabeza de los castellanos,

se dirige presuroso al reino de Taoro. Delante de él marchan los prisioneros que el conquistador llevaba con objeto de amedrentar al enemigo. Ancianos, mujeres y niños, todos caminan arrastrándose: ninguno tiene fuerzas para levantar la voz, pareciéndose a una tropa de moribundos próximos a exhalar el último aliento. Llega Alonso a las llanuras de Acentejo y allí atrinchera sus tropas.

El ejército guanche, luego que supo aquella determinación, se prepara a la defensa. A su frente está Bencomo con semblante inalterable. El príncipe Zebenzuy camina a su lado, parte de sus vasallos le siguen y Beneharo cierra la marcha con sus tropas aguerridas.

El horizonte resplandecía inflamado por los primeros rayos del Sol, y el océano estaba lleno de la luz del día que despuntaba. El campo aparece cubierto de hombres armados y se percibe un rumor confuso como el de un mar borrascoso. Espesas lanzas llenan aquel recinto; el acero de sus relucientes armas centelleaba a lo lejos, y a su vista Bencomo se llena de intrepidez, anima a sus tropas y les dice: "Hijos de Tenerife; acudid conmigo a exterminar esta raza inhumana: Tiempo es ya de que nos veamos libres de sus maldades y que gocemos de la tranquilidad en el seno de nuestras familias. ¡Ah! La guerra, las enfermedades y el hambre nos han privado de muchos y esforzados compañeros; preciso es que los que hemos sobrevivido a estas calamidades nos armemos de valor y espíritu para romper el yugo con que nos amenaza el cristiano. Empleemos con presteza y acierto nuestros dardos, y no desalentemos jamás, aunque veamos derramar a torrentes la sangre de nuestros hermanos. Oíd la voz de la patria; peleemos todos, y muramos si es preciso por defender los derechos que nos ha concedido el Sol. Alonso, el impío Alonso, está ya al frente de sus trozas: horroricémonos de sus maldades y empeñémo-

nos en evitarlas. ¡Guanches valerosos! ¡Guerra a las hordas de los viles castellanos!".

Dijo, y al instante fieros acentos de guerra y de venganza resuenan por todas partes. "El héroe que os conduce —añade Beneharo—, es nombrado por el Ser que nos alumbra, y su valor regenera la salud casi perdida de nuestras naciones: Este es el Mencey de Taoro, el magnánimo Bencomo".

Estas palabras infunden un nuevo entusiasmo en el corazón de los isleños: repiten mil vivas y aclamaciones, y juran no descansar hasta que la patria se encuentre vengada con la sangre de sus atroces enemigos y la tranquilidad restablecida.

Por medio de un sendero áspero y escarpado, Bencomo conduce sus guerreros, prescribiéndoles el más profundo silencio. Las tropas apresuran su marcha, y se hallan luego bien cerca del enemigo. Allí descansan, y su jefe manda a Belcaimo para que intime a Alonso a que abandone el territorio.

Llega éste a la presencia del Conquistador, y, después de haberle saludado, le dice: "Cristiano; el ilustre Mencey de Taoro, indignado de vuestras crueldades no permite que piséis más el país que está bajo su dominio". Y al ver a los prisioneros isleños exclama: "¡Ah! ¡Con cuánta razón se halla irritado este monarca! ¡Mira, cruel, las atrocidades a la sombra del Dios que adoras! ¡Mira a esos desdichados, arrancados de sus hogares, cargados de cadenas y de ultrajes! ¿Qué han hecho? ¿Cuáles son sus delitos?...".

—"Hombre atrevido —responde Alonso interrumpiéndole—; esos esclavos que ves no son míos, son de mis soldados: éste es el premio de su valor, de su sangre y de los peligros a que se han expuesto". —"Si eres enviado por un Dios —contesta Belcaimo—, haz bien a tus semejantes y no seas criminal sacrificando a esos inocentes; pero si no eres más que un hombre que viene a engañarnos con falsas promesas,

tiembla de insultar de esta manera a otros hombres, que no te ceden en valor y te aventajan en virtud", —"Nunca he temblado —responde el Conquistador lleno de cólera—; vengo a defender la causa de un Dios que desea la salvación de los hombres y no me arredra vuestra tenacidad. Así pues, marcha de mi presencia y anúnciale a tu Soberano el yugo que le espera si no quiere sujetarse a la razón".

Muy pronto llega Belcaimo a la presencia de las tropas isleñas, con la cabeza baja y triste el semblante: "Preparad vuestras armas; los cristianos insisten temerarios en no abandonar el territorio: Muchos prisioneros isleños les acompañan, sin duda con el objeto de amedrentarnos: nos amenazan con la guerra y se atreven a hablarnos de esclavitud". —"¡Oh, Sol! —exclama Bencomo. Tú que ves bien nuestra justicia y la obstinada pretensión del castellano, ¡auxílianos con tu protección! Si consigo rendir al tirano, liberando la patria de los males con que la amenaza, tu poder será el que me dará la victoria".

Pero el enemigo se acerca, y sus armas heridas por los rayos del Sol despiden brillantes reflejos que al paso que deslumbran, aterran a los corazones y enfrían el valor de los isleños. Un silencioso murmullo se va extendiendo poco a poco en medio de ellos. Bencomo los divide en dos grupos y se dispone a la batalla.

¡Qué momento tan crítico para el héroe de Taoro! Sus ojos se fijan en el cielo, implorando el auxilio del astro que vivifica la naturaleza: Espera que le socorrerá, y su corazón presiente la victoria.

El ronco son de las trompetas fue el signo de batalla entre los tirios y troyanos, y aquí un espantoso silbo, da la señal del ataque: la acción se empieza, y los guanches arrojándose furiosamente sobre los españoles introducen el desorden en sus filas. Despliegan una intrepidez que infunde temor al Cristiano; pero mal disciplinados, y peor dirigidos, se

baten sin orden y sin plan, y poco a poco su ardor belicoso se amortigua. La refriega duró cinco horas, y al cabo el desaliento empezó a apoderarse de los isleños. Rodeado de enemigos no piensan en vencer; sólo procuran defenderse.

Bencomo, rechinando de rabia al ver el estrago que el enemigo hace en sus tropas, corre precipitado, como el jabato espumoso que va en busca del cazador que le ha herido, y al encararse con Alonso, le arroja el dardo que llevaba en sus manos; mas yerra el tiro, y los cristianos se precipitan sobre él. El infortunado príncipe se ve gravemente herido, y huye del medio del enemigo, y el miedo se apodera entonces de sus tropas. No se oía más que alaridos lastimosos de los moribundos y el ruido que hacían las armas castellanas: gemía oprimida la tierra bajo de un montón de cadáveres, y corría a arroyos la sangre de los isleños. Belcaimo, habiendo intentado en vano llegar a batirse con Alonso, pagó su arrojo, y aquel guanche tan ágil y ligero que apenas estampaba sus huellas sobre la tierra, fue muerto, recibiendo de esta manera la gloria de un verdadero patriota. Cayó también Milenor, más bello que Belcaimo y no menos valiente; y Orcilo, aquel joven de estatura gigantesca que asistió a Bencomo en la primera batalla de Acentejo, y que por sus fuerzas se había hecho estimar de todos los isleños, quedó inmóvil de una lanzada, y huyó su alma envuelta en su sangre.

El estrago que hizo Alonso fue horrible: resonaban en derredor suyo los lamentos y sordos gemidos de las víctimas que caían a impulso de su brazo; y así como se arroja un fiero lobo a un rebaño de ovejas que se hallan sin pastor, no de otra suerte se arrojó el conquistador sobre aquellos desgraciados, que dispersos y separados de Bencomo sólo querían libertar su vida.

El campo aparece lleno de víctimas isleñas, y

los extranjeros se asemejaban a un furioso torrente, que vencidas las márgenes se lleva tras de sí las cosechas, los ganados y los pastores. ¡Ay de mí! Allí quedaron muertos los hijos que eran la esperanza de la patria: Allí fue cortada la flor de la juventud guanche, y allí dieron su último aliento los valerosos Aseylos, Belcaimos, Zelinores y Orcilos. Las tiernas esposas y las madres, que desde la cima de las montañas circunvecinas presenciaban aquella dolorosa escena, llenas de horror hacían retumbar los valles con sus clamores. Los padres agobiados por el peso de su edad habían mandado a sus hijos a pelear por la patria entretanto que ellos suplicaban al Sol les concediese la victoria; pero en vano, llegó el día terrible de su muerte y la inevitable ruina de sus naciones.

Alonso, harto de sangre y ebrio de gloria caminaba al frente de sus tropas por medio de sus enemigos destrozados, como un león que corre entre la negra sangre y los despojos de su furia, hollando con sus pies los cuerpos yertos que han sido víctimas de su indómito furor. Las aclamaciones de los soldados elevan a las nubes el nombre del Conquistador; y éste enarbolando el estandarte de Cristo lo tremola llamándose dueño y señor de la isla en nombre del monarca de Castilla. Después se hinca de rodillas, toma en sus manos los despojos que habían quitado al enemigo, los ofrece a la madre de Cristo y le da gracias por la completa victoria que había conseguido sobre los infieles.

Concluida esta ceremonia, Alonso marcha con su comitiva hacia su campamento. Los instrumentos marciales unidos a los gritos de los vencedores y a los relinchos de los caballos forman una reunión de bullicio, de tumulto y de placeres: Todo indica la victoria de los Conquistadores.

Apenas habían pasado algunos días de esta batalla, cuando se presenta en aquel puerto Gonzalo

del Castillo, que había sido prisionero en el combate de las Peñuelas. Su vista causó un gran placer al jefe de los cristianos: abraza tiernamente al joven guerrero y le suplica le informe de su cautiverio. Gonzalo obedeciéndole habla en estos términos:

"Ya sabrás cómo en lo más fuerte de la sangrienta acción de las Peñuelas, entré en el combate y corriendo furioso tras el príncipe Zebenzuy, ya próximo a atravesarle con mi lanza, una multitud de isleños se precipitan sobre mi caballo, le matan, y caigo en sus manos. Creí entonces que había llegado el último día de mi vida; pero los enemigos se compadecen de mí y me conducen a la presencia de Bencomo.

"Al entrar en la gruta que servía de palacio al monarca, éste se adelantó a encontrarnos, y mientras se informaba de los hechos que habían motivado mi prisión, yo quedé admirado al oír la sabiduría de sus razonamientos. Un objeto, empero, más grandioso llamó toda mi atención. Su hija Dácil, que apenas había contado quince primaveras, me miraba atentamente y conocí en su semblante que le había interesado mi situación. No había visto hasta entonces en estos países hermosura igual. Tenía su cuerpo cubierto con una fina piel de cabra: Sus negros y largos cabellos ondeaban sueltos en su espalda, y en su rostro brillaba una dulzura encantadora.

"Mientras mi corazón estaba absorto contemplando aquella belleza, el monarca de Taoro manda reunir su consejo para decidir de mi suerte. Entretanto la hermosa princesa se esforzaba en agradarme, ya cogiéndome flores olorosas, ya presentándome frutas, gofio y otras viandas. Llevóme a ver las cercanías de su habitación. Era ésta una estrecha gruta adornada de columnas formadas por la misma naturaleza y algunos muebles sencillos: las paredes interiores estaban tapizadas de hiedra, y en

lo más hondo había una cama de pieles. El palacio estaba cercado de palmas y sauces y por entre unas espesas matas corría una fuente clara y abundante. Descubríase desde aquel punto el mar, cuya superficie plateaba el sol; y el campo, rico con los frutos y flores, y cubierto de verdes colinas, formaba una vista deliciosa. 'Aquí, —me dijo la princesa—, bajo de estos frondosos árboles, paso horas enteras escuchando la dulce melodía de los pájaros: Aquí me complazco en observar sus amores, y en este sitio quisiera yó pasar los días contigo'. —¡Oh, tú! —le dije— ¡Que no sé cómo te llamas! Tú, en quien la naturaleza ha reunido todas sus gracias y dones ¿te dignas compadecer a este miserable prisionero? ¡Quiera el cielo concederme la vida para disfrutar de tu grata compañía! Al concluir estas palabras se presentan los ministros de Bencomo, y me conducen de orden suya a una gruta que sería de calabozo.

"¡Ah! ¡Terrible suceso! ¡Pasar del centro de los placeres del amor a la habitación de los crímenes! Empero las tinieblas y los horrores que me circundaban me asustaron menos que la pérdida de la bella Dácil. Pasé todo el día envuelto en un dolor profundo, y sentado sobre una fría piedra vino la noche. ¡Qué soledad! ¡Qué silencio! Mas apenas la luz del nuevo día empezaba a alumbrar mi habitación, cuando siento unos pasos que se acercan hacia la gruta. —¿Quién es?, —pregunté sobresaltado. —'Tu amiga, que viene a salvarte, la princesa Dácil'.— ¡Cielos! —exclamé— ¿Tú eres?... ¡Oh, la más hermosa de las mujeres! ¡Dácil! ¿Quién te manda a socorrerme? —'Querido Gonzalo, la humanidad y el amor: sigue mis pasos, porque en esta habitación todo me horroriza'. Asióme de la mano, y me condujo a la presencia de su padre.

"Hallábase este príncipe sentado en el pasaje destinado para los juicios públicos y rodeado de un numeroso concurso. Luego que me vio me hizo ir a

sus pies, y con un semblante grave me dijo: 'Cristiano, a pesar de que te has hecho reo del último de los suplicios, yo perdono tu delito, porque no me es conveniente manifestar mi poder contra un solo hombre. Vuestro modo de proceder es propio de corazones viles; yo no soy tan cruel como los españoles, no profeso su religión, y el Sol que me ilumina quiere que sea humano como él'[34].

"Dijo, y al punto me mandó tender en el suelo y que me diesen algunos golpes con su mismo cetro: Después de lo cual hizo que me untasen el cuerpo con una especie de grasa, que parece tenía la virtud de curar los golpes y heridas, y me pusieron en libertad. Aquí resplandece el fondo de humanidad que caracteriza a Bencomo: él mira con horror toda efusión de sangre y a los reos de consideración sólo se les impone castigos suaves.

"Concluida aquella ceremonia los isleños procedieron a celebrar algunas fiestas en honor del Sol, a fin de que les protegiese en sus combates. Un coro de doncellas con el pelo tendido, coronadas de diversas flores y cubiertos sus pechos con guirnaldas de mirto, cantaban himnos al astro del día —'¡Oh, tú que animas la naturaleza! —decía una—, manantial de placeres y de gustos, cuida de estos pueblos inocentes que viven para adorarte. Consérvales la vida y defiéndelos siempre de los cristianos'. Otra decía: 'Nuestros días se siguen y se atropellan como las aguas de la fuente de Hualieme: pasará nuestra juventud y la muerte viene corriendo presurosa hacia nosotros. Disfrutemos de los placeres honestos, para que, cuando dejemos de existir, no nos quede ningún desconsuelo de la vida'.

"Estas rústicas canciones, la alegría de los jóvenes, su frescura y su belleza, imprimieron en mi pecho una inclinación vehemente hacia el culto del amor.

"Durante los pocos días que estuve en la corte

de Bencomo, admiré la sabiduría de su gobierno, y las dulzuras de las costumbres de sus pueblos. El amor a la justicia y el deseo de conservar el orden público, son entre ellos unas costumbres inalterables; así es que ningún reo quebranta impunemente las leyes del estado. Estas leyes ordenan al monarca ser equitativo, y castígase el homicidio, pero no con la muerte, porque juzgan que no es conforme a la sociedad privarle de sus miembros. El homicida pierde todo su ganado y es desterrado perpetuamente. Con esta disposición el legislador indemniza los perjuicios de la familia del difunto con el mismo ganado del reo.

"La ley que consolida los lazos de la sangre y del matrimonio, bajo de penas gravísimas asegura la fe conyugal y la autoridad paterna: dos cosas que son el apoyo de las buenas costumbres. Si un hombre encuentra a cualquier mujer en el camino u otro paraje solitario, no puede hablarla ni mirarla sin que ella se lo permita, bajo la pena de ser castigado por unos jueces íntegros y celosos. Prescriben también las leyes la continencia; pareciéndole a aquellos pueblos que la moderación es indispensable para la conservación de la salud. No consideran como virtud la castidad absoluta, porque dicen que ésta no es útil ni a la sociedad ni al individuo que la profesa[35].

"Cuando querían alcanzar sus necesidades, estos inocentes se valían de algunas prácticas y oraciones, con las que creen agradar al Dios que adoran. No tienen sacerdotes ni víctimas ni altares; toda su religión se reduce a la conservación de sí mismos y al bienestar de sus semejantes, contentándose tan sólo con tributar cierta adoración al Sol, como agente de toda la naturaleza.

"Tampoco tienen leyes penales en materia de religión, porque suponen que las insinuaciones de los padres son más eficaces que las mismas penas,

de donde resulta que el soberano no se ocupa en los pensamientos secretos de sus vasallos.

"La educación por otra parte corrige sus inclinaciones; y les parece que no tienen necesidad de las recompensas del cielo para conocer el precio de la virtud. La naturaleza sólo les enseña lo que se deben a sí mismos, y la ley por su parte, lo que deben a la sociedad. El soberano hace ver a sus pueblos que las virtudes son los verdaderos medios de obtener la felicidad, así como los vicios no pueden conducir más que al infortunio y al desprecio.

"Tales son las costumbres que he observado durante el tiempo de mi cautiverio en la corte de Bencomo. Yo no podía vivir contento en medio de unos hombres idólatras que, sin tener idea de las dulzuras de nuestra santa religión, les parecía que el culto del Sol bastaba para hacerlos felices. Por lo tanto anhelaba el momento dichoso en que restituirme a este campamento, a fin de ayudar con mis fuerzas a destruir la idolatría de estos países y consumar nuestra gloriosa empresa".

De este modo acabó Gonzalo su relación; y al escuchar Alonso sus últimas palabras le estrecha de nuevo entre sus brazos. "¡Amigo mío! ¡Intrépido guerrero! El Dios que nos protege te ha libertado de las manos de ese pueblo infiel: El nos defiende de todos los peligros: confiemos en su omnipotencia, y entonces retornaremos a nuestra patria llenos de gloria".

Dijo, y animando a sus soldados se dispone a atacar de nuevo al enemigo. Hallábase sediento de la sangre isleña, y no le era posible permanecer en inacción mucho tiempo; veía ya cercano el día que iba a sellar su empresa, y animado de un fanatismo feroz, deseaba impaciente verse coronado de los laureles de la victoria.

El Sol estaba ya a la mitad de su carrera cuando el jefe cristiano salió de su campamento, seguido de numerosas tropas, con dirección a la corte del Mencey de Taoro. Trepó los montes de la Esperanza, y caminando después por rocas casi inaccesibles llega al memorable sitio de Acentejo. Allí pasó la noche, y apenas despuntaban los primeros rayos del día, se dirige presuroso al Valle de la Arautapala.

Ya Alonso descendía hacia el ameno valle cuando descubrió las copas de los árboles que cercaban el palacio del monarca de Taoro. Un silencio profundo reinaba en todo aquel recinto; Alonso fija sus tiendas y las tropas descansan. Los príncipes isleños y sus vasallos, habiéndose retirado a las montañas, a las elevadas cumbres de Tigaiga, no se atreven a bajar, temiendo ser víctimas del furor de los enemigos. Permanecen inmóviles por largo tiempo, pero faltos de víveres, pronto empezaron a sentir los accesos del hambre. Entonces una cruel alternativa de dolor y rabia se apodera de sus pechos. Inclinadas sus cabezas, levantan sus manos al cielo, y dando alaridos lamentables pedían la muerte para que pusiera fin a sus padecimientos. Bencomo, por un esfuerzo de valor, anima a sus tropas, las apacigua, y procura inspirarles un resto de esperanza que ya él mismo había perdido. Su ejemplo infunde en los ánimos de todos, suspende su furia, y un rayo de consuelo brilla de nuevo en sus pálidos semblantes. El príncipe de Taoro exhorta a sus tropas para que le sigan, y éstas, llenas de terror, se acercan a los españoles, que con semblante feroz y cual tigres hambrientos, aguardaban impacientes el momento de despedazar la presa.

Colócase Bencomo un poco más abajo del campo cristiano; y habiendo observado la ventajosa situación del enemigo, convoca a sus aliados, y con el mayor sentimiento de su alma les dice: "Amigos y vasallos: Todos nosotros estamos interesados en

nuestro bien. No hay un solo hombre, que siendo racional, no tiemble al ver oprimido por la violencia y el furor al débil y al inocente. Las enfermedades, el hambre y la deserción nos han reducido a la necesidad de temer a los cristianos, que tarde o temprano nos han de poner el yugo sobre el cuello: Todos nosotros debemos tener un solo interés, y éste es el de la conservación a que nos impele la misma naturaleza. ¡Príncipes! ¡Menceyes! Bien conocéis que os hablo la verdad, y como pariente y amigo, miro por vuestra felicidad y la de vuestros vasallos. La patria va a expirar en manos de esos crueles enemigos, y ¿cómo podemos salvarla? ¿No será exceso de imprudencia empeñarnos en una defensa obstinada?... Oíd, pues, mi voz: Sometámonos a nuestro destino y recibamos la ley de los usurpadores. ¡Y tú, amada patria mía! Perdona si no puedo salvarte... ¡Restos venerables de Tinerfe! Contemplad nuestro dolor... Una mano atrevida nos va a reducir a la más infame esclavitud; tu descendencia va a finalizar para siempre, y no resonará ya en estos valles más que nuestros gemidos. Sí, amados compañeros; las sombras de los muertos no pueden ser insensibles a la compasión que excitan nuestras lágrimas: el cielo conmovido al ver extinguida nuestra nación, al ver sepultarse con ella la virtud, el candor y la inocencia, castigará algún día la atrocidad de estos conquistadores. ¡Y vosotros, valerosos Menceyes y Sigoñes[36] esforzados, que con tanta gloria habéis defendido vuestros derechos, perdonad la resolución que toma un desdichado descendiente del gran Tinerfe! ".

Dijo, y bañado en lágrimas cae desfallecido a los brazos de sus fieles vasallos. "¡Oh, el más cariñoso y mejor de todos los monarcas! Exclaman éstos; ¡Mencey ilustre! ¿Cómo podemos expresarte nuestro amor?... Forzoso nos es perder un rey tan amable, pero tú lo ordenas, y nuestro gusto es obedecerte". Entonces, levantando aquel sensible monarca

sus tristes ojos sobre los restos de sus dominios, exclama: "¡Ah, patria querida! Ya no te volveré a ver porque vas a dejar de existir". Donde reina la opresión y las leyes injustas no se dará el cumplimiento de los deberes de la vida social, donde no hay justicia, buena fe, ni virtud, no hay patria: la autoridad legítima es la que puede ser amada, obedecida y respetada, ella sola inspira a los hombres el amor a la patria, que contribuye a su seguridad y felicidad, ya ésta va a desaparecer, seremos todos iguales, seremos esclavos y...

—"¡Oh, justicia. Oh, leyes! —exclaman los demás monarcas llenos de dolor—, en vano invocaremos vuestro favor. La tierra ya no es sino un lugar de horror y crueldad, donde el más débil es destrozado por el más fuerte. Amados vasallos; llorad con nosotros sobre la deplorable suerte que espera a vuestra patria... ¡Ah!, ya no la tenéis, todos estaremos huérfanos... ¡Alonso! ¡Cruel Alonso! Ven, ocupa el solio, holla las leyes y haznos tus esclavos".

Al instante los más lastimosos acentos de dolor resuenan por aquel valle. Bencomo se entrega a la desesperación, y los príncipes aliados permanecen en gran confusión, sin poderse resolver a marchar contra el enemigo sin el Rey de Taoro. Las tropas amedrentadas y llenas de terror, yacen inmóviles; y todo el valle de la Arautapala se asemejaba a una casa desconsolada, que ha perdido su padre de familia, el cual era el apoyo y dulce esperanza de sus tiernos hijos. Al fin restablecido en un tanto el orden dice Bencomo a sus vasallos: "¡Oh, desgraciados isleños! En cualquier otra ocasión sería gloria el vencer, pero en esta lo es el ser vencido. Toma Eselmiro, este cetro, insignia de mi poder, ve a hablar con Alonso y dile que vas a asegurarle de la obediencia y sumisión de todos estos pueblos: dile que están prontos a profesar la religión cristiana, y a reconocer por sus únicos soberanos a los Reyes de

Castilla, con tal que jure perdonarlos y cumplir las ofertas que les ha hecho; corre, no pierdas un instante; que te acompañe Guadafreta y Badayco, jura la paz, y ofrece mi cabeza, si es preciso, porque me será dulce el morir por el bien de mis vasallos".

Así habló Bencomo, y al instante los enviados se presentan a Alonso; y tomando Eselmiro la palabra le dijo: "Ya, valeroso capitán, tienes en tu poder los reinos de los cinco Menceyes confederados: Conocemos que hemos sido temerarios en haber expuesto la vida combatiendo con vosotros con fuerzas tan desiguales, no pudiendo esperar sino la muerte junto con la desgracia de ser vencido. Nuestra fue la resolución de la guerra, y también ha sido nuestra la determinación de la paz: apresurada fue la primera y tarde la segunda, pero la misma detención nos ha dado mayor conocimiento de tu valor. Convencidos al fin de tu superioridad y de que tienes algo sobrenatural, venimos a ponernos en tus manos los restos de estos cinco valerosos Menceyes, con tal que nos juréis por lo que tenéis por más sagrado, el conservarnos a todos la vida y la libertad. Si nos hacéis esta promesa, desde este momento se presentarán a tus pies los ilustres Menceyes de Taoro, Tacoronte, Tegueste, Anaga y el intrépido Zebenzuy".

Alonso, transportado de alegría al oír este discurso, no tenía ya más que esperar habiéndose cumplido el término de sus afanes. "La paz —les dice a los envíados—, es el único fin de las armas, y aunque éstas pueden dar la ley a los que han tardado tanto en conocer la razón; yo, desde luego, haré con vosotros un tratado de amistad. Decid, pues, a vuestros monarcas que les conservaré la vida y la libertad igualmente que a todos sus vasallos, y que, si me prometen abrazar la religión santa que profeso, que es la que vengo a enseñar por mandato del Dios

de todo lo creado, les señalaré las tierras que necesiten para vivir felizmente".

Los príncipes isleños llegan a la tienda de Alonso. Detiénese el acompañamiento, y los monarcas tiemblan al dar un paso tan violento al corazón humano. Resignados con su suerte, se presentan al usurpador; y Bencomo con sentimiento, pero con cierta entereza, le dijo: —"Hombre extraordinario: la desolación y la muerte que habéis traído a estos países, resuenan sin cesar por todos estos valles; oigo temblando sus horribles gritos y me apresuro a suplicaros detengáis la hoz espantosa que ha cubierto de cadáveres los campos. Armas, victorias y trofeos, insignias de nuestra grandeza, ya han desaparecido con estrépito, ya no existen. El trono, cuyo esplendor parecía tan duradero como el del Sol, se ha transformado repentinamente en cautiverio" y dirigiendo su vista hacia el lugar donde estaba el panteón de su padre, continúa: "Y vos, ilustre Imobach, bajo cuyo amparo floreció este reino, ¡Cuánto sentiríais hoy al verlo! En aquellos hermosos días todo era felicidad y placer; ahora, todo es miseria y dolor. Entonces eras verdaderamente rey del universo y no teníais otros títulos que el honor de ser imagen del Astro benéfico: ya desaparecieron estos tiempos, y tu hijo se ve en la necesidad de ceder los derechos que la naturaleza le ha dado... ¡Oh, Alonso! Disimula mi osadía: un dolor que atormenta mis entrañas me hace prorrumpir en estos términos, hasta el punto de hacerme olvidar que estoy en tu presencia. Perdonadme: Yo te imploro tu protección: te obedezco en cuanto quieras y convengo con cuanto me propusiste desde el principio de esta guerra. Quiero ser vasallo de los reyes de España, sucédanle enhorabuena al gran Tinerfe, mi abuelo, yo les cedo el cetro y el mando, con tal que nos conserven la libertad. Sí, juradnos por lo que tenéis por más santo que ni nosotros ni nuestros hijos seremos

esclavos. La humanidad extiende sus brazos augustos y os hace esta súplica".

Alonso admirado con tal razonamiento abrazó al destronado Monarca, y pidiendo el libro de los evangelios a sus misioneros hizo, poniendo sobre él la mano, el solemne juramento de no faltar a las promesas que había hecho a los isleños[37].

¡Qué alma sensible podría contener las lágrimas al ver a aquellos virtuosos príncipes postrarse humildemente ante el mismo usurpador de sus derechos! Un monarca sobre el solio inspira en sus vasallos un respeto que los confunde; mas cuando es arrojado del trono se hace un objeto particular de amor que interesa a todo corazón sensible. "Pueblos agobiados y afligidos, les decían los monarcas a sus súbditos, levantad los ojos, enjugad las lágrimas, y humillaos ante el cristiano"...

¡Oh, sombra real! ¡Sombra augusta! Perdona si mi fría voz no puede expresar aquel dolor que sentiste cuando enternecidos tus vasallos no pudieron responder a vuestras palabras sino con sollozos y lágrimas. De uno en uno los fuertes y los débiles se enternecían al recordar su pasada dicha. Vosotros habíais visto poco antes crecer el entusiasmo guanche prometiéndoos hasta las mujeres y los niños derramar la última gota de su sangre en defensa de la patria; mas ahora veis a los mismos, pálidos y trémulos se postran a los pies de vuestro usurpador.

Apenas supieron los demás Menceyes de la isla la rendición de Bencomo y los príncipes confederados, cuando resolvieron presentarse a Alonso ofreciéndole obediencia. El conquistador recibe los homenajes de los nueve soberanos de la isla, y los abraza en prueba de amistad. Los cánticos se elevan al cielo en acción de gracias, y todo les parece a los cristianos embellecido y animado por la imagen de la felicidad. Los príncipes isleños rinden en manos

de Alonso la obediencia a los reyes de Castilla y se preparan a recibir el bautismo.

¡Qué espectáculo tan horrible! ¡Ver la libertad y el cetro trocados por las cadenas y los grillos!... ¡Ah! ¡Qué suma distancia no hay entre el trono y el cautiverio! ¡Y cuán poderosa es la virtud que da fuerza a los hombres para sufrir con ánimo tranquilo tales desgracias!

Era aquel día señalado por la festividad que celebra la iglesia a San Miguel[38].

Prepárase un sitio a propósito para rendir gracias a Dios por los beneficios que había dispensado a los cristianos, y estos corrían al Santuario a oír las alabanzas del autor de la naturaleza. El incienso humeaba junto al altar. En el fervor del entusiasmo religioso se oía repetir mil y mil veces el nombre de Alonso, anhelándole todos la morada celestial, la eterna ventura, que sólo puede esperar el hombre virtuoso y caritativo, y jamás el supersticioso ni el fanático.

Acabada la misa, que se entonó con toda solemnidad, el conquistador se hinca de rodillas, y dirigiendo sus ojos hacia el cielo exclama: "¡Oh, hijo del Eterno! Tú que me asistes en todas mis fatigas y diriges mis pasos, haz que estos guerreros retornen salvos a su patria, escuchadme también, madre querida y reina de los cielos, ven ahora conmigo como fuistes al campo de la Laguna de Agüere. Con tu favor hicieron mis tropas hazañas arduas y heroicas: préstame ahora tu poderosa protección y líbrame con tu celeste manto de los riesgos y peligros que me rodean. Yo entonaré en tu obsequio himnos y cánticos, y en todas partes erigiré templos en tu nombre". Y tremolando el estandarte de Cristo proclama a los reyes de Castilla y Aragón. Así se coronó la obra de la conquista de Tenerife.

FINAL DEL CAPITULO SEPTIMO

CAPITULO OCTAVO

Alonso hace instruir a los Reyes Guanches en los principales misterios del Cristianismo. Después de haberles bautizado solemnemente, marcha con ellos a La Laguna de Agüere, en donde pone los cimientos de una nueva población. Beneharo y otros muchos isleños, no pudiendo soportar la esclavitud, se huyen a las montañas desiertas. Los castellanos les persiguen; dan muerte a Ruimán y a su amante, y el Monarca de Anaga es conducido preso a la presencia de Alonso. Reúnese un Consejo, y el Príncipe es sentenciado al último suplicio.

Concluidas las fiestas con que Alonso de Lugo celebró la rendición de los monarcas de Tenerife, el conquistador trató de hacerles recibir el bautismo. Antes de celebrar esta augusta ceremonia nombró a dos misioneros para que instruyesen a aquellos príncipes en los fundamentos de la religión cristiana.

Reunidos todos los menceyes y otra porción de isleños, los ministros del altar doblan sus rodillas, y, alzando los ojos al cielo, ruegan al Hacedor Supremo que les inspire y ponga en sus labios la elocuencia necesaria para desengañar a aquellos idólatras de los errores de su religión, y mostrarles las verdades y excelencias del cristianismo. Y tomando la palabra el más elocuente de ellos, les explica la existencia de Dios, la creación del mundo y el principio del pecado original; les habla de la venida del Mesías, de su doctrina, de la gloria destinada a los buenos y del castigo eterno para los malos, con-

cluyendo de esta manera: "Hijos míos, reflexionad sobre estas verdades: a nosotros los ministros del culto solamente nos toca descubrir el camino de la bienaventuranza, porque somos los instrumentos de la divinidad y tenemos la obligación de explicaros sus misterios. Si vosotros no os habéis penetrado de estos principios, habladme con sinceridad".

—"No, padre mío —exclamó Bencomo. Nosotros nunca olvidaremos cuanto hemos acabado de oír; pero sólo el tiempo y la reflexión pueden destruir nuestras ideas religiosas, que hemos mamado con la leche. Vuestra religión no será una institución razonable si no contribuye a la felicidad del hombre; y sería tan gran locura el someterse a un yugo del cual no puede esperarse sino un mal resultado, como sería una injusticia el forzarnos a renunciar a nuestras creencias sin la menor ventaja en ello. La religión que profesamos se ocupa solamente de las relaciones del hombre para con los demás hombres y de los deberes que dimanan de ellas. Nuestro dios es visible, no es representado como un tirano perverso, sino como un amigo benéfico que dispensa sus favores a todos igualmente: es verdad que no tenemos intérpretes de la religión; pero esto es porque todos conocemos muy bien lo que agrada al dios que adoramos. Si un isleño hace daño a su semejante cree haber ofendido al Sol, y que este astro benéfico castigará su delito enviándole alguna enfermedad o dejando de vivificar sus sembrados. De aquí deduce que la práctica de la virtud constituye su dicha y su felicidad. Ahora bien: si ese ser que adoráis es justo y bienhechor, como decís, de ningún modo puede ser el autor de las maldades que habéis cometido con estos desgraciados isleños: si anima la naturaleza y concede la vida a todos los hombres, no puede pedir la devastación por homenaje, ni recibir gemidos por ofrendas". —"¡Bárbaro! —responde el misionero—, sabed que nuestros

libros sagrados nos ordenan propagar la religión de Cristo, y que conquistemos a hierro y fuego todos los países idólatras que se resistan a profesar sus santos preceptos. '*Gobernarás* —nos dicen—, *a las naciones que nos sometas con una vara de hierro; las romperás, como el alfarero hace con un tiesto*' (Salmo 2). '*Dichoso quien arrancando tus infantes del seno de sus madres, los estrelle contra las peñas*' (Salmo 136). ¿Y a la vista de esto os atrevéis a decir que no somos enviados por el Criador del Universo a reduciros a la verdadera religión? Sabed, en fin, que los reyes de Castilla son los dueños de estos países, porque el Jefe de la Cristiandad lo ha dispuesto así[39]; que, a instancias de la piadosa Isabel, el Santo Padre ha concedido la gracia para establecer en España un tribunal que juzga los pensamientos de los hombres, llamado el Santo Oficio. En el primero de aquellos sacrificios humanos se han ejecutado ochocientas víctimas. Horrorizaos, y temed también su castigo, si no abjurais vuestra creencia".

—"Hombre atrevido —añade Beneharo—, si nuestra religión es falsa, no debéis maltratarnos, porque las ideas que tenemos no penden de nuestra voluntad, sino del Soberano de la Naturaleza, que así lo ha querido. Es, pues, una tiranía pretender que todos vean esas cosas invisibles, y comprendan misterios absurdos, cuya facultad sólo parece estar conferida a vosotros"...

Iba a continuar cuando Alonso, que presenciaba aquel acto, se levanta, y dirgiéndose al monarca de Anaga exclama: —"¡Príncipe temerario! ¿Cómo te atreves a injuriar de esta manera al Dios de los Cristianos? ¡Insensato! ¿No sabes que pende tu vida de una sola palabra que yo pronuncie?" —dijo. Y Alonso bramaba de dolor. El furor le tiene arrebatado y lo transporta a varios movimientos de desesperación. Quiere armar su fuerte brazo e inmolar a su fiereza al desgraciado Beneharo, y sacando la

cortante espada de la vaina, va a descargar el golpe fatal; pero los misioneros le detienen. —"Apacigua tu ímpetu —le dicen—, y perdona la vida a esa criatura que no sabe lo que dice: nuestras palabras creemos que no habrán caído sobre tierra estéril: algún día florecerán, y a vos serán debidos los frutos que produzcan".

—"¡Oh, sacerdote de Cristo! —responde el Conquistador—, yo me someto a tus palabras por más violento que mi enojo sea: el respeto al Señor y a sus ministros así lo exigen". Y entrando la espada en su vaina, ordena a los isleños a que se dispongan a recibir el Santo Bautismo[40]

El Sol se descubría ya por la cima de las montañas situadas al oriente del valle de La Orotava, y aclarando con sus rayos aquellas campiñas, ofrecía el grande espectáculo de su nacimiento. Las aguas del mar, que bañaban la parte occidental de aquel valle, iluminadas con su luz, excitaban en la imaginación de los conquistadores elevadas y sublimes ideas. Preparábanse ya en el rústico templo las cosas necesarias para ejecutar tan augusta ceremonia; y el eco de los cánticos gloriosos, el prestigio de las luces y el fervor de las oraciones subía de punto la admiración de los inocentes isleños.

Termínase el acto; los monarcas se hincan de rodillas, imitando la postura de los castellanos, y todos a una voz exclaman: "Dios eterno, protector de los cristianos, juramos ser vuestros adoradores, cumpliendo con los preceptos de vuestra doctrina, y esta oferta la renovaremos al pie de los altares".

Alonso, que había permanecido inmóvil durante esta escena, conmovido y transportado al oír a los monarcas, dobla sus rodillas, y alzando al cielo sus ojos y cruzando sus manos, prorrumpe en estos términos: "Ya puede la muerte herir mi cabeza con su guadaña: cumplidos mis deseos, he llegado al término de mi carrera. Los habitantes de Tenerife se

han convertido al Cristianismo, y el gozo que enajena mis sentidos con esta novedad me hace olvidar los trabajos que he padecido a fin de conseguir esta empresa. ¡Oh, isla de Tenerife! que la lluvia caiga abundantemente sobre tus campos, que la tierra florezca con su rocío, y que sus moradores, profesando la religión de Cristo, sean para siempre dichosos".

Así habló, y poniéndose en pie corre a ceñir por segunda vez con sus brazos el cuello de los desventurados monarcas. Sale del templo seguido del numeroso concurso, y dispone que se celebren algunas fiestas en solemnidad de aquel día.

De esta manera el Conquistador Alonso terminó la guerra por medio de unos tratados ajustados con los príncipes isleños: juró por los santos evangelios guardarles las mismas franquezas que a los españoles, señalándoles las mejores tierras en el reparto de la isla; más faltóle la buena fe para que fuesen respetables estas convenciones solemnes. Puso a Dios por testigo de sus promesas, pero un hombre sin equidad no respeta al cielo. ¡Oh, Alonso! Tú sacrificaste a un pueblo inocente por satisfacer tu gusto y tu gloria; mas ¡qué gloria tan monstruosa es ésta! ¡Cuán despreciables deben ser a los ojos del hombre sensible los que se han olvidado tan del todo de la virtud de la humanidad! No se excederán los términos de los justos en menospreciarlos y aborrecerlos. Semejantes Conquistadores han considerado la guerra y la paz, como dos especies de moneda de que usaban según sus intereses: más laudables hubieran sido haciendo una guerra abierta, que no encubriendo con los nombres santos de Religión, Justicia y Paz lo que en realidad no fue más que una tregua de injusticias y de crímenes. ¡Así es como estos hombres dignos de elogios, por otra parte, dejan manchados sus nombres a la posteridad!.

Concluidos los regocijos públicos que amistosamente celebraron los castellanos y los guanches,

Alonso de Lugo trató de formar una colonia de la que iba a ser el soberano.

Salió, pues, de los Realejos acompañado de los monarcas destronados y se trasladó a la vega de La Laguna de Agüere, cuyo sitio le pareció más a propósito para verificar su plan.

En efecto: allí se encontraba una espaciosa llanura rodeada de montañas pobladas de frondosos y corpulentos árboles. Una laguna de media milla de circunferencia estaba casi en su centro, y de los collados vecinos nacían diversos manantiales, cuyas aguas podían conducirse con facilidad a la nueva población.

Este conjunto de circunstancias movió al Conquistador a elegir este sitio para realizar su proyecto. Dióle al pueblo el nombre de San Cristóbal de La Laguna: forma un ayuntamiento, compuesto de los principales Conquistadores: hace el repartimiento de las tierras y dotaciones de aguas, y en fin promueve la agricultura e introduce la industria y el lujo.

Puestos ya los cimientos de la nueva colonia, los Castellanos y los isleños se reunieron e hicieron un pacto formal, por el cual se obligaban a hacerse mutuos servicios y a no dañarse; pero como el carácter de los Conquistadores les inclinaba a satisfacer sus pasiones sin el menor miramiento por los guanches, era consiguiente que estos estuviesen descontentos a vista de su mal proceder. Para que las leyes sean justas no deben tener otro fin que el interés general de la sociedad; es decir, el de asegurar al mayor número de ciudadanos las ventajas que son el objeto de su asociación. Estas ventajas consisten en la libertad, propiedad y seguridad, y todo lo que las leyes permiten a los socios en favor de su propia felicidad es lo que constituye su derecho. De consiguiente cada miembro de la sociedad tiene un derecho a exigir de ella las ventajas que han sido el objeto de su formación, y para lo que han renun-

ciado aparte de su libertad natural; y una sociedad cuyas leyes no procuran ningún bien a sus miembros pierde el dominio sobre ellos. Este era el estado en que se halló bien pronto la colonia fundada por Alonso.

Los guanches de Tenerife, bajo el gobierno establecido por sus conquistadores, no eran más que unos viles esclavos. Por la confianza demasiada de estos hombres inocentes o por la perfidia y violencia de aquellos a quienes habían confiado el poder de poner en ejecución las leyes, los mandatarios de aquellas colonias llegaron a hacerse los dueños absolutos; y desde entonces las leyes sólo fueron las ejecutadoras de su capricho; el interés público fue sacrificado a su interés particular; la Justicia, la Libertad y la Seguridad desaparecieron, y los isleños, no pudiendo levantarse contra sus tiranos, prefirieron la fuga a la esclavitud[41].

Sí, bien sabido es que no hay patria sin bienestar: la sociedad sin equidad no encierra más que enemigos, la sociedad oprimida no contiene más que opresores y esclavos, y un esclavo no puede ser ciudadano. La justicia y la igualdad son las que nos hacen amar la patria, y no dándose éstas, no puede haber felicidad.

Del número de los desgraciados isleños que huyeron a los montes fue el monarca de Anaga. Triste y taciturno se dirigía a los extremos septentrionales de la isla, y en una gruta situada junto al mar descansa.

La noche era oscura y la solitaria playa se veía combatida por las olas encrespadas del océano, que agitadas por el zañudo viento causaban grande estrépito. Mas ¡ah! ¿qué esperanza restaba a aquel desgraciado príncipe sino entregarse a los más penosos riesgos y buscar el fin de sus infortunios en una muerte cierta? ¡Ninguna alma sensible podría con-

tener las lágrimas al ver a un anciano monarca fugitivo y errante en su propio reino!

Ya la oscuridad de la noche iba desapareciendo, y torrentes luminosos se esparcen por todas partes, cuando Beneharo acosado del hambre sale de la gruta y se dirige a un espeso bosque, donde cree encontrar algún alimento. Discurre agitado por todas partes, pero sus esfuerzos son inútiles. Fatigado e inquieto se detiene al oír unos ayes que salen del centro de una lóbrega caverna. Encamínase a ella, y queda sorprendido al ver a una tierna madre acompañada de sus hijos, que derramaban un mar de lágrimas sobre el cadáver de su padre que acababa de morir a manos de los cristianos. Abrázase Beneharo con la desventurada esposa por un sentimiento unánime de simpatía. "¡Oh, querido Mencey! —le dice esta: ved aquí el fruto de las atrocidades cometidas por esos extranjeros; contemplad todo vuestro reino, y no veréis más que los campos teñidos con la sangre inocente de vuestros antiguos vasallos. Mirad esas campiñas destruidas y convertidas en sepulcros: los isleños sin sustentos y la miseria y la desolación reinando en todas partes. Ahí tenéis presente los restos de una numerosa familia, que en compañía de vuestra hija Guacimara y del príncipe Ruimán, hemos andado errantes hace mucho tiempo, sufriendo mil penalidades; ya no quedan sino esos dos inocentes que el hambre acabará con ellos de una vez"... Y con los ojos llenos de lágrimas continúa: "¡Ah! He sido muy feliz mientras esta raza de hombres malvados no había pisado nuestro país; entonces bebía la copa de las delicias, y ahora encuentro en su fondo la amargura que me acompañará los pocos días que me restan de vida". —"¡Oh, madre desgraciada! —exclama Beneharo—, ¿será posible que el cielo vengador no haya de castigar tantas maldades? ¡Sol justiciero! Fulminad vuestros rayos y acabad con esa raza inhumana...¡Mas, qué digo! ¡Por qué me

detengo! Yo parto a librar a Guacimara del puñal asesino o moriré con ella y acabarán de una vez todas mis penas".

—"¡Detente! —le dice la solitaria. Un ejército numeroso acaba de pasar por aquí y quizás estará acampado detrás de esta montaña". "—No, nada temo; los obstáculos no me arredran; quiero salvar a Guacimara y expondré la vida por conseguirlo".

El desventurado monarca recobra en un tanto su perdido vigor y aumenta sus fuerzas. Sale de la caverna, encamínase hacia una colina donde se divisaban algunos isleños, y ya se hallaba cerca de sus faldas cuando de repente se ve rodeado de las tropas castellanas, y turbado y casi fuera de sí se entrega a sus enemigos, que le conducen al punto a la presencia de Alonso.

El Conquistador, irritado con la conducta de este príncipe cierra los oídos a los descargos justos que él le daba, y sin consideración a su edad y a sus circunstancias, manda que se le encierre en un oscuro calabozo cargado de cadenas, y que al instante se reúna un consejo para juzgarle como reo de *lesa majestad*.

Lleno de heridas, y sin otra compañía que los grillos y las cadenas, permaneció algunos días este infeliz príncipe. "¡Qué delito pesa sobre mí —decía— para que el Sol vibre tantos rayos! ¿Por ventura soy culpable en desear mi libertad? ¿Podré vivir ni un solo día contento bajo el pesado yugo del conquistador? ¡Ah! Yo prefiero morir con gloria a vivir en la ignominia: el amor a la patria me ha conducido al miserable estado en que me veo: sé que me hallo al borde de un precipicio espantoso, pero no desmayo: el valor todo lo puede y vence los mayores obstáculos".

Parecíales ya a los conquistadores que todos los moradores de Tenerife se hallaban humillados a sus plantas; pero se engañaron. Un genio casi tan extraor-

dinario como el de Bencomo defendía sus derechos cuando ya sus mismos parientes y amigos le creían muerto. Este hombre singular era Ruimán, aquel hijo valiente de Añaterve, aquel virtuoso amante de Guacimara, que se había hecho fuerte en las sierras de la Punta del *Hidalgo Pobre*.

Cuando Alonso supo esta noticia, dispuso que parte de su ejército marchase en su persecución, dándoles orden de que si los rebeldes se empeñaban en defenderse, castigaran con la muerte su obstinación, sin conmiseración alguna.

Ya se han concluido todos los preparativos para la marcha de la comitiva española. Delante de las tiendas de Alonso se presenta una numerosa caballería; y los guerreros esperan impacientes el momento en que su jefe les mande ponerse en marcha. Llega éste, y el ejército se encamina hacia el lugar donde se hallaba Ruimán.

¿Qué roca elevada es aquella que doran los últimos rayos del astro del día y cuyas cimas están cubiertas de una turba de gentes agitadas?... La tierra del Hidalgo: allí está el hijo de Añaterve y su amante.

Prepáranse los sitiados al combate; y, a medida que se acerca el enemigo, el horror se va apoderando de sus ánimos. Ruimán, impaciente en medio de sus compañeros, observa con un asombro lleno de compasión las funestas resultas que iba a tener su intrepidez. El veía palidecer y temblar a los mismos que en otros tiempos no temían los más grandes peligros, y desconfía de su victoria. Sin embargo los anima, y los hace colocar en los principales puntos de aquellas sierras casi inaccesibles.

La hija del monarca de Anaga, al observar que el enemigo llegaba ya a las faldas de la montaña, cree que ha llegado el último día de su vida, y estrechando a su amante, con los ojos llenos de lágrimas, le dice: "Esa raza impía y sanguinaria va a descargar el golpe fatal sobre nuestras cabezas: huyamos

de estos lugares antes que seamos víctimas de su ira". "Más glorioso —contesta el príncipe—, me será exhalar el último aliento en defensa de la patria que perecer en este abismo rodeado de miserias. Yo no quedaré en una vergonzosa inacción mientras que millares de héroes se han sacrificado por defender nuestras costumbres y nuestra religión". Y al ver que los cristianos trepaban ya las faldas de la montaña, se hinchan de repente sus venas, palpita su pecho con violencia y todo su cuerpo se estremece. Nada es posible detenerle, cierra sus ojos al peligro y parte más veloz que el rayo al desprenderse de la nube. Los cristianos impelidos los unos de los otros superan al fin todos los obstáculos: lánzanse en medio de los isleños, y a impulsos de sus furibundos aceros ruedan por el suelo sus cabezas. Quedan en un momento aquellas rocas sembradas de cadáveres: huyen dispersos los que se han escapado de la muerte y los extranjeros hartos de víctimas y de venganza, iban ya a descargar el golpe fatal sobre Ruimán, cuando Guacimara se arroja precipitada a los pies del inhumano que tenía levantado su brazo sanguinario. "Cristiano —exclama— oíd los lastimeros clamores de la inocencia; oíd las voces de una amante infeliz, la hija de Beneharo, la hija del Mencey de Anaga te lo suplica, y postrada a tus pies implora tu piedad".

El guerrero escucha a la princesa, la mira y, vacilante, permanece inmóvil un breve instante; pero arrebatado repentinamente de furor, cierra los oídos a la humanidad, y atraviesa con su cortante espada el pecho del desgraciado Ruimán.

Al momento faltó la luz de sus ojos, los labios perdieron su colorido, y una amarillez horrorosa apareció en sus mejillas. La hija de Beneharo se desmaya al lado de su amante; y éste, abriendo sus trémulos labios, pronuncia los nombres de Guacimara, Virtud y Patria, y vuelven a cerrarse para siem-

pre. La desgraciada princesa clava los ojos en su rostro: une sus manos a las suyas y exclama: "¡Sombra querida! Ya no me resta otra esperanza sino que mis cenizas se unan a las tuyas!"... Aún no había acabado de articular la última palabra, cuando, embistiendo otro de aquellos hombres feroces a la desconsolada princesa, hiere su pecho; sus miembros se entorpecen, titubea y cae al lado de su amante, pronunciando confusamente el nombre de Ruimán.

¡Oh, lágrimas, dulce recompensa de la virtud! Si humedeciste algún día las mejillas de estos amantes, corred ahora sobre los corazones sensibles y no honréis jamás a los que no se duelen de las desgracias de sus semejantes. Démosles, pues a estos infelices las alabanzas que sus contemporáneos les rehusaron: echemos las flores más bellas sobre sus sepulcros: bendigamos sus costumbres, y acordémonos siempre que la virtud y el candor son las cualidades únicas que pueden procurarnos una verdadera gloria. Nuestras lágrimas lavarán la mancha que los suplicios sufridos por estos príncipes han echado sobre el género humano, y nuestros sentimientos expiarán la ingratitud castellana.

Empero los asesinos de Ruimán ya han retrocedido al campamento de Alonso, y reunidos con los demás guerreros van a decidir de la suerte del monarca de Anaga. Un pueblo numeroso de isleños les rodea esperando con impaciencia la libertad de Beneharo.

—"Nadie admira más que yo —dice Alonso—, la virtud de este monarca, uno de los más temibles que han sido para nuestra santa causa; y yo no podría acusarle ante vosotros a no ser que la religión que profesamos no lo exigiera así. Este príncipe ha jurado someterse a nuestras leyes, ha recibido el santo bautismo, es ya cristiano y su fuga le ha declarado reo de muerte. Sabed que en Castilla con sola una sospecha basta para quemar a un hombre vivo

en un santo tribunal que acaba de establecerse y entre su crimen y su muerte no intermedia una sola respiración. En este caso nos hallamos con Beneharo. No hay medio: la justicia, el derecho de guerra, la patria y la religión le condenan al último suplicio, Que en su muerte aprendan los demás príncipes a respetar los juramentos sagrados, y que sirva de escarmiento".

—"Cuando la religión de Cristo habla —dice entonces Fernando de Trujillo—, debe enmudecer todo sentimiento por más humano que parezca. Beneharo es reo de muerte, y no puede dejarse impune un delito que puede tener muy fatales consecuencias".

—"Guerreros —dice Alonso—, aquí nos hemos reunido para juzgar un culpado, cuya muerte va a proporcionar grandes ventajas a esta colonia". Y todos a una vez exclaman: "¡Muera Beneharo; perezcan los enemigos de nuestros católicos monarcas!".

He aquí la Justicia de los Conquistadores de Tenerife. Este fanatismo anti-civil y anti-religioso, este principio de proscripción ha derramado en el mundo la sangre de millares de inocentes. ¡Qué horror! El camino de la clemencia es el único que puede guiar a los hombres a la inmortalidad. El nombre de tales conquistadores no puede excitar más que el espanto en los que le oyen pronunciar. Que tiemblen esos hombres crueles que aún en el día precipitan al género humano en la miseria; que tiemblen a la idea de los caracteres sangrientos con que el imparcial historiador escribirá sus hechos. Ni sus grandes victorias, ni sus ejércitos formidables, podrán impedir que la posteridad insulte sus males, y que repitan con horror sus nombres.

FINAL DEL CAPITULO OCTAVO

CAPITULO NOVENO

Alonso manda suspender la sentencia de Beneharo. Sácale de la prisión, y marcha con él y los demás Menceyes a la Corte de Castilla. Reflexiones sobre la destrucción de las Monarquías de Tenerife.

El pueblo isleño se muestra impaciente por saber la sentencia del príncipe y Alonso al observar este desorden medita un pretexto para libertar al reo. Temía que los guanches se sublevasen a la vista del suplicio de muerte a que se le había condenado; así que reuniendo a los mismos que asistieron al consejo les dice: —"Valientes guerreros: la prudencia me dicta mandar a suspender la sentencia fatal que hemos fallado contra el anciano monarca de Anaga. La religión de Cristo es pura y santa, y no puede agradarle que se derrame la sangre de un príncipe desdichado. Dios que nos ha protegido en esta Conquista me acaba de inspirar estos sentimientos ¡ojalá que mis palabras fructifiquen en vuestros corazones!

—"Alonso, el justo Alonso —gritan los consejeros a una voz—, perdona a Beneharo, y el cielo habla por su boca. La razón manda a la ley: la virtud reina en el pecho del Conquistador de Tenerife, y la verdad en sus labios recobra sus derechos". Esparcióse bien pronto esta resolución y los amigos del libertado príncipe se prosternan a las plantas de Alonso. El pueblo isleño levantando las manos al cielo da gritos de júbilo y alegría, y resuena la voz de la Naturaleza.

El Conquistador, seguido de una muchedumbre

de guanches, se dirige al calabozo del Mencey de Anaga, que gemía bajo el peso de las cadenas.

Era la noche, y un profundo silencio reinaba en derredor de la prisión: sólo el ruido de las olas de La Laguna interrumpía aquella quietud. El desventurado monarca abismado en las más tristes reflexiones, siente unos pasos que se dirigen a su oscuro recinto: Alonso se acerca a él, y quitándole el hierro que le oprimía le toma de una mano. —"Ya estás libre —le dice—, sígueme; la ley fatal se abolió y vuelves a verte entre tus amigos". Beneharo al escuchar estas palabras reconoce la voz de Alonso, y no pudiendo contener su dolor exclama: —"¡Ay de mí! ¡Cuántas penas destrozan mi pecho! ¿Por qué quieres prolongar más mis tormentos? ¿Por qué no acabas de una vez con mi existencia?"... —"Vive, amado Beneharo —responde el guerrero—, vive y tornarás a gozar de la dulce paz".

Al concluir estas palabras le conduce hacia donde estaban los demás Menceyes. —"Príncipes —les dice Lugo—, el objeto que me ha traído a estos países ha sido vuestra felicidad; a este fin os voy a conducir a la corte de los reyes de Castilla que será el colmo de vuestra ventura. Preparaos, pues, para partir: el buque ya está pronto y sólo aguarda por vosotros".

Así dijo, y los príncipes isleños, desconfiando de las promesas del Conquistador, se miraban unos a otros sin atreverse a hablar. Bencomo tenía fijos sus ojos en Alonso, y examinaba su semblante para ver si podía descubrir en él si eran ingenuas sus palabras. —"Nuestra felicidad —le dice el monarca—, depende de ti, porque eres árbitro de nuestra suerte: muy generoso sería tu corazón, si él fuese quien nos hablase; mas ¡ah! ¡Qué crueldad tan grande sería el engañarnos! Yo he visto tus manos teñidas en la sangre de mis amigos y tú me has reducido a cautiverio. La guerra, arrebatando del seno de la felici-

dad a mis parientes y amigos sólo me ofrece un cuadro terrible, tanto por su fealdad como por su fiereza. Un viento lúgubre, mensajero del infortunio y del terror, agita tristemente las selvas y los valles; la naturaleza ha perdido sus hermosuras y no presenta otra cosa que campos teñidos de sangre isleña y sembrados de cuerpos muertos. Todo esto he visto; pero por muy grandes que sean estos males, yo los olvidaré, si cumples las promesas que acabas de hacernos".

—"No es propio del carácter y religión de los castellanos el engaño y la perfidia —respondió Alonso. Creed en mis promesas; yo las he jurado cumplir delante del Dios que adoro, y el cristiano se hace reo de la condenación eterna, si pone en vano su nombre".

Concluidas estas palabras, Alonso hizo conducir a los príncipes guanches al puerto de Añaza, en donde estaba pronto el buque que había de transportarlos a la corte de Fernando e Isabel.

Llega la tarde y el momento de partir se acerca. Ya el bajel está en movimiento y ondea por el aire el pabellón de Castilla. Los habitantes de toda la isla acuden presurosos al puerto, y colocados a lo largo de la playa miran desde allí a sus monarcas, que con pasos vacilantes se dirigen al bote. Bien pronto llegan al buque, y éste vuela sobre las ondas con la velocidad de un ave, no quedando a los desventurados isleños sino el recuerdo de su feliz reinado. Sus ojos derraman tiernas lágrimas y los sollozos confundidos con el ruido de las olas apenas se perciben.

La noche era oscura y densos nubarrones amenazaban una próxima tempestad. El buque se había internado en el alterado océano y el aquilón hiriendo sus velas despliega su furor. Las olas encrespadas parece que van a tocar con el cielo: las nubes se chocan con ímpetu violento; luce el relámpago, el rayo se desprende con furia, y bien pronto retumba

el trueno con horroroso sonido. Las aguas, los vientos, un horizonte tan dilatado, el silencio y oscuridad de la noche, tal fue el triste espectáculo que se presentó a la vista de los desgraciados monarcas.

Aquel terror delicioso que complace a una imaginación tranquila, al contemplar los fenómenos de la naturaleza, producía en aquellos cautivos una tristeza cruel. Bencomo consternado exclama: —"Perezcan todos los cristianos que han asolado nuestro país: muera yo también y acaben de una vez mis males". —"Mencey —le dijo Lugo—, reserva tu odio para con los culpables, y cesa de injuriarme cuando sabes que depende tu vida de una sola palabra que yo pronuncie". —"¡Ay, Alonso! Yo he sufrido tanto que ya no puedo tener consuelo sino con la muerte".

En un rincón del bajel estaba lánguido y taciturno el anciano Beneharo, que acostumbrado más que los otros príncipes a padecer, sobrellevaba sus penas sin quejarse. Hallábase ya separado de su patria e ignoraba la suerte de su idolatrada hija Guacimara. Estas reflexiones acibaraban su corazón, y al fin no pudiendo contenerse exclamó: —"¡Oh, noche eterna! ¡Qué lobreguez reina alrededor de nosotros! La naturaleza se resiente de las penas que me devoran, y se cubre de luto. ¡Ah! ¡Caiga sobre mí un rayo de los que ahora cruzan el aire y acaben de una vez mis tormentos!".

Sosegábase entretanto el tempestuoso piélago, tomando la bonanza con la plácida luz del alba. Los negros nubarrones donde había resplandecido el rayo y retumbado el trueno se disipan: calma la tempestad, pero los corazones de los príncipes isleños se hayan todavía oprimidos: Alonso para consolarles les decía que sus felicidades estaban reservadas para la vida futura, que en ésta todas eran miserias y que llevando el cristiano sus males con resignación conseguiría la eterna bienaventuranza. Mas en vano les enseñaba el cielo para acallarlos; sus miradas sólo

se fijan en la tierra; quieren ser dichosos en ella y desechan como dudosas las recompensas de un alma inmortal.

Estas escenas de dolor duraron por espacio de quince días, a cuyo tiempo los marineros juzgan ver la tierra sobre el lejano horizonte. Dirígense a aquel punto todos los ojos, y conocen que no es una ilusión lo que se presenta a su vista. El aire resuena con los gritos de alegría de los cristianos; y a proporción que se acercan a la costa aumentan su confianza. Alonso rebosando su semblante de júbilo dice a los ilustres cautivos: —"Amigos, ya van a cumplirse mis promesas; ahí tenéis la tierra feliz que os he prometido; olvidad todos vuestros pesares y pensad sólo en que vais a ser dichosos".

Al escuchar los isleños al conquistador parecen animarse sus semblantes. Unos tienden las manos al cielo implorando su piedad; otros vuelven los ojos casi moribundos hacia los de Alonso, queriendo descubrir en ellos la verdad de sus promesas. Entretanto el buque corriendo con aceleración se aproxima a las riberas de Cádiz. Anclase, pues, y los españoles, ansiosos de llegar a su patria, saltan a porfía en los botes. Los desgraciados cautivos desembarcan después, y al pisar la tierra se ven rodeados de un inmenso gentío que admira su estatura y gentileza.

Al instante los príncipes son conducidos por Alonso a la presencia de Fernando el Católico. La languidez y el abatimiento estaban pintados en los semblantes de los monarcas guanches, y el dolor y la consternación traspasaban sus pechos. —"Príncipes —les dice entonces Fernando—; ¿acaso el ser vasallos de un soberano tan poderoso como yo puede originar vuestra tristeza? ¿No sabéis que no tengo superior sobre la tierra? Tened entendido que, según es costumbre en nuestra nación y conforme a la justicia en que se hallan fundadas las leyes pertenecientes a la guerra, puedo tomar satisfacción de

vuestra rebeldía sirviéndome del cuchillo y del fuego: la misma religión católica me permite usar de estos tormentos para reducir a su creencia a las naciones infieles. El Dios de los cristianos que ha mandado a conquistar esos países idólatras, de que vosotros erais dominadores, quiere que abrazando su religión seáis felices en esta vida disfrutando después de las delicias que el cielo os promete. Yo prometo en este día ante del mismo Criador que cejarán primero los ríos hacia sus fuentes que dejar de cumplir lo que os ha prometido vuestro conquistador. Por lo tanto cesen vuestros temores, que yo os hago donación de la vida y de la libertad". —"¡Ay, Fernando! —exclamó Bencomo— ¿Por qué no acabas de una vez con mi existencia? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor; y ya que no he tenido la gloria de morir en defensa de mi patria, no quisiera sobrevivir a su triste cautiverio". Y dirigiéndose a los monarcas isleños les dice: —"Queridos amigos; ya estamos en el postrer momento de nuestra vida, mirémosle como un sueño suave que termina una jornada penosa. No temáis la muerte, no; ya hemos llegado a sus puertas y es preciso llevar adelante el paso. Mas ¡ay de mí!, ¿cómo vivo si he perdido mi patria? Ella era mi dulce gloria y mi felicidad ¡Ay, sueño encantador! ¿Cómo te has desvanecido? ¿Qué se hizo de aquella corte admirada de todos?... No es ya más que un lugar de horror y de tristeza. Yo presencié aquella lamentable escena que trajo consigo la ruina y la desolación: lleno de dolor vi hundirse todo mi reino, los más fuertes guerreros quedaron sepultados y confundidos entre el polvo de la tierra, y oí los gemidos de los que se libraron de la muerte, que de una a otra parte con paso lento marchaban agonizando. ¡Oh, amada patria! Tú ya no puedes escuchar mis penas; estas lágrimas que derramo no pueden ser enjugadas por ti".

Así dijo, y entretanto los demás príncipes le acompañan con suspiros.

* * *

¡Oh, desventurados monarcas, ya llegó vuestro último día! Arrancados del país que os vio nacer, sois conducidos a una tierra extraña, donde encontrasteis abierto vuestro sepulcro. ¡Ah, desaparecieron para siempre las almas generosas de un Bencomo, un Beneharo, un Acaymo, un Tegueste y un Zebenzuy!...

Tal fue la suerte que cupo a los antiguos habitantes de Tenerife. Alonso de Lugo, ese conquistador fanático, después de haber prometido a estos desgraciados, bajo el juramento más solemne, conservarles la vida, la libertad y todas las tierras que necesitasen para su subsistencia, quebrantó esta oferta de un modo infame. Entonces se vio restablecer la antigua esclavitud y el comercio mercantil de sangre humana. Los habitantes de las Afortunadas fueron trasladados en medio de la humillación y de los ultrajes al prolongado suplicio de una muerte lenta y afrentosa. ¡Ah! Las fieras son menos crueles que estos conquistadores, porque nunca acometen sino a los animales de otra especie, y aquellos, a pesar de su razón y de la religión santa que profesaban, hacían derramar a torrentes la sangre de sus hermanos[42].

¡Oh, inestabilidad de las cosas humanas! ¡Qué motivos de reflexión presentas a la mente del observador! ¡Isla de Tenerife! Ya no existen tus antiguos monarcas... Una potencia belicosa atravesando los anchurosos mares invadió tu territorio, destruyó la inocencia que reinaba en tu seno y dejó tus fértiles campiñas cubiertas de sangre humana. Por todas partes no ofreces a la vista del espectador más que la desolación y la miseria: la seca tierra se halla

sin cultura, porque falta el brazo del labrador; la yerba apenas crece y las flores preciosas luego que abren sus capullos se marchitan. No se perciben los suaves céfiros, ni la primavera deja ver sus recientes bellezas: las altas y robustas encinas han sido destruidas por huracanes frecuentes; las hayas y los olmos que se han escapado del aquilón se hallan sin hojas y sólo el ciprés funesto levanta tristemente su cabeza. Aquí sacudió el sauce su frondosa copa, el musgo se bambolea al viento y la grama parece estar sembrada en todos los campos. Desolada se halla la habitación de Bencomo; el silencio ocupa sus contornos; los altos laureles y verdes hayas que rodeaban aquel palacio yacen en el suelo secos y descoloridos. Allí vivió el mejor de los monarcas: su sencilla corte estaba al abrigo de las monstruosidades que producen la astucia y la perfidia: él perpetuó las nobles acciones de sus padres, siendo tan celoso en mantener la virtud como la paz: sus pueblos constituían con el soberano una misma familia reinando entre todos la igualdad y la justicia. ¡Oh, príncipe justo! Venturoso de ti y de tus vasallos que nunca se desviaron del camino recto de la virtud!

Al extremo de la isla se hallaba la rústica caverna que había servido de habitación a Guacimara y a su amante. ¡Qué soledad reina en sus contornos! ¡Ah! ¿Qué se hizo de aquella princesa ídolo de las jóvenes guanches? ¿Qué se han hecho de estos modelos de amor y de constancia?... No son ya más que un despreciable polvo.

Respetemos, pues, la memoria de los primitivos habitantes de Tenerife: ellos, al manifestar sus virtudes, grabaron sus nombres en los pechos sensibles con más duración que en mármoles y bronces. Aquellas son monumentos más gloriosos que cuantos ha erigido la superstición en honra de los hombres exterminadores de su especie, que haciendo correr a sus pies arroyos de sangre, se han llamado héroes.

¡Ah! Jamás se dé este nombre a los que destruyen al género humano: para llegar al templo de la gloria no es necesario andar sobre muertos y bañarse en sangre inocente: el bienhechor, el hombre virtuoso y el amigo de la paz son los acreedores a recibir laureles de la inmortalidad. Nuestro siglo ilustrado no debe confundirse con aquellos tiempos de barbarie en que no se conoció más heroísmo que el de degollar a sus semejantes. Desaparezcan ya de entre nosotros estas preocupaciones y coloquemos en la clase de los héroes al hombre que fue pacífico, virtuoso y amable.

¡Oh, paz encantadora! Bendecid los instantes dichosos en que desconociendo el espíritu de fanatismo y de persecución reinaste entre los habitantes de Tenerife: bendice los días en que sus monarcas gobernaban a sus respectivos pueblos por medio de unas instituciones sociales conformes con las leyes de la naturaleza, que les constituían *libres, iguales* y *justos.* Y tú, lamentable dolor, tú, que coronado del funesto ciprés no cesas de llorar al hombre virtuoso, que despiadada muerte oculta entre el polvo de la tierra, dinos si tenemos razón para llorar la extinción de las monarquías de Tenerife.

FINAL DEL CAPITULO NOVENO

NOTAS

Estas notas a "Los Guanches o la Destrucción de las Monarquías de Tenerife", pertenecen, en inmensa mayoría, al propio autor de la obra, don Manuel de Ossuna y Saviñón. En cantidad apenas apreciable, han sido corregidas o mejoradas, en cuanto a cantidad de información, por el autor de la presente edición.

El autor, como es lógico cuando uno está bien documentado sobre un tema, descuidó a veces poner notas a conceptos sencillos, cosa perdonable cuando el texto va destinado, como resultó para él, casi a uno mismo. Ese ha sido mi principal trabajo en cuanto a estas notas: procurar allanarle el camino a un lector medio, y que no se encuentre a cada momento con una puerta cerrada delante de sí.

A.F.O.A.

[1] Las alteraciones acaecidas en la tierra de uno a dos mil años a esta parte son de muy poca consideración comparadas con las revoluciones que hubieron después de la formación de este planeta. El movimiento constante de las aguas del mar de Oriente a Occidente y la acción de los vientos, lluvias y fuegos subterráneos son unos agentes que han alterado la superficie de la Tierra. La Historia, de acuerdo con la Física, nos habla de inundaciones extraordinarias y entre ellas merece atención la que un día hundió la isla Atlántida de Platón y dio origen al Océano del mismo nombre. Las aguas cubrieron entonces todos los terrenos bajos y sólo quedaron descubiertas las sierras más elevadas, tales son entre otras las razones de la existencia de las Islas Canarias.

Las observaciones físicas hechas en estos países por Bory

de Saint-Vincent, Humboldt y el Barón de Buch, están de acuerdo en este hecho.

[2] En la división que se hizo del imperio de Tinerfe el Grande, su hijo primogénito Bentinerfe se apoderó de la tierra más deliciosa y fértil de la isla; tal era el país de Taoro en el valle de la Arautapala (Orotava). Acaymo, hijo segundo, ocupó los estados de Güímar y se erigió en rey de aquel territorio. El país de Abona, que confina con el de Güímar, fue la herencia que le tocó a Aguaxona. Albitocaipe se sentó en el mismo trono de su padre, cuya capital se hallaba en Adexe. Caconaimo reinó en el distrito de Daute. Chincanairo obtuvo la monarquía del país de Icod: Romén la del territorio de Tacoronte y Tegueste la de la parte de la isla a la que dio su nombre. Serdeto ocupó los estados de Anaga, al NE de la isla, y Aguahuco, hijo bastardo de Tinerfe, se declaró señor de un pequeño territorio conocido después con el nombre de Punta del Hidalgo Pobre.

[3] El pico está situado en el centro de la isla de Tenerife, era conocido con este nombre por los antiguos habitantes de Tenerife.

[4] Este título le dieron los guanches a sus monarcas.

[5] Tales eran las fórmulas que se usaban siempre en la coronación de los Menceyes de Tenerife. (Estas fórmulas de coronación vienen admitidas por casi todos los historiadores. Por ejemplo, ver Viera y Clavijo, *Historia de Canarias*, Tomo II, pág. 214).

[6] Hasta hoy se conserva esta costumbre en todos los pueblos de Tenerife, al igual que en las demás islas.

[7] No puede dudarse que el hombre que es fuerte y valiente defiende su vida y se procura su subsistencia; así es, que los moralistas antiguos contaban la fuerza y el valor entre las cuatro virtudes principales.

[8] Estas grutas en las que encerraban las cosechas recibían, entre los guanches, el nombre de "Igudares", lo que recibe confirmación en Abreu y Galindo (*Historia de la Con-*

quista de las siete islas de Canarias, pág. 147). También Attilio Gaudio se ocupa del tema en su *Sur L'origine des Canariens Prehispaniques*, pág. 27, de la que transcribimos un párrafo a continuación:

"Los graneros-fortalezas de Africa del Norte tienen origen troglodítico y el tipo más antiguo era una especie de habitación rupestre, ya colocada en el flanco de los acantilados o de las montañas, ya situado en cavernas naturales y casi siempre colocados en una posición de díficil acceso, dominando los valles y las llanuras. El padre Foucauld, R. Montagne y J. Gattefossé nos han dejado numerosos estudios sobre esos 'igudares' del Atlas. Comparándolos con los de Gran Canaria, se puede decir que el parecido es asombroso y que el número de habitaciones rupestres canarias es muy elevado, dándose incluso la existencia de comunidades enteras excavadas en la roca por sus antiguos habitantes".

El mismo término plural "igudares" era empleado, por otra parte, con el mismo sentido que en el Norte de Africa, por los aborígenes de Gran Canaria y de esto se encuentra confirmación en la Crónica de Abreu y Galindo.

[9] Los soberanos de la isla de Canaria tomaban el título de Guanartemes: había dos solamente, uno en Gáldar y otro en Telde.

[10] Llamábanse "Guaires" los seis consejeros que tenía cada uno de los Guanartemes.

[11] El "magado" era una lanza de tea cuyos extremos estaban endurecidos al fuego y en el medio tenía dos grandes bolas.

[12] Los habitantes de Canaria reconocían bajo este nombre a un ser supremo y sabio conservador del mundo.

[13] En aquella isla había unas ciertas vírgenes llamadas "Maygadas" o "Harimaguadas" (Viera y Clavijo, Tomo II, pág. 450), que vivían en reclusión en grutas particulares y gozaban de grandes preeminencias y su casa era un asilo que nadie se atrevía a violar.

[14] Viera y Clavijo, *Historia de Canarias*. Tomo I, pág. 514.

[15] Este nombre se daba al gran sacerdote de los canarios.

[16] Así llamaban los güanches a la harina tostada y molida.

[17] Este conquistador era Alonso de Lugo. Viera y Clavijo, *Historia de Canarias*, Tomo II, pág. 29.

[18] "Yo era el único monarca..." En realidad, aquí don Manuel de Ossuna se contradice, por cuanto con anterioridad dice claramente que la Gran Canaria tenía dos soberanos o Guanartemes. En esta cuestión los autores se hallan divididos. Viera, por ejemplo, da como más probable el que Gran Canaria tuviese dos Guanartemes, en Gáldar y Telde, siendo el primero el más poderoso y respetado, ya que esa ciudad era la capital tradicional de la isla. Ossuna sigue en esto los pasos de Viera, pero en este momento, quizá por estar hablando precisamente el Guanarteme de Gáldar, éste, acogiéndose a la tradición, reivindica para sí solamente tal título.

[19] La "añepa" era una vara larga que se llevaba siempre delante del Mencey para indicar su presencia (Viera y Clavijo, *Historia de Canarias*, Tomo I, pág. 182).

[20] Este país comprendía todos los terrenos que en la actualidad ocupan los pueblos de Matanza, Victoria y Santa Ursula.

[21] Las "tabonas" eran hechas de piedras volcánicas conocidas por los naturalistas con el nombre de obsidianas y que se encuentran con mucha abundancia en el pico de Tenerife (Teide).

[22] Sobre los "banotes" o "banodes" de Tenerife, ver Viera (*Historia de Canarias*, Tomo I, pág. 182).

"Banotes", otra especie de dardos que tenían los guanches, fabricados de sabina o de tea, con dos pequeños globos al medio, donde fijaban la mano y a trechos ciertas muesquecitas que rompían después de dar el golpe, dejándolas dentro de la herida.

[23] Viana dice que habiendo invocado Alonso a San Miguel, se oscureció la atmósfera con un nublado tempestuoso, y, sobrecogidos los isleños con esta novedad, él se libertó prodigiosamente: Ver Antonio de Viana, *Antigüedades...*, Canto VIII, pág. 83. El P. Gándara, más devoto de la imagen de Candelaria que del arcángel, atribuye este prodigio a la madre de Cristo, asegurando que se apareció en el aire, llena de resplandor (*Arm. y Triunf. de Cal.*, pág. 526). Semejantes supersticiones hacen cómplices al cielo de las maldades de los hombres. Un conquistador que viola los derechos de la Humanidad y de la Justicia, no puede ser protegido por Dios.

[24] Véase P. Espinosa, *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, pág. 103 (Libro III), en el que narra el mismo asunto. Viera también lo admite.

[25] El siglo XVI fue el de las masacres religiosas, el de las guerras sagradas. Se vio restablecer la antigua esclavitud, pero más bárbara, más fecunda en crímenes contra naturaleza y la avidez mercantil comerció con la sangre de los hombres, vendiéndolos como vulgares mercancías, después de haberlos comprado por la traición, la piratería o la fuerza, y llevarlos y traerlos de un país a otro, en medio de humillaciones y de ultrajes, en el suplicio prolongado de una lenta y cruel destrucción. (Condorcet, *Esquisse d'un Fablęau Historique des progres de L'Esprit Humain*, Part. 8).

[26] Los historiadores amantes de lo maravilloso nos refieren la aparición de esta imagen como milagrosa. Dicen, que conduciendo algunos pastores su ganado por las playas de Güímar, observaron que se había espantado repentinamente y, buscando la causa de aquella novedad notaron sobre un risco una figura que representaba una mujer con un niño en los brazos. Hiciéronle señas para que se retirase, y, no habiendo obedecido la estatua, uno de los pastores intenta arrojarle una piedra, pero dislocándosele el brazo no pudo efectuar el tiro: otro pretende herirle las manos con una tabona y se cortó sus propios dedos. Este conjunto de maravillas, añaden los mismos historiadores, les hizo tal impresión que abandonando sus rebaños marcharon a dar cuenta de esta novedad a su príncipe. Todos los amantes de lo maravi-

lloso creen que esta imagen fue enviada del cielo y traída por los ángeles para convertir a los Guanches. El erudito historiador Viera, con mucho fundamento, cree que los europeos la arrojaron de intento a la costa de esta isla para conseguir por este medio que los isleños les admitiesen en sus dominios. Con este motivo, dice Bory de Saint Vincent: "Esta aparición milagrosa es una de tantas tradiciones populares, uno de tantos cuentos ridículos, revestidos por la superstición de detalles inverosímiles, y mantenidos por autores sensibleros y crédulos" (*Ensayos sobre las Islas Afortunadas*, pág. 78).

[27] Véase en Viera la historia de este isleño, conocido con el nombre de Antón Guanche.

[28] "Achmayex Guayaxerax", "La Madre del que sostiene todo lo creado", en guanche según Espinosa, *Historia de N. S. de Candelaria*, Libro II, Capítulo VII.

[29] Los Guanches tenían idea de un genio maléfico, a quien juzgaban como el motor de las erupciones del Teide. Su nombre era "Guayota".

[30] Dácil es tenida como la más interesante y la más hermosa de las mujeres de Tenerife. (Bory de San Vincent, pág. 157).

[31] Algunos estudiosos trabajan actualmente sobre la cuestión de cuándo se comenzó a llamar GODOS a los españoles en Canarias. Aquí, por medio de una elipsis, la alusión es clarísima, con lo que la antigüedad del insulto se remontaría hasta la época de Ossuna (1837).

[32] En guanche, según Viera; "Chusar guayoc achimencey reste Bencom sanet vander relac naset sahañe", *Historia de Canarias*, Tomo I, cap. 10.

[33] Los Guanches tenían el secreto de eternizar a los cadáveres haciendo que sus JAJOS (así llamaban a los mismos ya embalsamados), comparables en eso a las momias de Egipto, duraran sin corromperse hasta nuestros días.

[34] Viera, al referir este hecho, nos dice: "Si este carác-

ter de los Guanches no era el más noble y generoso del mundo, a lo menos sería de desear que los conquistadores hubiesen estimado tales prendas". (*Historia de Canarias*, Tomo II, pág. 236).

[35] Háblase de la castidad que es recomendada en las instituciones monásticas. En esto parecían conformarse con el precepto del Génesis que dice: "Creed y multiplicaos".

[36] El nombre de SIGOÑE lo daban los Guanches a los guerreros que se habían distinguido en la guerra por su valor y que por eso ostentaban la jefatura o mando de un grupo de guerreros.

[37] Viera, Tomo I, págs. 661 y sgs.

[38] Este suceso que coronó la Conquista de Tenerife sucedió el 29 de septiembre de 1496.

[39] Ya hemos dicho en el prefacio de esta obra que habiéndose disputado el derecho de las Islas Canarias entre las cortes de Castilla y Portugal, el Papa Clemente VI en el Concilio de Basilea dio la sentencia a favor de Enrique IV, rey de Castilla.

[40] Estos misioneros presentaron después a los Guanches un pequeño compendio de la doctrina cristiana compuesto en idioma francés por Bontier y Le Verrier, que acompañaron a Bethencourt en su expedición a Lanzarote. Para prueba de su extravagancia, sirva de ejemplo la claúsula que explicaba la naturaleza del betún que unía las piezas del arca de Noé: "*On ne les peut nul art des asembler si non par sang naturel des fleurs de femme*" (*Conquista de Canarias*, cap. 48).

[41] Los derechos del hombre sobre sus semejantes no pueden fundarse más que sobre la felicidad que les promete: sin esto, el poder que ejerce sobre ellos sería una violencia, una usurpación; pues toda autoridad legítima está fundada solamente sobre la facultad de hacernos dichosos.

[42] Todos los historiadores que han escrito sobre las

Canarias se horrorizan de las crueldades cometidas por los conquistadores de Tenerife: "Sus desgraciados habitantes —nos dice Dumont D'Urville— fueron perseguidos hasta en sus más inaccesibles refugios: unos se precipitaron desde lo alto de los riscos, muriendo así mártires de la causa que ellos no podían ya seguir defendiendo. Otros murieron con las armas en la mano; todos los que quedaron fueron convertidos en esclavos.

"Alonso de Espinosa fue el primero que tomó la pluma para transmitir a la posteridad las violencias de esos aventureros que se llamaban conquistadores, y, forzado por la autenticidad de los hechos, rindió justicia a los insulares, llorando y lamentando los crímenes de sus expoliadores". (*Viaje pintoresco alrededor del mundo*, Tomo I, pág. 19). Casi en los mismo términos se expresan Bory de San Vincent, Humboldt, Berthelot y otros hombres sabios que han escrito sobre las Canarias.

INDICE

Presentación del autor: Don Manuel de Ossuna y Saviñón 7

Introducción a la obra 13

De los manuscritos 21

Los Guanches o La Destrucción De Las Monarquías de Tenerife 25

Capítulo Primero:
Felicidad que disfrutaban los primitivos habitantes de la isla de Tenerife. Monarquías que establecieron. Bencomo, Rey de Taoro: su nacimiento, carácter y virtudes: su coronación. Gobierno, religión y costumbres de las naciones guanches. 27

Capítulo Segundo:
Invaden los castellanos las costas de Tenerife, y son rechazados y obligados a abandonar el territorio. Meteimba, príncipe canario, cuenta a Bencomo las desgracias de su Patria. 37

Capítulo Tercero:
Concluye Meteimba su relación. Fiesta de los Taorinos al Sol. Entrada de los españoles en Tenerife, y campamento de Añaza. Embajada de Alonso de Lugo al Rey de Anaga. 47

Capítulo Cuarto:

Preséntase Bencomo a los castellanos: Resolución y valor de este Monarca. Confederación de cinco Menceyes de Tenerife, y Batalla de Acentejo. Quedan en ella derrotados los cristianos. Envían estos a España algunos isleños a venderles en calidad de esclavos. Alonso se retira a Gran Canaria a esperar allí socorros del Monarca de Castilla. 61

Capítulo Quinto:

Ruimán, príncipe de Güímar, abandona la corte de su padre, a consecuencia de haber éste abrazado la religión cristiana: marcha al Reino de Beneharo y continúa sus amores con la hija de este Monarca. Segundo desembarco de las tropas españolas en Tenerife. Ruimán y su amante huyen al desierto por evitar la tiranía de los extranjeros. 79

Capítulo Sexto:

Entrevista de Alonso de Lugo y los príncipes aliados. Batalla de La Laguna y derrota de los guanches. Tinguaro es muerto en la acción. Funerales que se hacen a sus restos. 91

Capítulo Séptimo:

Nueva batalla de Acentejo en que son vencidos los guanches y Alonso toma posesión de la isla. Historia de Gonzalo del Castillo. Costumbres de los habitantes de Taoro. Penetran los castellanos hasta el Valle de Arautapala, y los soberanos de la isla rinden su homenaje a Alonso. 105

Capítulo Octavo:

Alonso hace instruir a los Reyes Guanches en los principales misterios del Cristianismo. Después de haberles bautizado solemnemente, marcha con ellos a La Laguna de Agüere, en donde pone los cimientos de la nueva pobla-

ción. Beneharo y otros muchos isleños, no pudiendo soportar la esclavitud, se huyen a las montañas desiertas. Los castellanos les persiguen; dan muerte a Ruimán y a su amante, y el Monarca de Anaga es conducido preso a la presencia de Alonso. Reúnese un Consejo, y el Príncipe es sentenciado al último suplicio. 123

Capítulo Noveno

Alonso manda suspender la sentencia de Beneharo. Sácale de la prisión, y marcha con él y los demás Menceyes a la Corte de Castilla. Reflexiones sobre la destrucción de las Monarquías de Tenerife. 137

Notas 147

BIBLIOTECA POPULAR CANARIA

Colección Cuadernos Canarios

- serie: política

2 José A. Aleman
Canarias, hoy

- serie: sociología

3 Isabel Suarez Manrique de Lara
Mujer Canaria y entorno social

- serie: música

4 Diego Talavera
Canarias: Folklore y Canción
(12 ilustraciones)

- serie: textos de rescate
Manuel de Ossuna y Saviñón

5 Los Guanches o la Destrucción de las Monarquías de Tenerife
(edición preparada por F. A. Ossorio Acevedo)

Colección Documentos Canarios

Colectivo PCU
Pueblo Canario Unido

Colección Paloma Atlántica

- serie: poesía

1 Agustín Millares Sall
Desde aquí

2 Manuel Padorno
Coral Juan García

3 José María Millares Sall
Hago mía la luz

4 Eugenio Padorno
Comedia

5 Pino Betancor
Palabras para un año nuevo

6 Alfonso O'Shanahan
Una canción una patria

7 José Luis Pernas
Renacimiento

8 José Caballero Millares
Manifiesto

9 Baltasar Espinosa
Hormas

11 Pedro García Cabrera
Ojos que no ven

12 Félix Casanova de Ayala
Cancioneros del mitin

13 Julio Tovar
Cotidiana

14 Carlos Pinto Grote
Solo el azul

16 Rafael Arozarena
Silbato de tinta amarilla

18 Fernando García-Ramos
Más claro que el agua

19 Arturo Maccanti
De una fiesta oscura

20 Nicolás Estévanez
Canarias

21 Alberto Pizarro
BALKAN B-727

22 Miguel Martinón
Estancias

23 Félix Francisco Casanova
Una maleta llena de hojas

25 Andrés Doreste Zamora
Manual de Historia

26 Pedro Lezcano
Romances

27 José Luis Gallardo
Versos de la cárcel

28 Manuel González Sosa
A pesar de los vientos

29 Lázaro Santana
Cuaderno Guanche

30 Bartolomé Cairasco de Figueroa
42 Octavas Reales

31 Andrés Sánchez Robayna
Abolida

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
BIBLIOTECA GENERAL

Manuel de Ossuna y Saviñón nace en La Laguna en 1809 y muere en un caserío de Anaga (también en la isla de Tenerife) en 1846. En su corta y fecunda vida de 37 años desarrolla una actividad extraordinaria abarcando diversos campos de las ciencias, humanidades y política, como hombre de la Ilustración en Canarias. Estudia en la Universidad de La Laguna y como científico se destaca internacionalmente por sus clasificaciones de insectos, sus estudios de botánica y geología y sus publicaciones en revistas científicas de su época. Director del Jardín Botánico de La Orotava. Presidente del partido del progreso legal y diputado a Cortes por las Islas Canarias en 1842. Funda y dirige varios periódicos en Tenerife. Traduce obras del francés y deja inéditas las siguientes obras literarias: "Cartas Argelinas"; tres obras dramáticas: "Gonzalo y Dácil", "Beatriz de Bobadilla" y "Orpeya y Lope" (incompleta); una comedia de enredo, "Las ilusiones o la isla de San Borondón" y "Los guanches o la destrucción de las monarquías de Tenerife".

Sus manuscritos se han conservado inéditos casi 150 años en la biblioteca de la Casa-Museo de los Ossuna (La Laguna), conocidos y citados por eruditos y ensayistas aunque temidos y condenados al silencio por su fuerza trascendental dentro de la historia del pueblo canario, hasta que, felizmente, Francisco Ossorio, con un tesón y dedicación admirables, los ha r catado para su publicación.

Manuel de Ossuna y Saviñón dice en el pr pecto a su obra: "En esta relación todo es h tórico y sólo hemos mezclado algunas ficc nes que son compatibles con lo verdadero los hechos, a fin de amenizar en cierto mo la lectura de unas páginas que están llenas sangre y de horror". El autor se propone e var a rango universal la raza guanche, narran con justo apasionamiento sus costumbres, organización social y política y su amor a la bertad, identificándose plenamente con est sentimientos y con el ardiente amor patr nunca vencido. Esta obra es uno de los pilares fundamentales dentro de la búsqueda de la identidad y la expresión canarias.

Francisco Antonio Ossorio Acevedo nace en Gáldar (Gran Canaria) en 1951. Inicia estudios en la Universidad de La Laguna; actividades teatrales (grupo Tibicena; Director de los Ciclos de Iniciación al Teatro de EGB); periodismo y enseñanza. Dedica años a rescatar la figura de don Manuel de Ossuna y Saviñón, cuyas obras están actualmente en vías de publicación. Profundo conocedor de la cultura y costumbres de los guanches, practica, como miembro del clan "La Verga" (La

obra de don Manuel de Ossuna y Saviñón.

Manuel de Ossuna y Saviñón LOS GUANCHES o La Destru

BIG
860-
OSS
gua